HORACIO ARREDONDO

LA SOCIEDAD URUGUAYA

PASADO Y PRESENTE DE LA VIVIENDA EN MONTEVIDEO Y SU REGION

Apartado de "Anales Históricos de Montevideo", Tomo I, Año 1957.
Publicación del Museo y Archivo Histórico Municipal.

1959

LA SOCIEDAD URUGUAYA ([1])

Pasado y presente de la vivienda en Montevideo y su región

Una visión algo fugaz pero lo suficientemente informativa sobre la habitación nuestra relacionándola con la perspectiva europea, principalmente la española, italiana y las propias de los demás pueblos que contribuyeron a la formación nacional, habilita para la presentación de sucesivos cuadros ilustrativos de su evolución en lo que se refiere al largo período comprendido en las últimas dos centurias.

Hablar de tiempos más primitivos no corresponde desde que es de sobra conocido el hecho de que nuestros autóctonos vivían por ese entonces en el umbral de la civilización como pueblos nómades que eran, sin arraigo de clase alguna a la tierra, ya que vivían de la caza y de la pesca, y, de consiguiente de continuo debían trasladarse de uno a otro lado, emprendiendo cortas pero efectivas emigraciones obligados por haber agotado las reservas alimenticias pro-

---

(1) Hubiera preferido titular esta contribución al conocimiento y estudio de nuestro pueblo con la calificación de "oriental" voz con la que durante casi dos siglos fueron conocidos en esta parte de América y aun en determinados círculos europeos, los viejos pobladores de la Banda Oriental para distinguirlos de los de la banda opuesta del río de la Plata.

A partir del XVIII, esos pobladores, sus hijos, nietos y biznietos fueron llamados "orientales" y hasta la misma denominación oficial adoptada por el país, cuando en 1830 logró, —tras sangrientas luchas, aventar cinco dominaciones, española, inglesa, argentina, portuguesa e imperial brasilera— y obtener la ansiada independencia política, la reconoce al denominarla "República Oriental del Uruguay", precisando su situación geográfica.

Tiene pues, para los hijos de esta tierra, la calificación de "oriental" un arcaísmo tan grato al oído como a nuestros sentimientos. Dice de una antigua estirpe generada en un existir de más de dos siglos plenos de luchas y de esfuerzos comunes, pero la moderna tendencia viene desplazando la justificada otrora por una razón geográfica local, aquel llamamiento que tanto dice a nuestros corazones y el viejo concepto de "orientales" y "occidentales", que desde hace muchas

ducidas por la naturaleza en los campos, los montes y los arroyos en que accidentalmente moraban.

Debo decir que era un movimiento de rotación producido en perímetro determinado que transcurría rítmico dentro de la superficie de su permanente habitar, por cuanto las áreas de dispersión geográficas de las varias parcialidades indígenas que poblaban lo que es hoy el Uruguay, prácticamente estaban limitadas por convenios tácitos acordados entre las diferentes tribus y su violación, sobre no ser común, era seguro motivo de cruentas guerras, pues cada uno defendía lo que siempre había tenido por suyo.

Por otra parte, se repetía lo sucedido en Europa y en las regiones del mundo habitado por el hombre en los períodos prehistóricos, desde que las parcialidades humanas comenzaron en todas partes su vida primitiva casi igualmente, con las excepciones inevitables en toda generalización: primero nómades viviendo de la pesca y de la caza; luego, poco a poco, agricultores; más tarde, paulatinamente más sedentarios, subsistiendo del cultivo del agro y de los productos industriales y, finalmente de todas esas actividades más de su trueque, con las substanciales modificaciones de hábitos que esas mutaciones en la manera de vivir y las influencias de los climas traían aparejadas.

---

centurias individualizó a los pueblos de Europa y de Asia, ha tomado más cuerpo y un amplio auge con motivo de encarnar en la fecha dos ideologías dispares que se disputan el dominio del mundo al punto que, en el concepto general, hoy oriental es sinónimo de los pueblos asiáticos y occidental de los europeos así como de los americanos. Conservar, pues, el nombre de oriental para nuestro pueblo es hermoso, pero preferimos seguir usándolo "en la intimidad", pero no más, por cuanto, al exterior es calificación que induce a confusión.

Algo por el estilo, no sucede a los americanos desde hace siglos con la conocida calificación de "indios" dada a los pueblos aborígenes de nuestro continente, nombre falso que fue motivado por el error de Cristóbal Colón y los hombres de su época. que nos llamaron de tal suerte convencidos que en el célebre viaje habían llegado a la India asiática, a la auténtica, ignorando que habían descubierto un nuevo continente.

Y si en la esfera internacional se nos conoce por uruguayos, no hay motivo para titular este ensayo, por modesto y circunscripto que sea, de otra manera, reservando para usar el nombre de "oriental" para exclusivo uso nuestro, en oportunidades que no se presten a confusionismos.

CAPITULO I

Distintos enfoques de los escritores de historia al examinar el pasado nacional. Las primitivas construcciones en España y en nuestro país. — La cocina y la alcoba en nuestro medio y en el mundo antiguo. — Virtual desaparición de la última en la revolucionada planta de algunos ambientes de la casa moderna. — La estufa o chimenea en el presente y en el pasado, en el campo y en la ciudad.

En nuestro medio, desde el comienzo de la labor en que nuestros estudiosos y hombres de letras comenzaron a registrar el pasado, se ha enfocado una y otra vez, por lo general, los sucesos políticos y militares haciendo completa abstracción de todos los otros, de todo lo que, con aquellos, constituye la vida de un pueblo.

Este fenómeno ha sido común y no sólo se ha circunscripto a nuestro país. Los sucesos políticos han ocupado por completo el interés de nuestros investigadores, los que apenas si se desplazaron en este miraje ampliándolo a la vida privada de los políticos y de los militares, publicando o colectando en sus rimeros las "memorias", formando su anecdotario y luego, felizmente con mayor visión de la realidad, describiendo las reacciones populares, pero casi siempre enfocando el matiz militar o político, centrando la atención de los lectores en torno al sentir de las masas en el juego de la política respecto de sus caudillos, juzgando su aporte inmenso y decisivo, sobre todo lo acaecido con motivo de la dolorosa gesta de la independencia y, luego, sobre el no menos doloroso e inquieto proceso de la consolidación nacional lograda tras una dura lucha de partidos y de los intereses de los hombres que polarizaban la atención nacional.

De lo demás nada, ni tan siquiera en muchos cuadros más o menos completos del escenario en que la historia se iba escribiendo,

con hechos materiales. En lo que se refiere a su geografía física y a su medio social, tal cual esbozo tímido a veces, mal pergeñado, incompleto otros, denotando a las claras una falta total de interés por conocer el medio que explica, muchas veces tantas cosas, contemplaciones o rebeldías, así como también omitiendo la evocación del medio social y el económico. Pareciera olvidarse o menospreciarse el juego de los intereses comerciales, no recordando que es el motor de casi todas las apetencias políticas o sus resultancias. En este cuadro poco lisonjero demás está decir que ha habido sus excepciones, pocas pero evidentes.

Este fenómeno, repito, no es solo nuestro. Esa identidad de condiciones casi es continental y lo explica el hecho de que es esa historia del pasado, la que más tarde atrae tanto al lector como al autor, y que se empezara a escribir en medio de las luchas candentes o en fechas muy cercanas posteriores, en las que predominaban aún el eco de las pasiones en que las posiciones habían sido logradas, las más, no por la fuerza de los razonamientos y de las ideas sino a base de sangre y fuego casi siempre.

De un tiempo atrás, felizmente, han aparecido contribuciones al estudio de la vida económica del país, al de su medio social y, más contemporáneamente, monografías que serán la base sobre la cual el historiador del porvenir, estudiará el pasado nacional como debe ser estudiado, de manera integral, dando a cada factor el sitio que le corresponda, determinando la exacta posición de las causas motoras y la actuación fiel del existir de las primeras generaciones uruguayas.

La acción del político o del militar es, no sólo apreciable, sinó algo imprescindible, pero también lo es —y desde luego muchas veces menos desquiciante y más constructiva— la obra de la cultura. Lograda la independencia, la acción encomiable de la primera hora de aquellos hombres, que con sus esfuerzos dieron existencia material a la nacionalidad, termina o se desplaza a planos secundarios desde que su misión fue llenada cumplidamente y queda limitada a la conservación del orden y a cuidar, como algo intangible, el libre juego de las disposiciones constitucionales que aseguren la marcha regular de la administración y de los bienes e intereses morales de la comunidad. Y, salvo casos excepcionales, nada más.

Los hombres de ciencia —ingenieros, arquitectos, médicos, químicos, en fin, todos los profesionales— y los intelectuales —hombres de letras escritores, poetas, pintores, escultores grabadores, músicos;

los de acción material —industriales, ganaderos, agricultores, comerciantes; y la inmensa masa de los trabajadores manuales, de los artesanos — desde los que esculpen maderas, levantan edificios, laboran la piedra o el mármol, cincelan los metales, fabrican los tejidos, dominan las complejas ramas de la mecánica — desde la obra de forja hasta los montajes de máquinas; la infinidad de variantes de las artes de la construcción: carreteras, puertos, aeródromos, la industria del transporte, etc. Todos estos hombres son los que en realidad forman y mantienen la nación, no han tenido aún su crónica orgánica que es más útil y más fundamental para la vida del país, ya que esas actividades, tan oscuras como fundamentales, son las que han forjado el bienestar de la nación y deben conocerse integralmente.

En el existir de esta masa hay y han habido siempre usos y costumbres que la historia no se ha cuidado de registrar y comentar con la extensión que se merece y su propia crónica —vasta y múltiple como ninguna— no ha merecido aún los desvelos de los hombres de estudio, lo que es lamentable porque ya, en sus distintos medios, se han registrado cambios fundamentales que apura anotar, por cuanto más distantes se hallan en el tiempo tanto más difícil será captarlos para incluirlos en el inventario que debemos poseer para dar a cada uno el sitio que se merece en las pasadas actividades.

La obra de esta multitud anónima es inmensa y, desde luego, su estudio apasionante. Es un tema casi virgen, por lo que estimo es obra útil ir tratando de salvarla del olvido, exhumando todo cuanto se sepa sin temor a que sea aportación fragmentaria, pues la obra de conjunto, la perfecta, la harán los estudiosos que nos sucedan, que actuarán, es de presumir, en un medio de cultura más sedimentada y no como al presente en que los lectores del tema escasean, no son muchos, atraídos, los más, por otros que vienen siendo tratados de mucho atrás. Con todo, estoy lejos de ser pesimista, pues es fácil apreciar en la producción bibliográfica de la hora, trabajos de indudable valor y aún obras de conjunto sobre aspectos concretos verdaderamente fundamentales perfectamente enfocados y sujetos a los buenos cánones.

Una verdadera autoridad en estos aspectos folklóricos, el escritor español Leoncio Urabayen, en introducción a su libro "De la Arquitectura popular. La casa Navarra" (Madrid 1929) expresa: "La necesidad de hallarse seguro mientras descansaba obligó al hom-

bre a habilitarse la primera habitación que le sirviera de refugio. Mas pasaron los años y años antes que las sociedades adquiriesen estabilidad y se fijasen de un modo permanente en determinados lugares. Fue verdaderamente entonces cuando nació la casa, y cada día que pasaba fue atrayendo más la atención del hombre, hasta devenir con el tiempo uno de los productos humanos más complejos y más expresivos. De esta complejidad y expresividad se origina la riqueza de temas que salen al paso de cualquier investigador de folklore. Forzoso es, pues, abstraer de la realidad ciertos aspectos con el propósito de conocerlos mejor, y esta es la intención que nos anima a ocuparnos de la arquitectura popular en la casa navarra. Porque es bien cierto que esta puede estudiarse desde el punto de vista higiénico, profesional, sociológico, geográfico, artístico y otros muchos más".

Estos conceptos, por otra parte de sobra conocidos, explican la amplia perspectiva que al estudioso ofrece la consideración del tema comenzando a allegar materiales para uno tan vasto, a desarrollarse por otros, limitándome, en lo que me es personal, a dar mis impresiones sobre el casi virgen en nuestro medio, sobre el cual avancé algunos comentarios en el tomo I de mi obra "Civilización del Uruguay".

Y doy principio, por el clásico, el más humilde habitáculo, expresión de nuestra tierra donde no existen habitaciones subterráneas como en otros países de Europa, donde hoy todavía se resguardan de las inclemencias del tiempo las clases más escasas de recursos como he podido verlas en algunas regiones de España —Navarra, Andalucía, Granada, etc.— donde constituyen hasta el 40 % de las habitaciones de algunas aldeas —muchas de ellas, bastantes confortables dicho sea de paso, estimándolas en su extrema rusticidad— pues si bien carecen de los más indispensables servicios higiénicos, son extremadamente secas, muy limpias, bien soleadas y hasta térmicas— frescas en el verano y abrigadas en invierno, comparados con nuestros ranchos de fajina o con los miserables refugios de lata y maderas en desuso que suelen verse aún hoy en los suburbios de nuestras ciudades. Y las hay en Francia, en Suiza, en Italia, aprovechando barrancas.

Desde luego se encuentran fuera del área de la piedra pero sí en el dominio del ladrillo y del adobe, en terrenos secos y consistentes por lo general. Al respecto dice el Dr. Jauristi: "No pagan impuestos. Se escoge un terreno yesoso, bien igual y compacto: un montículo que tenga un corte al N E. o al S. Se adquiere el permiso del Municipio, por simple solicitud, casi siempre con motivo de una boda

próxima". Es una manera de solucionar más o menos satisfactoriamente, el problema de la vivienda modesta. No debe creerse que, como su nombre pudiera hacer suponer, que se trata de cuevas naturales, cavernas y similares que pudieran haber servido de refugio a los animales salvajes en tiempo pretéritos. Se trata de casas excavadas en un material natural apropiado, que se construyen a pico, de una o de dos plantas, que tienen un pequeño portal, cocina, dormitorios y cuadra, despensa y bodega. La cuadra suele recibir aire y luz por el portal, las demás habitaciones tienen ventanas al exterior —excepto la bodega— y aquellas dotadas de vidrios, son de madera y a la usanza general de la región, con sus jambas encaladas. Algunas poseen hasta balcones, pero sin saledizo. "Las habitaciones son grandes y limpias, blanqueadas con cal ligeramente teñidas de azul. No hay puertas interiores o son escasas. Los dormitorios se separan por cortinas. El suelo está muy apisonado y es limpio. En algunas hay baldosas de barro cocido en alguna estancia. El mobiliario es el corriente y sencillo. Son característicos los tinajones pintados de almazarrón. La temperatura es siempre muy agradable. La bodega o despensa, oscura y profunda, hacia el N. es fresca. En todos los dormitorios y cocinas entra el sol. No hay la menor humedad ni olor. La cubicación es más que la suficiente, aunque los techos son bajos — 2.20 a 2.50 metros.—" [1]

En nuestros medios rurales este tipo de habitación no ha tenido el menor eco, y eso que no han faltado inmigrantes de regiones en que aquella es muy común como ya llevo dicho. Indudablemente que su habitación representa un esfuerzo humano considerable si se establece cotejo con el que demanda la construcción de nuestros típicos "ranchos", que existen por todos los medios rurales no sólo en Europa y en los demás continentes, aunque con características distintas en planta, nombre y alzado.

Las manifestaciones humanas son similares en todas partes y es natural que así sea pues el hombre reacciona de parecida manera en todos los ambientes como lo denota la analogía de su género de vida, de su casa, y de sus armas. Pero es el clima y el medio el que más establece las diferencias. Los justifican ampliamente las variantes, ya

---

(1) Victoriano Jauristi cit. autor, a más, del interesante libro "Las fuentes de España" Madrid 1944 y de numerosos trabajos entre ellos uno sobre esmaltes, que lo llevaron a la Academia de Bellas Artes de Madrid.

que una casa del trópico no puede ser igual a la de un clima templado y mucho menos la de uno frío. El exceso de piedra o de madera explica la preferencia de material y, en su ausencia, el ser humano recurre al adobe crudo o algo más primitivo y ligero que exige menor esfuerzo la choza de ramas, "de fajina", azotada con tierra mezclada con estiércol de ganado mayor que la recubre de un revoque que, bien tratado, impide por cierto tiempo la entrada del frío, del agua y del viento.

Estas son las primeras manifestaciones de la habitación uruguaya, aunque debe recordarse que en tiempos anteriores al 1700, el aborigen construía su más que sumario habitáculo echando mano del material que más en cuenta le venía, que era el cuero de los animales salvajes, —del ciervo y del carpincho primero— del vacuno y del equino cuando el conquistador los trajo y se reprodujo de la manera prodigiosa por demás sabida. Y también de cortos lienzos formados de vegetales, presumiblemente junco y paja si en las inmediaciones la había, como anota el jesuita Sepp usaban los yaros.

El cuero, convenientemente extendido con ramas secas estirado a manera de los tablones de hoy, era colocado al capricho de los vientos y de las lluvias. Eran rústicas mamparas, movibles, que se ubicaban como techo y como divisiones o paredes que se situaban para preservarse de la dirección donde las inclemencias atmosféricas ofendían con sus rigores; y tenían sobre las ramas, la ventaja de ser más fáciles de hacer, eficaces y de poder trasladarse a voluntad en las breves mudanzas que provocaban los continuos cambios de campamentos a que estaban acostumbrados por imperio de la alimentación y guerras. Indudablemente que cortinas de ramas bien pobladas de hojas complementaban las paredes de cuero crudo, como es indudable que los lechos eran de cuero más o menos estirados sobre montones de pastos secos, blando y acogedor para los más sibaritas.

Pero es verosímil que la cueva natural también se usó por el aborigen, y mucho, como lo demuestran el suelo de las cavernas naturales, en que se han encontrado innumerables restos de la industria lítica y de la alfarería que fabricaban. Pero no eran cuevas subterráneas, sino, huecos más o menos profundos —otras veces simples saledizos, que suelen existir en las rocas más o menos cortadas a pico, de la que hay ejemplares en las sierras, tanto al sud del territorio— la gruta de Lemes cerca de Aiguá, en Maldonado por ejemplo, o al norte, las concavidades nombrada Galpones en la comarca vecina de

Masoller, en Rivera. En cambio, en cuevas francamente subterráneas, como la de Arequita en el actual departamento de Lavalleja, no se han encontrado, —por lo menos que yo sepa— restos de objetos líticos o de alfarería y eso que se ha removido todo el subsuelo para utilizarlo como abono en las vecinas chacras por estar compuesto de guano de los murciélagos que lo habitaron, quizá existentes aun hoy día. Y el hecho explica por ser prácticamente inhabitables por falta de luz y exceso de humedad, y, por tales causas sólo utilizables en caso de emergencia.

Enfocando el problema de la consideración de la habitación, pasada la primera etapa del indígena salvaje, el deseo por comenzar por las células más importantes del conjunto, plantea una duda, ardua de resolver. ¿Cuál es el recinto de mayor categoría de acuerdo con el rol que jugó en la vida de la familia? ¿La cocina, donde está el fuego ancestral, donde se gestaba diariamente la alimentación de todos o el dormitorio, elemento tanto más principal cuanto en él, normalmente, se cumplen las tres funciones capitales de la vida la concepción, el nacimiento, la muerte?

Así la cosa cabe una tercera posición. En las casas más modestas, en las más humildes, la función principal cupe a la primera, pues allí está el hogar en su acepción primigenia, de fuego, la utilitaria fogarada. Y en torno a él, en las familias más primitivas y en las económicamente más desamparadas, en la vecindad del fuego se vive. De ahí sale el alojamiento, a su derredor, en invierno (y en los climas fríos casi en todo tiempo) está el calor, el elemento que vivifica el cuerpo y torna grato y acogedor el ambiente. Luego, a su vera, como directa consecuencia de esto, se hace la tertulia y, comenzada la noche, a su derredor, estratégicamente se dispersan los más desprovistos de comodidades para dormir. Es pues, también, alcoba.

Entrando en materia, echando la primera hojeada a nuestra civilización, el indio dormía cerca del fuego virtualmente a pleno cielo, o junto al mismo, dentro de su carpa primitiva de ramas o de cueros sin curtir. Luego, el gaucho, durmió también junto o inmediato al rescoldo de las brasas, según la temperatura del ambiente, y en las interminables noches de invierno procuraba reparo contra el frío en más estrecho contacto, y allí se estaba, junto a los perros y gatos de la modesta vivienda, que horas antes había procurado el

mate y el asado. Porque el perro, y más tarde el gato fueron los primeros animales domésticos foráneos que se incorporaron al grupo familiar.

El dormitorio nació pues en nuestro medio —y en casi todos los primitivos— en la cocina vernácula. Es hijo del fogón hecho sobre el suelo al centro del rancho construído de palo a pique y techado de cueros to paja y aún colocado paralelamente al rústico paramento del mismo material o de junco y otros sucedáneos, con zócalo de piedra unidas con barro. También del de terrón y techo de quincha. Al principio, junto al fogón indigente de todo pero pleno de eficacia para preparar la comida, se tendían los cueros sobre el suelo, junto a las paredes, los cojinillos y, como elemento principal, en un ángulo, el recado utilizado por el jefe de familia y los mayores, mientras que el elemento femenino y los menores se recostaban también en cueros y cojinillos o en tal o cual rústico colchón —los primeros— hecho a base de lana de las últimas zafras colocada dentro de rústicas bolsas de arpillera. Todo el mundo dormía vestido, apenas si los mayores calzados se quitaban los "tamangos" o se despojaban de las botas de potro o de baqueta de talabartería. Esta costumbre, que nos parece intolerable hoy, también se seguía en Europa en las clases similares y más altas aún del XVI y XVII, como luego se verá.

Avanzando en el tiempo y en la comodidad, el rancho primitivo, tuvo al principio un solo ambiente: el descripto. Pero después fue perfeccionándose, y rápidamente. Tuvo dos cuartos, uno cocina y otro dormitorio para los padres y aquí nació la cama rústica de pies y travesaños de madera de monte, de complicada red de cuero trenzado, o sólo estirado, criollo jergón que sostiene el ya mencionado colchón, donde aparecieron las sábanas mucho después, desde luego, del poncho o ponchos que de noche se usaban como cobertores. Y en donde las manos femeninas fueran industriosas se vieron mantas de tejido rústico, pero mantas al fin, para mayores y menores —según las medidas, todas del mismo tipo— y aún lo son en los lugares más atrasados, más amplias que las jergas, que los "sudaderos" que se colocan sobre el caballo bajo la carona para no lastimar el lomo con el recado. También hoy en los ranchos más coquetos, sirven de alfombras colocadas a voluntad pero principalmente, junto a las camas, para posar los pies desnudos al subir o al apearse.

Sobre la inconveniencia de esta promiscuidad, en capítulos siguientes, hay una constatación de Espinosa por demás sugestiva.

En la ciudad colonial el proceso comenzó más o menos igual, pues las primeras casas de los poblados fueron simples chozas que, con el andar del tiempo mejoraron, posiblemente con un ritmo más acelerado que en el medio rural, pero siempre en los planos modestos que me han venido ocupando aunque estos ni por asomo, debe crearnos un complejo de inferioridad.

De estas características extraordinariamente primitivas nosotros no debemos soprendernos pues, en las demás partes del mundo, sin excepción, idénticos fueron los comienzos. "Los egipcios, ya en la época histórica, pero un par de miles de años antes de Jesucristo, usaban camas más que primitivas, igualmente que los griegos, pero el romano fue el que empezó a dotarla de todos los halagos que la hicieron apetecible. Y la herencia romana fue de sus antecesores, los etruscos. El dormitorio etrusco era una habitación única: para comer, dormir y orar, construída con barro, cañas y tablas. Después, y por las familias pudientes, se hizo de piedra. No existía más comunicación al exterior que la puerta; la luz penetraba por una abertura cuadrada situada en el centro del techo, que permitía el paso de la lluvia para ser recogida en una pequeña alberca situada también en el centro, de la habitación. Eso era una casa etrusca, y eso mismo era un palacio, salvo la diferencia en algunos de los materiales y en las piezas del ajuar. La limitación de espacio en la vivienda etrusca no permite suponer que hubiera para los lechos de dormir alguna estancia reservada. Hay, por el contrario, la tradición de que sólo había una cama para el matrimonio montada sobre una tarima; los hijos y los esclavos dormían sobre el suelo en los rincones".

Al respecto, vuelvo a seguir la autorizada opinión de Juan de Lafora cuando dice: "En los países en que el feudalismo ha tenido más arraigo, la cama, durante los siglos oscuros de la Edad Media, es la pieza esencial de la vivienda; emplazada en la estancia más amplia —y alguna vez única— de la fortaleza o castillo, es exageradamente grande, capaz de dormir varias personas. En algunas ocasiones ese inmenso lecho se comparte con extraños, pero hay que advertir que por no ser corriente todavía el uso de las sábanas, se dormía vestido, y es de suponer que envueltos individualmente en mantas o capas, aunque un gran cobertor tapara a todos. A los tres Reyes Magos se les ve durmiendo juntos en un bajo relieve de la Catedral de Chartres como la cosa más natural del mundo".

Cuesta creerlo, pero así eran las costumbres de esos tiempos

pretéritos, difíciles de comprender en ciertos aspectos pues nuestro modo de sentir y de pensar se resiste a admitir como normales procedimientos que eran corrientes como lo son al presente las modalidades que nos dificultan esa evocación del pasado.

Recientemente he tenido oportunidad de admirar una monumental cama de pabellón de este tipo, en el Museo Victoria & Alberto de Londres, típico ejemplar de arte inglés del 1500 al 1660 perteneciente al estilo Túdor y principios del Stuart pleno de artesanía y de esculturas (1). Aunque evidentemente se trata de un mueble de lujo de una extraordinaria suntuosidad, es de una por demás elocuente representación de esa costumbre, pues comprueba su uso en las clases más altas, habiendo en otras colecciones europeas, otros ejemplares de más modesta ornamentación pero de semejantes y aún mayores características según versión verbal de quienes allí, en el momento de mi visita, lo custodiaban.

Antes de entrar a considerar con más amplitud el rol desempeñado por la alcoba en nuestro medio, deseo hacer algunas consideraciones sobre las mutaciones últimas, como un saludable desahogo para mi espíritu fuertemente impresionado con las revolucionarias costumbres que en estos días apuntan por el mundo, trastornando quizá más de lo eludible, el orden económico en la exposición.

La suerte que, generalizando, parece le espera a la alcoba, por lo menos en las urbes populosas donde la falta de espacio material para levantar la vivienda humana a precio razonable, hace sacrificar ambientes que cuentan con una tradición casi milenaria, es lo que sugiere determinadas consideraciones. Es indudable que, por lo menos en ese aspecto está en plena y radical mutación de lo que antes fuera, de lo que antaño significaba en la vida espiritual y material de la familia. La alcoba se va. Lo que acertadamente hace casi dos siglos calificara Javier de Maistre en libro célebre —"Viaje alrededor de mi cuarto" — como el tálamo del amor del hombre, su cuna y su ataúd, se retira, por lo menos en los medios ciudadanos de las urbes en

(1) De la ficha de clasificación del Museo que luce junto con la reproducción con el Nº 131 en "Masterpieces in the Victoria & Albert Museum" London: His Majesty's stationery office, 1952, reproducida en la página 133 de este trabajo.

progresión de aumento prodigioso, pero queda el consuelo que perdurará en las tranquilas poblaciones de provincias y hasta me permito augurar siglos antes de que se erradique de los medios campesinos porque la fuerza de la tradición en éstos es más fuerte que la presión utilitaria de las urbes.

En aquellos sitios de progreso agudo, ya no es cama, es otra cosa: por lo general es un canapé o un mueble híbrido que debido a simples y más o menos ingeniosos manipuleos, se convierte en cama, en asiento tipo sofá, en mesa, perfectamente aparente para esos varios usos.

El ambiente recoleto en que nacimos, sereno y cordial, con una tradición de siglos, se va alterando profundamente desplazado por nuevos imperativos de la vida moderna, distinta por cierto, en más de un aspecto, de la que nostálgicamente se retira. Y la cama es su primera víctima, esa cama en la que pensamos, durante las horas tensas de trabajo del día, descansar de vuelta al hogar; en la que, exhausto el cuerpo, consumidas durante el día las energías en la lucha diaria tras "el pan de cada día" pensamos utilizar también en la noche ya cercana reparando en sueño profundo los esfuerzos derrochados en la labor diurna. El mueble de los días fríos, el confidente de las horas de enfermo, el acogedor de los feriados, se va de la gran ciudad y ya no es posible ir pensando en las delicias de la siesta diurna después del almuerzo, en las gratas tardes del "sábado inglés", en el amplio campo de regodeo propicio a la felicidad de los humanos sanos. El hueco de esa nuestra almohada predilecta no será tan propicio, ya que el ambiente ha cambiado, para acunar nuestros sueños, para, inmovilizados gratamente entre las blancas sábanas, al amparo amable de los necesarios cobertores, meditar en el problema que la vida presenta cada día, sopesando el pro y el contra sobre lo que corresponde hacer al día siguiente. Ya no será posible, con los ojos entreabiertos mirando en la penumbra —o, cerrados, adivinar en ese ambiente recoleto— los contornos de los muebles familiares, el espacio ocupado por la puerta, la ventana. No, esa pieza ha sido eliminada por los arquitectos en algunos de esos edificios absurdos que se llaman rascacielos, que no son más que antiestéticas colmenas humanas, de cemento, pues el hombre ha terminado por copiar a la abeja tales recintos abominables, en que también hay calefacción y temperaturas uniformes sea cual sea la estación, como en la colmena o en el similar recinto de las hormigas, de los termites, lugares donde la

personalidad del ser humano ha comenzado a desintegrarse para convertirse en una unidad más, que, al paso que vamos va a ser el final de nuestro decantado progreso.

La alcoba ya no es tal; es, sigue siéndolo materialmente pero sólo en parte pequeña, casi infinitesimal. Ahora es el "estar", el "sitio de recepción", el "lugar de tertulia", el espacio más despersonalizado, el más ruidoso de la casa. También es, a la vez, comedor, sala de juegos, un comodín de inocuo perfil.

Para peor, para comenzar un desarraigo tal, para llegar a estos extremos, han venido actuando, paulatinamente, miles y miles de personas, de las acomodadas desde luego, disponiendo de medios que hacen fácil la vida, que ya no nacen ni mueren en los ambientes de antaño... Lo hacen en los sanatorios o en los hospitales, fríos lugares plenos de higiene, colmenares en los que sólo está ausente la reina madre, ahitos de comodidades, pero faltos de calor de hogar, tan manoseados como los felpudos o los lupanares. Tal ha sido el comienzo de la ineludible defenestración de nuestra personalidad. Esos lugares tienen a su cargo la importante misión de recibir y expeler al ser humano a la llegada y a la salida de este pícaro mundo... Y todos tan contentos. Las nuevas costumbres nos han ido preparando para estos trances fundamentales; y a fe que lo han hecho a maravilla, insensibilizándonos, cloroformándonos, de manera tal que el hombre de nuestro tiempo no siente por ello el menor dolor.

La evasión para el viaje eterno se realiza sobre una fría cama de tipo estandar, todas iguales, blanca de cobertores y plena de impecables brillantes niquelados o de neutros y opacos cromados (al fin por lo menos una variación), sitio en el cual se repite, periódicamente, por cientos y por miles el mismo suceso, pues allí se consume la vida humana como antaño se consumían las velas en una palmatoria de mesa de luz, apenas si dejando rastros prontamente borrados por la buena atención del servicio.

Ya no existe el consuelo al moribundo de echar las últimas miradas, el vistazo postrero, al ambiente familiar donde esa cama que lo sostiene centra todo un pequeño mundo, que él creó o contribuyó acrear con su esfuerzo, hombre o mujer. Espacio testigo de todas sus intimidades, recinto colmado en plenitud de todo lo pasado en la vida que es la visión fugaz y nítida que el moribundo recibe en un adiós venturoso aunque nostálgico; acto en el que se ve rodeado por todos los suyos y, al estar solo, acompañado por el cortejo amistoso

de los recuerdos dentro del viejo marco familiar pletórico de evocaciones. En cambio allá, en el frío sanatorio, al llegar el instante fatal, hasta tiene la conciencia que a poco se irá pero ni siquiera transponiendo la puerta principal: saldrá por la puerta excusada del fondo como "resto" que ya es...

Pero, como ya dije, eso no sucede aún en el interior del país, en los medios rurales, y en las poblaciones del interior, donde si bien ya han aparecido los sanatorios y los hospitales, el dormitorio, la alcoba familiar, tardará en desaparecer porque significa mucho en el pasado ancestral de la especie humana, y es ambicionada y buscada por todos, pobres y ricos.

En el pasado de la alcoba, remontándonos hasta los más distantes días de la historia, puede apreciarse la unanimidad del sentir general por crearla, adonarla, mejorarla, haciendo de su ambiente lugar de reposo para el cuerpo a la vez que de recogimiento para el espíritu. El más compendiado examen denota una preocupación similar en todos los pueblos, que la ansían para hacerla deseable, artística, silenciosa, buscándose de preferencia ubicarla en el lugar más recoleto del recinto, para el logro de esa particularidad.

Si bien hay ventajas poderosas, sobre todo de orden higiénico y de mejor atención facultativa de los expertos en medicina, que aconsejan y justifican la preferencia que en la actualidad se da, con razón, en los medios de mayores adelantamientos materiales para utilizar el sanatorio y el hospital, como elemento primordial, no creo que esté en el mismo caso la eliminación de la alcoba en los edificios característicos de la clase media como tampoco en los más populares y mucho menos en los medios rurales, aún cuando se me alcanzan las poderosas razones de orden material que aconsejan posponerla adosada a servicios mixtos. La perspectiva, cada día más apremiante, de la falta de servicio doméstico en el mundo, viene también conspirando contra ese recinto tan pleno de tradición y de poesía. No se me oculta que su desaparecer es seguro por los motivos apuntados, pero muchos como yo, desearán que eso tarde en llegar.

No es nuestro deseo dar ni siquiera una ojeada sintética sobre la evolución habida en este mueble, adminículo otrora esencial —catre, cuja, etc.— en las civilizaciones, pero sí deseo dejar constancia que

la evolución fue muy lenta y sólo el curso de los siglos la transformó en base del mayor refinamiento que se lograba. También destacar que en nuestro medio el salto fue brusco, cosa natural por cuanto, en todas las materias, los pueblos nuevos como el nuestro, se aprovechan de la experiencia ajena, rápidamente adoptando sus mejoras, en todos los órdenes de la vida, incluso en los períodos iniciales, —como hemos dicho— pues el estanciero —no el paisano común— más modesto de nuestro XVIII dividió su rancho en tres habitaciones de primera intención: al centro el fogón, cocina, "estar", sitio de reunión y a ambos lados, dos aposentos, uno para el matrimonio, el otro para los hijos. Paralelo al rancho principal, a diez, quince o veinte metros, un rancho en un todo similar: dentro, al centro el fogón, etc., de los esclavos primero, de los peones después; y a los lados una o dos habitaciones iguales en un todo al rancho principal en la que moraban los hijos mayores solteros cuando había un solo aposento y, cuando dos, los esclavos, la peonada. Las hijas mayores solteras, en el principal, ocupaban ellas solas la habitación que había cobijado en sus principios a todos los "gurises" sin distinción de sexos.

Ya en pleno XIX, he creído ver en las grandes estancias vecinas a la frontera de propiedad de familias de ascendencia portuguesa o brasileña, la influencia del mobiliario lusitano, pues he observado arrumbadas más de una cama de pabellón, trabajadas aunque muy rústicamente en ese tipo de amoblado.

En la ciudad colonial el mobiliario fue español siempre, de manera que la cama española con sus variantes —gallega, andaluza, catalana, vasca, etc.,— matizó la uniformidad de lo que fue siempre el mueble principal. Le siguieron las sillas y las mesas y también a menor distancia, los antiguos arcones hispánicos, de los más distintos modelos por cuanto nunca hay que olvidar que si bien predominaban los en extremos sencillos, venían muchos magnates, funcionarios de jerarquía, militares de alta graduación y también marinos, que traían sus comodidades y que, al retorno —cuando lo hacían— vendíanlos, por lo general, para alivianarse de equipaje en esos años de minúsculas bodegas, y hacerse de algunos pesos extra pues, con lo bien pagado que era, fácilmente podían adquirir a su llegada a la península objetos similares en condiciones más económicas por lo

general. También no debe desdeñarse ni mucho menos, el aporte de los comerciantes ricos, de los proveedores de las fuerzas armadas peninsulares, que eran candidatos indicados para la compra de lo que pudieran dejar los altos funcionarios a su retiro, sin perjuicio de hacerlos traer directamente a la par de sus mercaderías para lo cual contaban con la gran ventaja de su experiencia en el transporte, diligenciamientos aduaneros, sin olvidar que disponían de la buena voluntad de sus representantes en las distintas ciudades donde el moblaje estaba siempre al alcance de la mano.

Esta uniformidad del mueble español en el XVIII, se rompió por completo en el XIX y en lo que va del XX. Las invasiones inglesas de 1806 trajeron el mueble inglés que fue muy bien recibido no sólo por la novedad sino que por sus líneas, su practicidad y las comodidades que ofrece, al punto de seguir mereciendo el interés de considerable público. Antes, el portugués traído por el contrabando y más tarde por las lógicas ventajas que le procuraron el cambio al tornarse el país —muy a su pesar y pese a su heroicidad— en provincia Cisplatina. Lograda la independencia, los estilos franceses entraron casi soberanos a favor no sólo de su riqueza y hermosa ornamentación sino porque también la moda los impuso. Más tarde, ya mediado el XIX, el artístico mobiliario italiano, aparatoso, tratado en nogal, muy bien acabado y con magnífica artesanía de ebanistas, sobre todo, conquistó el gusto del público manteniéndola la fortísima corriente inmigratoria que lo popularizó desde los modelos de suma suntosidad hasta los más modestos. El mueble flamenco tuvo su influencia a través del español pero en cambio los estilos alemanes, sobre todo el hamburgués, sólido y rico, tuvo sus grandes admiradores a fines de la centuria.

Con posterioridad, a fines del XIX, en la ciudad, en las habitaciones confortables, hubo una incursión del fuego en el dormitorio, de carácter permanente, para darle confort, como había habido otra, accidental, mejor dicho, no permanente aunque diaria. Me refiero al haberse adoptado, siguiendo los modelos europeos, las chimeneas a los dormitorios, como antes —en el XVIII y principios del pasado siglo— los braseros y calentadores de distintos tipo, de hierro o de bronce, de las diversas formas, muchos realmente artísticos. Estos calentadores, tuvieron otras modalidades pues, reducidas de tamaño y variando de forma, y también de metal —de cobre— aparecieron, para las

camas, los que se introducían entre las sábanas segundos antes de reposar y finalmente, fueron desplazados por los porrones de barro —el clásico de "ginebra" y también de "cervezas"— y por los eléctricos en forma de tubos metálicos niquelados con resistencias convenientemente aisladas dentro del tejido, o en alfombritas de lana como cobertores, habilmente disimulados los alambres conductores, todos desplazados a su vez por la calefacción central, y ahora por la losa radiante.

Volviendo a los calentadores, también hicieron su aparición en el comedor, como calientafuentes o platos, ya más "paquetes", pues si bien los había de bronce, tampoco faltaban los de plata cincelada o no, siendo la mayoría de metal blanco. El calentador triunfó en esto, como en sus similares de pie, que contenían brasas, saliendo el calor por una rejilla sobre la cual, a manera de escabel, ponían sus cansadas extremidades los abuelos y los enfermos, coincidiendo con la estufa o chimenea en su función de mayor abrigo en las habitaciones, ya fuera de la alcoba, dormitorio, escritorio, comedor y hasta patios cubiertos. Me refiero, desde luego, a las casas acomodadas, pues las familias de menores recursos se defendían perfectamente de las inclemencias invernales con los braseros, mucho más baratos por cuanto con sólo una o dos decenas de pesos se obtenían de bronce, buena parte sumamente artísticos con o sin pie, mientras que las chimeneas costaban cientos porque había que horadar las paredes y luego la armazón de la base exigía decoración, en mármol de Carrara al principio, insumía una suma mayor. Evidentemente, de mármol, de pórfido, de hierro o madera, etc., las había muy artísticas, y contribuían al decorado del salón.

Pero tenían sus serios inconvenientes y aún sus pequeñas tragedias ambos sistemas de calefacción incluso el tipo conocido "salamandra". Estas y las chimeneas funcionaban a base de carbón de distintos tipos y densidades, y leñas las últimas también.

Y pese a ser miles las instaladas, o por defecto de las cajas de humo o por los conductos de tiraje deficientes, muchas ahumaban, algunas al punto que era preferible no usarlas. Hoy todo eso se ha corregido y las estufas de leña se hacen en todos los ambientes, desde los más rústicos a los más confortables, hasta donde existe calefacción central, porque es tan cautivante la vista del fuego de la madera, crepitante o no en las chimeneas, hay un encanto tan grande en ver como él va avanzando consumiendo los leños, es tan poderoso imán

todo eso, tan profundamente incide en la mente, que siempre lo he considerado un colapso ancestral que recibe el hombre de las generaciones de los tiempos primitivos. Esto es lo que lo induce a adoptar en su casa de hoy, plena de comodidades, ese atractivo primario, mucho más poderoso que la radio con televisión, sobre todo en ciertos momentos en que el ser humano hundido en un sillón junto al fuego, se amodorra o se deleita viendo el desarrollo del proceso de disgregación que lo acompaña siempre desde que nació y que, de seguro, proseguirá hasta la consumación de los siglos. La contemplación del fuego en esas condiciones es tan poderosa como la del mar observado desde la costa.

Y volviendo a las incomodidades del humo de las chimeneas mal construídas que provocaron no pocos sinsabores cuando no se tenía la experiencia necesaria para hacerlas tirar, sea cual fuere el viento reinante, recordaré las tragedias de los braseros que han causado no pocas muertes a los imprudentes dormidos en ambientes cerrados, víctimas de las emanaciones carbónicas que producen, por lo cual su desplazamiento fue acelerado usándose hoy sólo en muy contados ambientes rurales, siempre por los motivos de escaso costo que lo propicia.

También, esta modalidad de los braseros alcanzó otra utilización en todas partes. Me refiero a las planchas-braseros, usadas aún hoy en las sastrerías, etc., con preferencia a las eléctricas, que si bien en buena parte suplantadas por éstas en la ciudad, en las estancias siguen siendo utilizadas para el planchado de la ropa blanca regularmente.

En la Edad Media las casas rurales españolas —y las de casi toda Europa— eran muy distintas a las actuales, acercándose las más modestas a las nuestras, al tipo de nuestros ranchos de la primera hora, ya felizmente, en plena evasión hacia la posteridad. Los aldeanos habitaban chozas cubiertas de paja, de esparto quizá, mientras, por lo menos en la parte central y norteña, los pudientes, habitaban torres macizas, de piedra trabajada o de común mampuesto, escasa de aberturas, oscuros edificios prismáticos, a veces, casi siempre de cuadrada planta, con varios pisos con entrada en la segunda, con puente de quita y pon, sostenidos por pavimentos de madera, unidos por escaleras también de madera, que se podían destruir en poco tiempo, en caso de necesidad, porque esos edificios asumían a la vez funciones

de fortalezas. Allí convivían colectivamente numerosas personas, pues el aposento particular no se conocía y mucho menos los lechos individuales, refinamientos que sólo aparecieron muy adelantado el Renacimiento. Después alumbraron las fortalezas —palacios, claro, antes que las abaluartadas.

Desde luego que las estufas no se conocían y los destartalados ambientes se caldeaban por braseros de hierro que a veces eran simples cajas enrejadas provistas de ruedas que facilitaban su traslado, que se utilizaron para hacer menos frígido el ambiente de ciertos recintos muy amplios, como el de las catedrales, las amplias salas de consejos, y otros lugares de reunión.

La estufa colocada en un hueco del muro hecho exprofeso cuando la edificación de la casa —o realizada después—, con su tubo de tiraje o chimenea, vino de Francia a España y simultáneamente a América, donde el sibaritismo ha sido siempre la regla de una población propensa a los placeres sin que este goce excluyera su vigor para las empresas rudas y heroicas, pero tardó mucho en difundirse por prejuicios que la situaban propensa a pulmonías y parecidas calamidades.

Si bien penetró en el siglo XV, su desarrollo lento no perjudicó la construcción de algunos ejemplares notables, pues los estetas y el gusto por las artes, en especial esto último, y la mayor comodidad de los ambientes templados, no es excluyente de la tendencia al existir monacal, adusto, que ha sido y es característica especial de la España ruda y aventurera. No es de extrañar que en nuestro territorio, colonia española hasta los primeros años de la pasada centuria, no contara con esta comodidad en los modestos edificios construídos en la época virreinal que, en lo relativo a ese siglo, abarcó el período de mayor florecimiento material del país.

Los ecos de la prosperidad lograda por España con anterioridad y por casi trescientos años merced al torrente de oro que de nuestra América fluía a sus arcas, le procuró la realización de ingentes obras suntuarias encauzadas en la magnificencia de sus catedrales, y en la construcción de inmensos palacios, como el Escorial, aparte de una serie de suntuosas residencias levantadas por la nobleza y corporaciones beneficiadas por esa prosperidad que les llegaba de allende los mares de manera caudalosa y, al parecer, inextinguible. Es así, que ya en el XVIII las magníficas residencias abundaban, pero de ese esplendor que a favor de esa riqueza material y al refi-

namiento propio de Italia y de Francia si algo se benefició en América, se reflejó en la sede de los dos virreinatos principales, Méjico y el Perú, pues el Río de la Plata, que con el correr de los años habría de sobrepasarlos en riqueza y suntuosidad, era por ese entonces una colonia pobre donde el florecimiento de las artes no tenía la menor posibilidad de desarrollo. El medio era muy modesto y no daba para refinamientos, apenas si para vivir.

Fue de mediados del XIX y en adelante, cada vez en ritmo más firme y ascendente, cuando todos los refinamientos de la civilización, todas las representaciones materiales por ella producidas que hicieron irrupción en el Plata, tanto en la Argentina como en el Uruguay, simultáneamente, pero en aquella más que en ésta respecto de cantidad, pero con absoluta igualdad de aceptación así como de gusto pues es conveniente señalar un paralelismo en todo, tanto en la construcción como en las artes decorativas, como en las industrias aplicadas, en la manera de vestir, prácticamente en todo, hasta en los defectos sin duda. Hoy día, se sindican estos otrora paupérrimos países platenses, en la avanzada sudamericana en lo que se refiere a incremento cultural y bienestar y comodidades de que gozan tanto las élites como las masas ciudadanas, sin que esto excluya, claro está, los núcleos de muy altos quilates que se observan en las demás naciones hermanas del continente al sud y aun a la orilla del Caribe.

Entrando en detalles, mediado el XIX ya no hay diferencias con España en lo que respecta al tema. Y la casa uruguaya no podría ser la excepción, máxime la fuerte herencia peninsular que se acusó poderosa como ninguna, sobre todo en el patio durante todo el siglo pasado, como lo evidencia la propia observación y lo confirman el testimonio unánime de los viajeros que han señalado los nuestros como típicamente andaluces o gaditanos, con alzados circundantes de neta influencia italiana, sin duda alguna.

Al tratar el tipo de cocina de firme integrando el núcleo principal de la casa, el marqués de Lozoya nos informa que en ella, por lo menos en el campo, la gente adinerada, "se congregaban señores y pecheros, como aún sucede en las casonas de labranza, en que, en las veladas de invierno, se congregaban al amor del fuego los amos y los gañanes". Y también es esa costumbre muy criolla en el pasado

y aún en el presente, en este caso, en algunas estancias de "criollos de ley" a la que el "patrón" y sus hijos concurren a la cocina terminada la diaria tarea, para "matear", para comentar las incidencias de la jornada, las novedades del "pago" y para recibir el personal las instrucciones a seguir en los trabajos del cercano día. O simplemente para "prosear", para intercambiar ideas, pues la existencia del trabajador rural, es muy individual y por lo tanto, solitaria.

Este lugar de tertulia es muy común, reitero. Es el nexo de vinculación que mantiene la unión entre el propietario o arrendatario y sus subordinados, en que la jerarquía de aquellos jamás se desconoce. Todo transcurre en un ambiente de cordial y amplia camaradería pero donde, pláceme señalarlo, en democrática y hermosa convivencia social, todo el mundo gana. El patrón, en el peor de los casos, ladino, hábil "tironeador de lengua", en esos contactos, por lo general suele hurgar en el sentir de su peonada, permitiéndole un mejor conocimiento de sus aptitudes, del ambiente imperante en sus subordinados, a la vez que le procura que éstos, acercándose al que está en una posición económica muy superior, si obran con cálculo pero con habilidad, sin el menor desmedro de su yo, sin adulonería, pueda "ganarle el lao de las casas" como muy bien califica el decir popular al acto de captarse la confianza de terceros. De día, el propietario y sus hijos, aquilatan en campo abierto las aptitudes físicas, las habilidades del "mensual", del "puestero" o del simple jornalero; al atardecer, final de la labor, siempre en una corta hora, pues el lecho a todos temprano los reclama, se sondean las almas con una finalidad un tanto egoísta, pero muy humana, conveniente para ambas partes, y muy útil para que impere un ambiente cordial en el trabajo.

Uno de los más tempranos, calificado y hábil escrutador de nuestras cosas, el ilustre escritor británico —W. H. Hudson— ya destacó en su "Tierra purpúrea" (1) describiendo las modalidades de nuestro medio rural, al referirse a los distintos aspectos de la libertad humana, dijo: "En cambio aquí, el señor de muchas tierras e innumerables rebaños, se sienta a platicar con el asalariado pastor, pobre y descalzo, en su humoso rancho, sin que los separe ningún sentimiento de casta, ni que el sentido de sus posiciones, tan distante una de otra, enfríe la viva corriente de simpatía que une a dos co-

---

(1) Novela regional uruguaya del tiempo antiguo.

razones humanos. Que alentador es hallarse con esta perfecta libertad de trato, templada solamente por aquella innata gracia y cortesía propia de los hispanoamericanos. Que cambio para la persona que llega de países donde hay clases altas y bajas, cada cual con sus numerosas y detestables subdivisiones; para el que no aspira a asociarse con la clase superior a la suya, y que sin embargo, se estremece de aversión del servilismo y humildad de la clase inferior a la de él".

Desde luego, a estas tertulias no concurren el elemento femenino, ni el allegado a los propietarios y ni el de su servicio, pues la reunión no se hace en la cocina de aquellos, sino en la otra, la de hoy donde sólo se calienta el agua para el mate y se suele preparar alguno que otro asado, pues la comida para todos se hace en la de aquel por lo general, excepción de los grandes establecimientos. Esta exclusión de la mujer quizá obedezca, en algunos casos, a la influencia árabe que la excluye del trato masculino, pues lo regular es que, en los medios rurales de clase media europeos, es que todo el mundo, patronos y asalariados, esté presente. También puede ser el deseo de dar más libertad de expresión a la tertulia muchas veces convulsionada de risa por algún cuento "verde" y también, porque dada la rudeza del medio, no es conveniente exponer al elemento femenino a una convivencia nada prometedora, desde que la excesiva familiaridad, sobre todo entre los jóvenes de ambos sexos, no es oportuna.

Como ya he expresado, un elemento que desde fines del XIX hasta el presente ha venido difundiéndose al punto de imperar en la fecha, soberano, es la estufa en su acepción corriente de aparato estable para caldear habitaciones incorporado a la pared, ya sea en pleno lienzo, ya en el ángulo de los aposentos con su conducto al exterior que provoca el conveniente tiraje de los materiales en combustión —leña, carbón— encendidos en ella que se llama comúnmente "chimenea".

Estufas, chimeneas, son las expresiones corrientes, pero suele usarse más la de chimenea, al punto que se le calificó —principalmente antaño— con el de "chimenea francesa" pues es indudable que el país galo es su patria de origen en lo que se refiere a la península ibérica, conviene aclarar, pues en el frío norte europeo el ambiente se caldeaba de esa y otras maneras de mucho atrás.

Estos términos los define la Real Academia Española en su conocido "Diccionario de la Lengua Castellana" (14 edic.) así: "chimenea: 1º Conducto para dar salida al humo que resulte de la combustión. 2º Hogar o fogón para guisar o calentarse, con su cañón o conducto por donde salga el aire. Chimenea francesa: La que tiene el hogar en un hueco abierto en la pared y está guarnecida de un marco". Esta sería la acepción castiza pero en nuestro medio, comparte con la estufa la calificación vulgar.

En realidad son hogares, fogones, o como se quiera llamárseles, destinados a la calefacción de habitaciones individuales que funcionan mediante el empleo de leña sobre todo. El carbón, en sus distintos tipos: de piedra, de leña, coke, ha decaído casi totalmente y sólo se emplea en una variante, la "salamandra", que necesita una gran corriente de aire para actuar, cuyo oxígeno consume, de este modo para mantenerlo en contínua combustión. Los gases, el humo y el aire caliente que produce, se expelen por la chimenea a la que ascienden por lo que se llama el "tiro", corriente de aire que succiona el existente en el aposento, renovándolo continuamente.

Este es el tipo de estufa o chimenea usado al presente en el país por el cual se caldea el ambiente de los aposentos sólo por irradiación del calor que provoca el fuego del hogar, pues los otros sistemas de aprovechar el agua caliente introduciéndola en tuberías que recorre templando la temperatura de los distintos ambientes, no están en uso sino en la ciudad, salvo excepción. Lo están pero en hogar independiente colocado en el subsuelo de los edificios que los poseen con la variante, que al accionar las llamas sobre una caldera llena de agua, ésta recorre las cañerías convenientemente incrustadas en las paredes, pisos y circulando en un vaivén de ida y vuelta, apareciendo las tuberías al descubierto de distinas maneras en cada aposento, dispositivos que se llaman "radiadores", como se llama a todo el sistema, calefacción central; u ocultas bajo los pavimentos que recalientan, tal el sistema llamado "losa radiante", última modalidad.

Desde el año 1900 por lo menos las estufas con diferentes adaptaciones estuvieron en uso en muchas partes en los climas fríos del universo y servíanse del aire caliente, como ya se ha dicho, entubado convenientemente, para caldear las habitaciones. Tales sistemas están aún en uso en muchos ambientes ciudadanos y en todo el interior rural de Rusia, Finlandia, etc., y su uso representa tornar habitables lugares en que sería casi imposible vivir sin esa comodidad.

La estufa o chimenea francesa entró en nuestro medio, como dije, de manera similar que en España, desterrando los braseros de antaño clásico adminículo de que se servían nuestros abuelos para mitigar los rigores de nuestros cortos y a veces soportables inviernos, con vientos helados pero sin hielo.

La estufa de leña coexiste con la electricidad, la calefacción central, la losa radiante, el aire acondicionado y otros medios modernos en que se busca el confort, no sólo como elemento decorativo importante de los aposentos que ocupa, sino que también, para mejorar la vida del hombre procurándolo precisamente por esa extraordinaria virtud que tiene el fuego que arde en su hogar que "es apacible y serena el alma", invita a meditar, concurre de manera poderosa a hacer soñar y allega el reposo, siendo un calmante, un calmante excepcional para disminuir la excitación nerviosa que procura el diario y áspero choque que nos procura el diario vivir. Me refiero exclusivamente, a la estufa de leña, la otra, la de combustión a carbón, sólo nos beneficia con el calor, recuperador de las perdidas energías en los duros días de nuestro invierno, a condición claro está, que en uno u otro sistema, los registros que regulan la combustión obren efectivamente, normalmente, sin tropiezos de clase alguna porque, de lo contrario, es toda una pequeña tragedia la que provoca, como ya anotara.

Hurgar en los antecedentes históricos de la estufa es remontarse a los orígenes de la humanidad. En las "Monografías de arte y hogar" que desde hace unos años viénese publicando en Madrid, en lo que respecta al viejo Mundo se dice en el tomo inicial: "Los cimientos institucionales de Europa están presididos por la propagación del fuego, ya sea a bordo del bajel helénico, la escuna vikinga o el escuadrón de veregos, navío de la estepa, y la chimenea simboliza nuestro sistema patrimonial, sentado ante sus troncos encendidos el patriarca, como en la saga islandesa, en que las mujeres recitan versos épicos y el más joven acaricia sumisamente los hombros del más viejo". Lo mismo puede decirse en lo fundamental, de los otros pueblos de la tierra, sin excepción alguna y, por tanto, nuestro hombre primitivo, el aborigen, no podía escapar a la regla, como lo evidencian los restos de fogones que se suelen encontrar en nuestros antiguos "paradores" de las costas del este, donde las huellas de la combus-

tión están presentes en las cenizas y las marcas del hollín en la alfarería lisa u ornamentada que desde mucho atrás se viene descubriendo, sirviendo tanto para la coción de los alimentos como para lo demás.

Desgraciadamente, hasta la fecha, yo por lo menos no he tenido la suerte que en mis andanzas por esos lugares de haber hallado vestigios más completos del antiguo fogón aborigen, como en Suiza, en Drachenhohle, donde se han encontrado las piedras colocadas en la disposición conveniente para sostener la leña encendida —aunque no es menester mayor esfuerzo mental para imaginarlo y realizarlo— lo que puede considerarse primer tipo de hogar, tal como se hace aquí y en todas partes de suerte de ubicar los leños en forma de que el aire circule obrando a manera de soplete, activando el fuego. Si seguro es que el fuego lo hacían por el intencionado choque de los silex (material que utilizaban para muchos fines, incluso la confección de flechas) actuando sobre un montón de hojas secas o de otros elementos de origen vegetal, que colocaban bajo cañas débiles o ramitas secas, superponiendo luego los troncos grandes, hasta llegar a los enormes que en abundancia suministraba el árbol criollo, de manera de conservarse por largas horas y aún el día para evitarse la tarea del nuevo encendido, es también evidente que el elemental dispositivo de las piedras siempre debió emplarse. Ciertos orificios superiores que suelen encontrarse en lugar inmediato a la parte superior de las vasijas pudieran hacer pensar que también cocinaban suspendiendo sus ollas con ramas verdes, o con tendones animales, pero es lo positivo que este detalle no excluye el otro, ya que el procedimiento es común en los pueblos que integraron el paleolítico y las épocas más modernas en el pleno vivir de primitivos.

Lozoya, en otra parte de su monografía, asienta: "Los pueblos mediterráneos no gustan de introducir el fuego en el interior de las casas, sino que prefieren cocinar en hogares dispuestos en recintos abiertos, para evitar en las estancias el olor del humo y de los manjares. Todavía en el Levante de España, en cuyas costumbres dejaron su huella fenicios, griegos y árabes, es costumbre que las mujeres guisen la mayor parte del año en hornillos situados al aire libre. Roma, en esto como en tantas cosas, viene a resumir dos culturas contrapuestas mediterránea la una y norteña la otra. Así la casa romana conserva el "atrium" estancia con el techo abierto, en recuerdo de las cabañas etruscas, con una abertura para la salida del

humo, y admite también el gran patio porticado de la vivienda mediterránea".

Dada la estrecha relación de los núcleos pobladores que al fusionar con el aborigen o entre sí, han forjado nuestra nacionalidad —español e italiano— esa costumbre de los pueblos sureños europeos, se observa en el país en la habitación primitiva de nuestros campesinos, de los gauchos del XIX y también del XX si se mira la disposición de la vivienda rural más modesta. En el núcleo de los ranchos que constituyeron nuestras estancias más antiguas cuando se disponía de dos piezas, la primera se destinaba a dormitorio y la otra, frontera a la cocina, cerrando o dando forma un tercero —cuando se contaban con más comodidades— actuaba de galpón para la conservación de cueros, etc. Concretando, era el depósito. Y esta característica de la planta primitiva rural lo permitía la benignidad del clima, que procuraba el aislamiento del lugar donde se cocinaba, como un elemento de mayor comodidad. Y lo mismo acontecía con los países linderos al Mediterráneo de clima templado, que también facilitaba el aislamiento; pero, en los países de ambiente frío, tanto en la Europa norteña o central, o en los sureños, del extremo sud de nuestro continente, la cocina estaba incorporada al núcleo principal y como su célula más significativa.

Cuando el progreso desplazó el rancherío de la primera época, cuando los edificios de firme, de piedra o de ladrillo, dieron la solidez apetecible a la casa rural, tanto aquí como allá, la cocina pasó a ser una de las unidades del edificio más representativa, pero el humo y los malos olores fueron combatidos con cierta eficacia, por las campanas una veces y por orificios de salida de aquellos, con el tiraje deseable para la eliminación de los molestos efluvios propios de la preparación de alimentos, cuando no se dispuso de chimeneas para la evasión del molesto humo. En cuanto a los hornillos portátiles aquí se usan y se han usado siempre, no tanto por el alzamiento de los malos olores de la comida sino por su economía.

Lozoya en otra de sus producciones, apunta también otra faceta interesante de la casa hispana que si bien nos aparta algo del tema, da cierta unidad a este esbozo retrospectivo, pues hace girar la construcción sobre sus dos puntos fundamentales: el fuego y el agua.

"En dos grupos se podían repartir las familias del viejo continente donde estuvo la cuna de la civilización: las que se agrupan alrededor del fuego, en el hogar, que adopta las estructuras más

diversas a lo largo de los siglos, y las que desarrollan la vida doméstica en torno a la pieza de agua-fuente, estanque o aljibe, situada en el centro del patio. En España, campo de batalla entre Oriente y Occidente, rosa de los vientos que a todas partes apunta, están los más bellos patios que pudieran soñar los poetas, solazados con la música y el frescor de sus fuentes; pero en ella es fácil estudiar también los más diversos ejemplos de chimeneas que puedan encontrarse en parte alguna, pues la Península, con sus altiplanicies heladas y sus comarcas montañosas, requiere, de Tajo arriba calefacción en las estancias".

No entran en el marco de esta contribución la consideración de este nuevo aspecto de la vivienda, que aquí como allá como acullá, es similar en climas semejantes aunque el matiz de las variantes es infinito, todas o casi todas productos del medio.

Predominaron en la habitación ciudadana —de la ciudad— los fogones adosados a los muros pero sin campanas. Los de este tipo clásico español comenzaron a usarse en algunas de nuestras grandes estancias, las primeras quizá inglesas, pues al acaparar con más eficiencia y por métodos simplistas el humo de la habitación, permitía al personal, en los días lluviosos del invierno, ya de vuelta del trabajo, hacer más amplia la rueda en torno al fogón, secándose las ropas mientras circulaba el mate amargo, sin el inconveniente del exceso de humo casi siempre propio de los fogones primitivos.

No sé por qué no han tenido mayor andamiento en el país los de campana central, "roncaleses" como se le llama en tierra de los "godos", por las grandes ventajas que presenta en las estancias de numeroso personal o en las familias campesinas donde se goza de bienestar y se cuenta con prole numerosa. El espacio que ampara con su calor se cuadruplica exigiendo con el mismo volumen de fuego, vale decir, con igual consumo de leña y son más viables aún las ventajas y comodidades que ofrece para calentar las macizas "pavas", calderas y calderines de agua para el mate, para el uso culinario y para los otros menesteres.

En la nueva cocina del pabellón del personal del parque nacional de Santa Teresa hice construir dos hace algunos años — otro en el Parador del salón de té del cerro de Montevideo— y veo que en ambientes de mayor comodidad se vienen instalando algunos otros, que serían muchos más, no me cabe la menor duda, pero estimo que posiblemente su mayor costo y el temor a que "no tiren" atemoriza a

muchos, ya que significan una variante del común, pues el riesgo a que la habitación se llene de humo siempre persiste, pese a que arquitectos y constructores tienen hoy una mucho mayor práctica que los de antaño, aunque ninguna en este tipo.

El que tire bien una estufa es, para muchos hogares, una cosa tan capital que, de fallar, trastueca el símbolo de felicidad familiar cual lo califican con sobra de razón más de uno.

A más de las proporciones entre las dimensiones del hogar y la caja del humo, hay también el escollo del tiraje variable por la mayor o menor amplitud de las chimeneas no fácil de fijar con exactitud, como tampoco lo es regular la renovación del aire de la habitación, encauzando la circulación del que existe en el aposento hacia el hogar, por medio de toberas o al través del cenicero cuando él se utiliza sirviendo de sostén a los leños. Hay que ocurrir a los croquis hechos por los especializados, no por el primer audaz —como a menudo acontece— que por ignorancia o por exceso de "toupet" se creen autorizados para hacerlo. Hay muchos aparentes detalles nimios que no lo son, que, por el contrario, revisten cuantía y, entre ellos, está no sólo el diámetro de la embocadura, la caja de humo y la altura de las chimeneas cuando aflora al exterior, pues siempre debe sobresalir a las cumbreras y en sitio donde masas de edificación inmediatas, no dificulte el codiciado tiraje.

El erudito Director de Bellas Artes de España, citado marqués de Lozoya, comienza su ilustrativo trabajo "La chimenea en la historia" del tenor siguiente: "La historia del hogar es la historia del fuego, cantado por San Francisco De Asis entre las cosas bellas y útiles, como el sol, el agua y nuestra piadosa hermana la Muerte. Es, mejor dicho, el poema del fuego en tanto ha sido utilizado por el hombre. El fuego es apacible y serena el alma, y ha recibido de Dios la amigable virtud de congregar. Atrae a los dispersos y los reúne en su torno, y es propicio a la dulce conversación. El hace suculento los yantares, y el sueño tranquilo y profundo. El sirvió para que fuese posible ofrecer sacrificios a la divinidad. Es el gran inventor de cuentos, de fábulas y de poemas y, en resumen, a él se debe en parte muy principal la suavidad de las costumbres, las útiles invenciones y el agrado y sosiego de la vida".

No puede pedirse una síntesis más poética y realista de lo que significa para la humanidad. Su importancia es vital y, por tanto, no es de extrañar que en este siglo XX sobreviva, poderoso y triunfador, tanto en el suntuoso palacio como en la humilde cabaña.

Las estufas de mármol, sin campana, con repisa y, sobre ésta, el clásico juego, el reloj flanqueado por dos candelabros de varias luces, —de bronce casi siempre dorado, otras de porcelana, etc.— aparecieron en Montevideo mediado el siglo XIX, y este tipo marca no sólo una evolución —se vivía en pleno período post-romántico— sino que revoluciona en España y aquí los medios de calefacción, desterrando de la ciudad los braseros, pues también en los años en que los costumbristas Larra y Mesonero Romano después, hacían sus crónicas impregnadas de poesía y de realismo popular, él imperaba en la península. Al respecto se lee en "El Semanario Pintoresco" de la villa del oso y del madroño corriendo el año 1839 "En la mayor parte de los pueblos de Italia, y en casi todas nuestras provincias, no se usa más que el brasero para templar el vigoroso frío del invierno, y sólo en Madrid y en alguna otra capital se principia ya a desterrar este mueble para sustituirlo con las chimeneas".

Fue en este tipo de estufa donde la leña comenzó a sustituir al carbón por lo cual los canastillos de hierro ocuparon el sitio de aquélla donde ardía el mineral y más tarde, la "salamandra" cerrada. Caldeó —como ya expresara— no pocos ambientes, pero quitándole el encanto de la clásica fogata lenta, convirtiendo los grueso troncos en ascuas al término de las horas, felizmente hoy vuelta a hacernos compañía, en especial en el campo, trayendo una vez más belleza y alegría a los ambientes que favorece, regresando su clásico utilaje; las pinzas, las palas, la escobilla, los "morrillos", quedando la "pantalla" accionada a mano por inútil pues el tiraje y el avivamiento del fuego se hace hoy solo mediante el perfeccionamiento de las cajas de humo y su registro, accionado a voluntad, de chimeneas de tiraje, estando también desterrados los pequeños fuelles de antaño.

En los ambientes rústicos de no pocas casas rurales ha vuelto, como elemento decorativo tan solo, la "espetera" que se coloca frente a la lumbre y donde se suele recostar o colgar las pinzas, palas y escobillas, todo trabajo en hierro de forja o fundidas en bronce, historiado o sencillo; y en los suntuosos ambientes ciudadanos la "pantalla" no para avivar la combustión, sino el adminículo finamente calado para evitar que los estallidos de ciertas maderas al quemarse, células

hasta entonces herméticamente cerradas, arrojen pequeños trozos encendidos que suelen sobrepasar la distancia normal produciendo perjuicios a los pavimentos de madera o quemando las alfombras. Pero estas pantallas, como en la ciudad juegan un rol inocuo en las estufas sólo se colocan en los ambientes como grato elemento decorativo. No prendiéndose, se hacen hasta de seda dentro de marcos trabajados de bronce o de madera historiada y dorada casi siempre; otras, enmarcando pequeñas tapicerías de Beauvais y de otros tipos de tejidos hechos a mano, casi siempre hermosísimos.

En mucho de estos casos, en vez de fuego, se colocan dentro y por tanto poco visibles, ocultos por estas artísticas pantallas, los radiadores de la calefacción central y hubo casos en que la eléctrica con su trama de filamentos metálicos incandescentes, se refugió allí, simulando leños encendidos, pero, desde luego, estéticamente no es aconsejable todo eso. La estufa debe estar dotada de todo lo necesario para prenderse, se usa o no la calefacción central o las otras. El aire acondicionado inclusive debe correr por cuerda aparte, siendo siempre posible disimularla cuando aquélla no actúe, y en el caso de hacer tuberías, tras los muebles, siendo preferible las bocas de aire caliente que han aparecido últimamente trayéndonos una comodidad más.

Pero, a pesar de ser un cultor de todo esto, no se debe abusar de estos sibaritismos. Al cuerpo sano hay que acostumbrarlo al rigor del frío, al ejercicio contínuo y a veces violento, a las faenas duras, pues todo ello es fuente de salud lo que no excluye en cierto momento lo otro. De otra manera nos convertimos en seres artificiales: en plantas de invernáculo, sin la menor resistencia para la enfermedad y caeríamos vencidos ante el menor rigor con que nos obsequiara la natura.

CAPITULO II

Esquemas sobre parciales aspectos arquitectónicos de la vivienda nacional en épocas distintas, incluso la presente. — Nuestra casa y su evolución en las pasadas centurias. — El jardín suburbano.

En el tomo I de mi "Civilización", en los capítulos pertinentes, dí una impresión fugaz de la arquitectura uruguaya examinada en sus dos aspectos, urbanos y rurales, desde sus comienzos hasta el 1900.

Se ven en esos rápidos trazos lo que fue llamada "arquitectura colonial" y también "hispánica", pero desde luego hasta el fin del período político que le dió nombre, ya que al advenir la independencia y constituirse la antigua Banda Oriental en un país libre, comenzó a independizarse de la influencia de la arquitectura española que había nacido en planos modestos, modestísimos, con sus ribetes y reminiscencias de las modalidades sureñas de la península —en especial de las andaluzas y gaditanas— dadas las similitudes de clima, de ambientes soleados y campesinos, que les eran comunes. Sólo el neoclásico se puso de manifiesto cuando la importancia del edificio hizo del caso hacer arquitectura y en algunos de fuste, de orden público —el Cabildo, la Catedral, iglesia de San Carlos,— y anotadas debilísimas influencias barrocas en ciertas portadas de casas particulares, acentuada en la llamada de Llambí y alguna otra.

En aquellos capítulos doy la razón de la modestia de nuestra arquitectura que no tenía otro motivo que la sensillez de los habitadores, su insuficiencia de recursos y el dominio de un nivel cultural incipiente no deparaba mayor exigencia en el levantamiento de los edificios en cuanto se alejara de la planta amplia, sentir perfectamente comprensible, y más, dado el patriarcal medio de vida y la escasa valía de los terrenos. Concretando, creo puede decirse que, desgra-

ciadamente, las preocupaciones de orden suntuario, la apreciación de los estilos, los aspectos artísticos para nada desvelaron a nuestros abuelos, atentos, en la ciudad, a los amplios y soleados patios de indudable influencia andaluza como ya dije, a la no menor vastedad de los cuartos, desde la sala a las cocinas, pues, en cuanto al campo, la estancia se planeó desde el primer momento con los padrones arquitectónicos que exigía su inmediato destino utilitario: las faenas ganaderas a campo abierto realizada lo más económica posible.

Terminado el período político hispánico, las sucesivas aportaciones que de la propia España se continuaron recibiendo, se vieron incrementadas y matizadas por otras de países europeos, suministrando Italia, Portugal, Francia, Inglaterra, etc., nuevas ideas, nuevas necesidades, pues en volúmenes mucho mayores los nuevos pobladores de esa procedencia, no pocas veces, trataron de reproducir, en cuanto les fue posible, las características, las modalidades arquitectónicas de sus países de origen, desde luego adaptándolas al nuevo ambiente casi siempre. A este respecto, nuestro clima templado modificó las realizaciones en todo el correr del XIX de las personas que se vieron en el caso de hacer su casa propia, y ya a principios de la nueva centuria en que vivimos, fue que se crearon en cierta manera, rápidamente, nuevos tipos que respondían a nuestras necesidades de ambiente y del género de vida que se alteró profundamente, uniformándolos en líneas de determinado padrón.

Con todo confirmando una vez más la excepción a la regla, hay muchas, por ejemplo, la de porción de "chalets", —francesismo incluído intencionadamente, dada su infundada vulgarización— edificios que en su segunda o tercera planta presentan techos de teja marsellesa de desnivel pronunciadísimo, y aún lozas de pizarra, reproduciendo en nuestro ambiente templado, techumbres propios de los climas muy fríos, donde esos desniveles se justifican para provocar el rápido deslizamiento del hielo que el clima acumula. Con todo, pese a estar completamente fuera de ambientes, hay hermosos edificios que muestran belleza y proporción.

Ultimamente, en zonas residenciales de Carrasco y de Punta del Este, se vienen edificando suntuosos edificios que reflejan los viejos estilos estadounidenses propios de la Nueva Inglaterra, de los estado de Virginia y Carolina del Sud, y, entre ellos los que en su frente tienen adosado, una especie de peristilo saliente que en nuestro ambiente, marca una predilección de última hora.

Todo esto no se me oculta que es propio de un país sin tradición arquitectónica, lo que por otra parte no tiene motivo de tenerla por ser nuevo, formado sobre un heterogéneo concurso de emigrantes llegados de las más distintas latitudes, y es valedera razón que marcadas diferencias de origen se acusen en la arquitectura.

También, sobre todo en la última mitad del XIX, predominó en Montevideo y en el interior, así como en todos los poblados urbanos de la cuenca platense, un tipo de arquitectura, en sus aspectos artísticos, mala de verdad, que hasta sirvió de motivo para un comentario mordaz de un conocido viajero francés que nos visitara.

Me refiero a las fachadas de casas de una sola planta que tenían sobre ellas una especie de balcón corrido, que era la balaustrada de la azotea, elemento que, mirado de frente, bruscamnte interrumpía la fachada, pues la balconada calada —no tanto las llenas— hacía suponer que se trataba de un edifico inconcluso, detenida la obra con la terminación de la planta baja. Un viajero, criticón como buen francés desde luego, calificó de "medias casas" esos tipos y, con bastante razón pues, a más, los historiados pilares que presentaban casi todos los paramentos, se interrumpían también al llegar a la azotea.

Me refiero a Jorge Clemenceau como también pudiera ser Anateole France, Jules Huret, cualquier otro de los viajeros galos o personas de buen gusto que nos visitaran por el principio del siglo XIX.

El porcentaje de estas casas es enorme y lo era mucho más al filo del 1900 en que su decadencia felizmente comenzó. Se trataba de fachadas de mal gusto italiano, fabricadas, en su mayoría por "frentistas" genoveses, lombardos, etc., por demás recargados de ornamentación y horros de buena estética ([1]).

Aun cuando son numerosas las moradas de tal suerte tratadas, —y por tanto ser muy conocidas— no está demás dejar constancia escrita de que la fachada presentaba una puerta de madera provista con el inevitable llamador de bronce, cuyo aldabón representaba —casi indefectiblemente— una mano femenina sujetando la bola percutora, también de bronce, con los dedos, a veces muy donosamente tratada. A uno de sus lados dos o tres ventanas correspondientes a la sala; al otro, una o dos que daban luz natural al escritorio. Al principio de esta moda estas aberturas estaban cerradas por rejas de hierro fundido, en mu-

---

(1) Clemenceau, en 1902, las calculaba en 30.500, dato seguramente suministrado posiblemente, por Daniel Muñoz, Intendente en aquel momento y su anfitrión.

chas oportunidades de complicada ornamentación y, en este caso, una persiana de finos y livianos tabloncillos colocados horizontales a escasa distancia —cinco a veinte centímetros— manejadas desde el interior de las habitaciones con un par de tiras de lienzo que las alzaban recogidas en rollo, regulaba la entrada de luz o de aire.

En mi ya nombrada "Civilización, etc.", he entrado en detalles sobre la planta y demás características de estos edificios que, por lo conocidos que aun siguen siendo en el día, me creo excusado de presentar.

El ocaso de estas modalidades comenzó cuando empezó a suprimirse el patio de los primeros tiempos, que nuevas maneras de vivir no los hacían indispensable, como también, las azoteas, volviendo a predominar las tejas, pero no las de tipo francés que habíanse usado en la última mitad del XIX totalmente viniendo de Marsella. Reapareció la teja tipo colonial fabricada en el país y obtenida más o menos buena — liviana e impermeable — pero dando a ese nuevo estilo de la casa uruguaya la denominación de colonial en cierto modo falta de base, pues lo único que hacía pensar en la época pasada era ese tipo de teja peninsular tan penosamente fabricada y obtenida tras muchos fracasos, tanto española como en parte también portuguesa, las rejas, etc. También algunos la calificaron de arquitectura patricia con bastante base pues es un estilo pleno en arcaismo que nació con la patria y que de su sabia se nutrió.

Y estas nuevas formas se produjeron tanto aquí como en la vecina orilla por lo cual quizá fuera más lógico hablar de un estilo rioplatense ya que en la cuenca del gran río ella nació, prosperó y ahora impera, casi totalmente soberana tanto en los barrios residenciales de todo el país como en los argentinos, en los poblados veraniegos de las zonas playeras como en las de tierra adentro y penetra en el interior de los campos, en las poblaciones de las estancias, y en todas partes con la prestancia propia de lo autóctono, con la impecable albura de sus paredes blancas encaladas, el alegre tono rojo de las techumbres y la fresca nota del verde recubriendo la carpintería en todas sus aberturas.

Indudablemente que, dentro de las preocupaciones del hombre, en todas partes, ha sido una de las más constantes la edificación de la casa propia. En nuestro medio este sentimiento se ha agudizado de

unos años a esta parte provocada por distintos factores —entre ellos las facilidades del crédito— con las consiguientes ventajas para todos, desde que es un factor de unidad dentro de la célula familiar. Significa también una mayor contracción al ahorro que prácticamente, por el imperio de las amortizaciones, lo hace obligatorio; es un interesante elemento de mayor nivel de convivencia social, aparte de lo que significa como factor de progreso para el individuo y la comunidad en sus más diversos aspecto que van desde el artístico al económico, sin olvidar el psicológico.

Antiguamente era cosa común el vivir sin mayores preocupaciones en una casa alquilada y hasta no pocos sentían cierta voluptuosidad en el cambio de alojamiento fantaseando sobre la nueva residencia, o la mejor disposición de los muebles. También dentro de otro rubro, había novedad, por cambiar de barrio, para alternar en otro ambiente, etc.; pero, de un tiempo a esta parte, sea por el paulatino e incontrolado aumento de los alquileres, por las facilidades que dan para la construcción las entidades particulares y las oficiales, por la mayor consideración social que al parecer disfrutan los que tienen casa propia, la venta a plazos largos de los terrenos suburbanos, el deseo de afincamiento se ha hecho evidente y es hoy la preocupación de miles de hogares que no han podido alcanzar aún el logro de sus aspiraciones. Promisorio sentir en verdad, halagador por más de un concepto.

Todo esto ha traído como consecuencia la mejora de la habitación en todos sus planos, desde la colectiva de distintos pisos, los grandes blockes de apartamentos que, con la conquista de la propiedad horizontal, ha logrado beneficios indudables para esa clase de arquitectura, las casas individuales, de fin de semana en la periferia de la urbe o en los pueblos de los alrededores, la permanente en la ciudad, las miles de los poblados balnearios, y la casa rural de las estancias o de las chacras, conquista esta última lograda para el bienestar general que interesa destacar como nueva modalidad de la que se beneficia tanto la salud de la familia, el progreso de los cultivos intensivos, la avicultura, la apicultura, la jardinería, la huerta, el laboreo de montes frutales, y los mil y un aspectos de la mejora del agro y la artesanía rural: carpinteros, herreros, albañiles, pintores, plomeros, y demás, y la salud para todos que es natural. Y se refleja en los habitadores de tales excelentes ambientes, conquista ejemplar a todas las otras logradas.

Este aumento de riqueza pública ha traído, como consecuencia directa e inmediata, la mejora de la vialidad suburbana, la de todos los servicios públicos que le son inherentes —desde el transporte colectivo, la energía eléctrica, el teléfono, etc.— afectando el mayor nivel cultural del personal de las chacras en lo que dice respecto a alojamiento, cultivos y a mejoras de toda clase: la producción de vinos, el aprovechamiento industrial de las frutas, el mayor nivel de los salarios, y la indudable mejora de la habitación, tanto del patrón como del artesano que ahora cuenta con cosas que ante ni fueron soñadas, el agua corriente como la luz eléctica —o, mejor dicho, la energía eléctrica ya sea la pública como la individual— la refrigeración que conserva los alimentos y procura bebidas frescas en los días más rigorosos del verano, la radio y, ya en plena realidad, ésta con la televisión. En una palabra: civilización.

Todos estos factores aunados han traído como consecuencia una transformación radical en la manera de vivir de las gentes, mejorándola en términos sorprendentes en el lapso de pocos años. Entre otras ventajas que se derivan para el común afines con el tema, está el aumento de conocimientos de las clases interesadas respecto no sólo a jardines y decoraciones, sino que alcanza a carpintería, a la herrería y a otros aspectos de las artes aplicadas que antes no despertaban interés sino a los profesionales y los entendidos, sin olvidar los importantes rubros del aumento de riqueza pública y de rentas fiscales.

Resulta hoy común oír discurrir a los integrantes de la clase media sobre estilos de amoblado, sobre tapicería, sobre alfombras hechas a mano, sobre cerámica, y sobre las infinitas variantes con que la artesanía adorna las habitaciones.

Sobre las ventajas intrínsecas que esas nuevas inquietudes procuran, está, entre otras cosas, el mayor apego al hogar donde se procura imprimir en tal o cual aspecto el sello personal, no siempre muy feliz al principio, pero que irá afinando con el tiempo. Es así que la estructura social del hogar se robustece junto a las pequeñas industrias que florecen.

Y se ha producido, al favor del mayor sedimento cultural, una preocupación por el estilo, la decoración, la comodidad, suprimiendo todo lo inútil —o lo poco útil— procurando rodearse de un ambiente en que la vida pueda desarrollarse fácil y cómoda, dentro de una gran simplicidad, pero teniendo como norte la comodidad y la belleza. De ahí la preocupación felizmente predominante de hacer la casa eurít-

mica, con la proporción debida. La proporción, supremo escollo... bendita sea! Significa lo que no es fácilmente alcanzable pero que preocupa a todos: la línea y el volumen, el color, la buena distribución.

He aquí el otro escollo del arquitecto, quién no sólo debe ceñirse al logro de esa finalidad por su propia función de tal, sino que tiene que contemplar algo más difícil de dominar para su obra de belleza práctica: los deseos del cliente, que paga y exige muchas veces, desconsideradamente, que ignora cosas fundamentales, pero que desea hacerse su gusto...

No es fácil el acierto en la concepción arquitectónica en sí y, menos fácil, es trabajar en esas condiciones, poder captar las ideas del que manda realizar la obra. El cliente culto, el familiarizado con los estudios humanísticos, forzosamente debe tener una concepción de la casa que se dispone a hacer muy distinta del industrial enriquecido que, ducho en los negocios domina el ambiente en que estos se desenvuelven; del estanciero triunfador en el mercado de las haciendas mejores, del agricultor que ha arrancado los frutos de la tierra y ha sabido negociarlos con provecho personal, del cabañero que, dominando el complejo problema de los cruzamientos, obtiene, tras ímprobo trabajo, los campeonatos con sus productos de alta mestización en las competencias rurales, del especulador que ha sabido dominar el mercado de valores en la Bolsa de Comercio, el que, pacientemente ha logrado reunir un capital cuyas rentas, al término de la vida, le permitan levantar su casa para pasar en ella, sosegadamente, las horas de retiro, ¿cómo contemplar los deseos de toda esa buena gente? Son todas dificultades a vencer. Y, un último escollo, quizá el más temible las señoras que, como dueñas de casa, tienen sus ideas respecto a la distribución de la mansión de las cuales se apean difícilmente... todo esto debe vencer el arquitecto para el cual, después de la obra realizada van todas las críticas. Pese a ello, hay quienes se atreven a lidiar con esos toros... Luego, conciliar la economía con la belleza y con las ama de casa, quedamos en que distan de ser una tontera.

Evidentemente el cambio en la casa uruguaya ha sido profundo, afectando tanto la planta como el alzado. Y que la mejora ha sido lograda ampliamente, a la vista está...

Generalizando, tomando ideas de las casas habitaciones de todos los pueblos adelantados, combinándolo con nuestro clima y con nuestras costumbres, se ha llegado a una meta realmente satisfactoria, tanto en la distribución como en la presentación de los paramentos, interiores y exteriores. La simplicidad preside con acierto y han sido desechadas las ornamentaciones inútiles de las decoraciones que estuvieron tan en boga en todo el mundo no hace muchas décadas, así como se ha suprimido, de raíz, en la casa-media, la inútil sala de otrora, el pomposo comedor, el poco aprovechado escritorio, todo ello refundido en el área del antiguo patio, también suprimido, donde se ha creado el "estar", que es sala, escritorio, comedor, cuarto de costura, todo ello dentro de un área lo suficientemente amplia, cómoda, hermosa, útil, en donde se concentra toda la vida de la casa. Los dormitorios tienen lo elemental, una vez eliminado los muebles inútiles de antaño: armario, psiché, chaisse longue, lavatorio, etc. Los placard —supervivencia de las antiguas alacenas— suplen todos ellos ventajosamente y el cuarto de baño inmediato concentra, en área mínima, todas las necesidades higiénicas habiendo desterrado hasta el horror de las aciagas vasinicas de la mesa de luz. Queda la cama —que no siempre se salva en estas hecatombes— y dos veladoras: todo fácil de limpiar pues no hay muebles y los paramentos lisos apenas si decorados con algunos cuadritos amables de tema y de color atrayente, ponen una nota coqueta.

Para apreciar el espacio recorrido y la mejora lograda basta unos instantes de meditación. Debe evocarse la sala de antaño con lo que tenía y para lo que servía, sin olvidar que ese sitio, escasísimamente frecuentado otrora, ocupaba el mejor lugar, el más aireado, el que tenía ventanas. El resto de la casa, los dormitorios principalmente, casi siempre sin ellas al exterior, con el aire viciado característico de los oscuros recintos de ese tipo y los pesados muebles agrupando tierra día tras día ya sobre los roperos inmensos de "tres cuerpos", o bajo ellos y también en los muebles menores. El escritorio sólo útil cuando el dueño de casa era un titulado, —con bufete abierto— o un escritor, o un procurador. Hoy la tarea del profesional se hace aparte, en el "estudio", sito, por lo general, en casas de departamentos donde se alquilan locales especiales a tales efectos, cómodos y construídos especialmente a esos fines. Hace la excepción, en algunos casos, el médico que tiene su "consultorio" a veces, en su propia casa, a cuyo fin la hace de dos plantas, aquél abajo, en la alta, el domicilio con las habi-

taciones particulares. Pero esta es posiblemente la supervivencia de la antigua costumbre, por cuanto los médicos tienen su consultorio fuera de casa, raramente utilizada para ese fin, para eso están los sanatorios y consultorios particulares.

No sólo eran constructores italianos los que divulgaron el auge de estas "medias casas". Tanto aquí como en todas las ciudades de la cuenca del Plata, fueron también arquitectos los que las construyeron, muchísimas veces en extremo suntuosas. En Montevideo, puede presentarse como tipo de la expresión superior de esa morada, la que levantó el arquitecto Capurro para el general Máximo Santos, que ha tenido varios destinos señalados, llegando a ser la sede del Consejo Nacional de Gobierno, interín se reacondicionaba la antigua Casa de Gobierno de la plaza Independencia, siendo hoy el local que ocupa el Ministerio de Relaciones Exteriores.

No es de extrañar que a los viajeros europeos les haya llamado la atención esta arquitectura. Acostumbrados en sus ciudades, invariablemente casi, a los edificios de varias plantas, les ha chocado con razón que las nuestras, sobre todo en el pasado, fueran de planta baja. Sobre significar un precario aprovechamiento de las áreas centrales urbanas, el considerable lugar que ocupan ha hecho que las urbes se extiendan de manera considerable nada acorde con los usos de allende los mares. Si bien esto puede significar habitaciones mejor aireadas, los servicios municipales se ven obligados a considerables inversiones por la inusitada extensión de sus calles, red cloacal, agua, luz, de suerte que en Europa a igualdad de población, en tres o cuatro veces se ve reducido el lugar ocupado por el casco de la ciudad.

Hace ya algunos años que la tendencia moderna sudamericana es otra. Hoy, las calles de los lugares vitales de las ciudades se ven flanqueadas por altos edificios, obligados, sin duda, a sacar mayor renta de las áreas disponibles, pero el gusto antiguo no ha desaparecido, y los propietarios han ocupado la periferia de los poblados con casas de una sola planta, pero mucho más estéticas e higiénicas que las de otrora ya que las procuran hacer de tres o cuatro frentes de suerte que las habitaciones tienen ventilación directa al exterior, penetra el sol, se renueva el aire viciado, y se obtienen otras ventajas pues si bien los "espacios verdes", que antes se circunscribían precariamente a los patios, han sido prácticamente suprimidos y los arbustos y las plantas ponen su nota grata al frente y a los costados.

Con todo, me atrevo a suponer que estas ventajas corren peligro

de quedar anuladas por los rascacielos que están siendo de moda, y muy buscados porque la propiedad horizontal permite disponer de la casa independiente en esos enormes aglomerados, predilección a la cual quizá no esté ajena la dificultad para conseguir servicio doméstico cada vez más escaso, más deficiente y más caro.

Volviendo a los gustos arquitectónicos inmediatos al 1900, diré que en los enrejados de las ventanas que daban a la calle, se anotaron más de una variante. La hermética verja de hierro que venía de las forjas del XVIII y que, con variantes de dibujos se complicaron en rebuscados arabescos de fundición, antes de desaparecer, se dividió horizontalmente, en dos planos. El inferior, fijo; el superior, se abría en dos hojas movibles a voluntad, de manera que se convirtió en balcón. En el tomo II de mi ya citada "Civilización" expongo en una serie de gráficos toda la evolución habida no sólo en el renglón que me ocupa, sino que en todos los aspectos arquitectónicos ciudadanos.

Esa modificación fue una conquista de la alteración de las viejas costumbres. Antiguamente, la tertulia familiar, diurna y nocturna, se desarrollaba en la sala, y en el buen tiempo, las ventanas abiertas ponían en comunicación visual a la reunión con lo que pasaba en la calle. Pero esa modalidad se alteró: las personas de edad —especialmente las del sexo femenino— siguieron intercambiando impresiones dentro de la sala, pero las jóvenes, las de igual sexo, se asomaron a los balcones, por las tardes y por las noches, pues era costumbre también transitar por las veredas, pausadamente, en ritmo de paseo. Y de inmediato, vino lo otro: lo que se llamó "el dragoneo", primero de "ojito", firme el galán en la esquina, pasando de vez en cuando, frente al balcón oteando su "Dulcinea"; al comienzo del noviazgo, tímidamente por la vereda de enfrente, luego, más osado, por la propia, para al final detenerse a conversar por largas horas si los familiares de la joven no ponían reparos a esa aproximación.

Interín la tertulia femenina proseguía en la sala o, una tía, hermana o amiga complaciente —a falta de tertulia— tocaba el piano, mientras el futuro casal "pelaba la pava" en el dichoso balcón que al final, evolucionando, se hizo de columnitas de mármol con repisa ídem, o de hierro con repisa de madera, etc., y fue cuando hizo su apari-

ción un adminículo que ahora se desconoce, y consistente en "balconeras", una franja de género-terciopelo, a veces ligeramente acolchado, etc., bordado, sujeto por cintas a la repisa, que permitía apoyar los brazos sin sentir la dureza molesta del mármol o de la madera. Y en este accesorio, los bordados y las filigranas de las labores manuales femeninas tenía donde expandirse.

Observo que me desvío de los aspectos arquitectónicos incursionando en el de las costumbres ampliamente tratadas, por lo menos en estos rubros, en mi libro "Civilización", a la cual acudo transcribiendo, con leves agregados, los párrafos que siguen.

"A continuación de la puerta el zaguán, el pavimentado de mármol, intercala losas blancas con negras, o en los modestos de baldosas, unas veces extranjeras, en los de menor inversión, de portland, nacional. Frisos a lo largo de las paredes acompañando, generalmente, el material del pavimento; escalones de mármol cuando había que eliminar un desnivel. A este zaguán daban las puertas de la sala y del escritorio dispuestas bis a bis. Al final una cancela de hierro calado y hasta afiligranado muchas veces, que lo cerraba impidiendo el paso libre al primer patio. Con posterioridad hubo puertas cancelas de madera, barnizada, casi siempre ricamente esculturadas en los únicos tableros, uno en cada hoja, que constituían la base. La parte superior dotada de grandes cristales de una pieza, también por hoja, opacos y en estos casos ornamentados con finos trabajos al agua, por lo general, canastas de flores, pájaros, y las iniciales del propietario, algo sacramental, entrelazadas. Los cristales casi siempre eran claros, transparentes, y, en este caso la susodicha ornamentación y las iniciales, estaban cuidadosamente esmeriladas. En las canceles de hierro forjado —menos en las fundidas— y en esa rica, suntuosa y costosa cristalería, solía haber ejemplares artísticos de extremado acierto como también lamentables excesos de decoración, pero tanto los trabajos al agua como el esmerilado acreditaba una hábil artesanía. Al centro del zaguán, pendiente, un gran farol a gas, muchas veces provisto de gruesos y transparentes cristales biselados, cuadrados, octogonales, o como gustara al dueño.

El primer patio, descubierto al principio, luego techado de claraboya de vidrio triple. Cuando era simple, lo resguardaba una cubierta de alambre tejido, superpuesta, dispuesta en lienzos movibles, daba acceso a la luz y al sol y, en estos casos, un toldo horizontalmente colocado, se corría en el verano para evitar los excesos de calor. Las grandes

y claraboyas se ventilaban con aberturas movibles a voluntad, desde la azotea y, cuando no eran grandes, eran corredizas, accionadas desde abajo, por una rueda de multiplicación que actuaba con el manubrio a mano. Esto facilitaba, en los días de lluvia el lavado de las plantas con agua meteorizada que enviaba el cielo para arecas, y otras palmeras, incluso la latania borbónica, y demás vegetales que lo adornaban, colocados por lo general, en grandes macetones de cerámica o de mayólicas europeas y también de mármol de Carrara. Después del 1900 en los edificios de mayores pretensiones, las claraboyas se cubrían de multicolores vitreaux, traídos del exterior, de línea Luis XVI y Renacimiento por lo general, pero esta modalidad no perduró mucho tiempo porque los patios virtualmente desaparecieron, y los pequeños, al estar de esta suerte cubiertos, no daban mayor luz, por el alto precio y porque a muchos les resultaba un exceso de color de discutido gusto aunque siempre se reconoció que este tipo de vidrieras era más apto para colocarse en ventanales.

Al primer patio, en las residencias de mayor viso, solían circuirlo, por lo general en tres de sus lados, una galería sostenida por columnas de hierro, techo plano de bovedilla con cielorraso de yeso o de metal estampado, que permitía circular bajo ella al amparo de la lluvia. A este patio —casi siempre a la enunciada galería— daban los dormitorios principales, una puerta del escritorio — cuando había dos — una amplia portada para el comedor y la entrada al zaguán que, en la misma línea del de la puerta de calle, daba acceso al segundo patio.

No falta en este patio —cuando el edificio era suntuoso— estatuas de mármol y, en los corredores, bastantes pies-bases para sostén de macetas y demás adornos. En sus paredes mecheros de gas de brazo de bronce historiado —los de vidrio eran propios de salas, escritorios y comedores— provisto de su bomba de cristal esmerilado con finos motivos trasparentes tratados al agua.

En las salas la iluminación se hacía a base de arañas de cristal plena de caireles y brazos ornamentados del mismo material, provistas de bombas igualmente tratadas, redondas, cuadradas, exagonales, etc., de seis, doce y hasta más luces que esparcían una luz discreta tamizada por el esmerilado y que iluminaban más por refracción descendiendo una luz difusa de los blancos cielorrasos enyesados, que de "rasos" no tenían muchas veces más que el nombre, pues eran bastantes comunes magníficas gargantas, frisos y artesonados. Al cen-

tro el gran rosetón moldurado del plafond central de donde pendía la araña, así como el de las gargantas respondían al Renacimiento italiano y francés, pero luego los "putti", angelitos, más o menos mofletudos, fueron desplazados por las guirnaldas de flores, medallones, etc., propios del Luis XV y especialmente del Luis XVI.

Regularmente daba acceso al comedor, desde el primer patio, la amplia portada de que hablé, y entrando en pormenores diré que invariablemente era adintelada, provista de hojas plegadizas —cuatro por lo general— su puerta provista de vidrios esmerilados y, en muchos casos, adornados no sólo de pájaros sino que de frutas, propios del lugar y haciendo juego con las filigranas de que se adornaban la anteriormente citada cancel.

Era casi de rigor en las residencias "que presumían" una antesala separada por una amplia portada adintelada de cuatro o más hojas que se plegaban proporcionalmente a ambos lados cuando se quería formar un solo ambiente. Al principio estaba dotada de vidrios de colores, azules, verdes, blancos y opacos, pero pronto desapareció posiblemente por la incomodidad de su manejo, y la sala quedó en un solo ambiente, en planta de ángulo, pero marcados los dos recintos o por columnas de capiteles dóricos en los dinteles planos, o por arco de los distintos tipos, esto abovedado por excepción.

A la antesala —en caso que la hubiera— seguía el cuarto de vestir o el primer dormitorio. Luego los otros, de las hijas o hijos, pues el primero era el de los progenitores. El baño daba por lo regular, a la mitad del corredor que ponía en comunicación el primer patio con el segundo, y, en este caso su puerta se abría bis a bis con otra que daba en mitad del comedor, repitiéndose la disposición de las del zaguán de entrada, de la sala y del escritorio.

En el segundo patio, al contrario del primero que sólo tenía construcciones a los sumo por tres de sus lados, se abrían habitaciones a una y otra mano. Siguiendo la línea de dormitorios continuaban estos en casos de alojar numerosa descendencia, con otro cuarto de baño al fondo, y a veces, con la intercalación de un cuarto de costura. El opuesto lado, lo ocupaba, siguiendo al comedor, pero ahora en disposición de dos plantas, el ante-comedor que a la vez solía ser despensa. A esta la cocina, y también un cuarto de plancha, todos ellos con techo mucho más bajos que los generales que, por lo regular, eran altísimos, verdaderos excesos que iban de los cinco a los seis

metros y más aún, páramos en invierno imposible de caldear por los medios simples de entonces.

Arriba de esta serie, los cuartos del servicio, dos o tres, el de armarios —los antecesores de las roperías de hoy— y el imprescindible de los "cachivaches", a los que se ascendía por una escalera que daba a un breve corredor volado, pavimentado, por lo general, de pisos de baldosas Sacomán como casi todos estos ambientes. La escalera, por lo general era de hierro.

En este segundo patio, bajo la escalera o el mencionado corredor del servicio, o en breve lienzo de pared existente entre la puerta del ante-comedor y de la cocina, había un aljibe, con la roldana pendiente de un brazo de hierro empotrado en el referido paramento.

El brocal de este aljibe, como también parte o toda la cocina y los servicios higiénicos del personal doméstico, que por lo general ocupaba el último cuarto de la izquierda, se recubrían de baldosas de cerámica francesa, de Marsella o de Rouen, de fondo blanco invariablemente con motivos azules o excepcionalmente marrones que ahora el vulgo llama incontroladamente "coloniales". Al final, también se usaron baldosas italianas y alemanas, de cerámica.

Estos aljibes arrastran, claro está, auténtico e indiscutido origen colonial, pero se hicieron hasta ya entrada la segunda mitad del XIX, fecha en la cual recién la ciudad tuvo agua corriente. Con todo, ya contando con esta importantísima mejora, se siguieron construyendo hasta el 1900, utilizándose el agua para la limpieza para aminorar la cuenta mensual de "agua corriente", que, como toda cosa nueva a muchos su pago producía cosquillas las cuales serían una bagatela, ante los estremecimientos que periódicamente les producirían la oblación de los adeudos a la Ose de nuestros días provocada por el mismo concepto (o conmociones cerebrales).

Desde luego que este tipo de edificación tuvo muchas variantes. Los de altos tenían igual planta, a excepción de los patios y, para suplantar los abiertos, un amplio corredor techado sustentado por columnas de hierro en la planta baja, corría a todo lo largo de lugar en que se abrían los dormitorios más o menos en serie. El costado hacia el patio lo limitaba un murete surmontado por una galería abierta unas veces, cerrada con amplias vidrieras que se abrían y cerraban a voluntad. El segundo patio, casi siempre ocupaba la planta de su similar de planta baja, pavimentada por patines dando así luz

a éste. Unas veces era abierto a pleno cielo; otras cubierto por claraboya cerrada o corrediza.

En estos edificios, siempre las entradas eran independientes, pues la entrada y escalera común sólo se usó en lo que va de esta centuria —salvo las inevitables excepciones— en las casas de departamentos.

Las cocinas de estos edificios eran, por cierto, muy distintas a las de nuestros días, a cada instante en evolución hacia nortes mejores y que terminarán, sin duda alguna, para la habitación de clase popular y media, en la cocina-estar —norteamericanas— que se ha hecho amplio camino en la moderna vivienda montevideana a favor de los extraordinarios adelantos que la electricidad y la mecanización del utilaje ha traído para la simplificación de la ingrata tarea.

Las hornallas adosadas a la pared accionadas a base de carbón de piedra o de leña, con o sin campana, sin extractor de aire, ni depósito de basura automático, licuadoras, frigidaires, no se veían por ese entonces, pues hasta faltaba lo que es hoy elemental: el grifo proveedor de agua caliente.

Pero este oteo de la vivienda nuestra, en el pasado y en el presente, no me permite entrar en estos y otros muchos detalles más propios de otros capítulos monográficos, pues entiendo que sólo debo evocar generalidades sin entrar en particularizaciones, salvo ciertos casos en que una pincelada descriptiva de más fondo, puede contribuir a la más rápida comprensión de como antes se vivía.

El comedor de antaño, aparatoso con una amplitud, sólo utilizada —salvo en el caso de tener numerosos hijos— media docena de veces al año —santos, casamientos, cumpleaños,— hoy está reducido a lo indispensable en la casa media, dando comodidad, practicidad, exigiendo al mínimo la utilización del siempre complicado y oneroso servicio doméstico. Los muebles sumarios, —mesas y sillas— todo lo demás oculto en los placards de antaño, las alacenas de ogaño. Excepción hecha de residencias palaciegas, el lujo está hoy en el servicio de porcelana y en los útiles de plata, de los cubiertos, bandejas, de la manera de vivir de hoy y en todo esto aparece sólo al ser utilizado. Nada de exposición en vitrinas más o menos suntuosas, en los aparadores y trinchantes monumentales, de varios pisos.

La cocina chica —todo a mano— con su embaldosado y a lace-

nas, agua fría y caliente en sus grifos, aparatos de refrigeración cocina a gas o eléctrica, todo blanco o claro matizado de tal o cual azulejo artístico que pone una nota de color amable en el conjunto de lo contrario por demás monótono, y su extractor de aire viciado.

Antaño no hay que olvidarse que se carecía de las máquinas succionadoras del ahora; entonces la casa se barría y se plumereaba, toda. Salvo la parte que recoge la pala, el polvo se alborotaba con ese trajín, trasladándolo de un sitio a otro. Prácticamente no se eliminaba.

Ese tipo de casa-habitación es la existente en los barrios residenciales de todos los lugares del país irradiado de Montevideo, en todas las estaciones balnearias y turísticas y se ha difundido en el campo, en la propia estancia, en la casa principal, allegada por las ventajas de su practicidad y la economía de servicio que procura, pues la dificultad del personal doméstico idóneo es quizá más aguda fuera de la ciudad, pues en ésta existe, aunque se emplea a alto precio, pero el idóneo, fuera de la periferia, por más que se pague no se encuentra, porque no existe.

Otro detalle que felizmente se cuida mucho en la moderna casa del Uruguay es el recubrimiento de los paramentos tanto en lo interno como en lo externo. En este último aspecto, el de pastillas de una sola coloración, tipo mosaico, es la última innovación. El uso de la piedra ha ennoblecido elevando sus cualidades y llegando a permitir, en algunos casos, primorosos trabajos de estereotomía o combinaciones sumamente artísticas. Pero esto se deja para las localidades muy bien provistas de excelentes canteras y, sobre todo, en las circunstancias donde es posible la inversión de capital sin mayores economías, buscándose el logro de alcanzar la belleza sin tener muy en cuenta al precio que se consigue.

También hay una experiencia grande sobre el particular y en estos casos se busca las paredes exteriores dobles, con espacios vacíos que la haga térmica al interior: caliente en invierno, fresca en verano. A más, es sabido que en todos los medios, pero más especialmente en los húmedos de la costa principalmente —en las noches y al atardecer— se concentra en la piedra la humedad del ambiente y torna incómoda, cuando no insalubre las habitaciones, especialmente las no muy bien aireadas, que no cuentan con paredes huecas.

Las paredes dobles es el ideal para estos casos y para todos por las innumerables ventajas que reporta, pero no todos disponen de las

cantidades necesarias para efectuar esas inversiones y se limitan a cubrir con la sombra que dan árboles apropiados de hojas caducas provistas de células de aire los lienzos expuestos al sol durante todo el día.

El revoque externo también es muy cuidado y se buscan los más hermosos que, por regla general, desgraciadamente no son siempre los más baratos.

Al huir de las inversiones excesivas se suele llegar a los muros encalados, que son aconsejables en los medios rurales sobre todo, pero empleando las pinturas al agua de la mejor calidad para no tener luego que renovarlas. Y no sólo por esto, sino por cuanto resulta agradable tener los muros siempre perfectamente limpios, y en lo posible impolutos, también resulta en extremo razonable tenerlos discretamente maculados por el correr del tiempo, ya que les da un carácter, unas tonalidades y un cariz vetusto que, al ennoblecer las fachadas, extiende una credencial de cosa antigua al inmueble. Ese sabor rancio, esa gustación de antiguo afincamiento quizá sea más interesante que los muros inmaculados propios de toda casa nueva, pero para alcanzar esta finalidad, debe emplearse en la pintura primitiva materiales de primera calidad, pues, de lo contrario, los efectos que se logran no son satisfactorios. Es curioso que, en estos casos, se ven efectos desagradables de descuido. No se obtiene la grata pátina que es de desear lograr; y, por tanto, debe cuidarse lo que se hace, documentarse respecto de calidades y no improvisar.

Al efecto recuerdo la experiencia que al respecto tengo. Los muros encalados del edificio de la vieja Comandancia de la Fortaleza de Santa Teresa, que son los únicos revocados por ser sus paredes de tosco mampuesto, que existen en su plaza de armas, pues los demás, es obra de piedra de sillería, en algunos casos, y, en otros, los más, cierto remedo del opus insertum, arreglados los viejos revoques que en el curso de más de una centuria de abandono se habían caído, se encalcaron una y otra vez, cuidadosamente, pero el exceso de humedad según creo, propio del lugar y de su orientación que le niega la caricia del sol por completo, deseada para patinarlos con decencia y verdad, hace que se echen a perder al cabo de poco tiempo. Varios encalados han tenido un mal final, por lo menos para mi exigencia, puesto que no he podido lograr la finalidad perseguida.

Mejores resultados creo haber obtenido al restaurar las viejas paredes de la también hoy centenaria hermosa casa-posta del Chuy del Tacuarí, en Cerro Largo. Es menos antigua que Santa Teresa

y sus paramentos van pasando la centuria, pero muy semejantes en su composición de material, aunque quizá en la posta exista la piedra en proporción total mientras allá se encuentra mezclada con ladrillos mal cocidos, pero la exposición es distinta y el sol la acaricia todos los buenos días, y no hay la continua, ruda y perniciosa caricia plena de yodo del mar.

Estos muros —altos, de dos plantas— hubo que arreglarlos en algunas partes, en los lugares que estaban fuera de plomo, y como es natural, los nuevos revoques detonaban una enormidad y hubo necesidad de encalarlos total y discretamente. En su origen remoto la casa había sido pintada de rosado más de una vez al parecer, dada la fuerte capa de ese tono originario que luego se vió cubierta de otras blancas. El curso de los años, la furia de las aguas en los días ventosos al castigar los muros, puso al descubierto en más de un lugar —y, desde luego, con distinta intensidad— la pintura original, y así es que todos aquellos antiguos muros presentábanse de un blanco sucio de fondo rosado, todo patinado de una manera realmente atrayente. Excusado añadir que se dieron las manos de encalados, repitiendo el proceso de antaño y, veremos lo que el futuro nos depara, cuando la acción climatérica ofenda descascarando la nueva pintura. Anticipo que habiendo variado, quizá las calidades de los materiales, el resultado pueda no ser el mismo, pero, por lo menos dejo de manifiesto que se ha hecho lo posible por llegar al buen fin, y que ya hay un principio de éxito positivo.

Toda esta experiencia la volqué en los muros, casi todos dos veces centenarios, de la antigua casona que levantó, en un paraje pintoresco, inmediato a la barra del arroyo de las Víboras con el río Uruguay, don Juan de Narbona en 1750. Veremos si aquí, sin fondos rosados, se logran resultados distintos. La exposición es buena, a pleno sol, y la cal será la que provee el lugar, que se utilizó en Buenos Aires a fines de XVIII, durante todo el período colonial, pues, precisamente, don Juan de Narbona levantó esa casona no sólo para su recreo en mitad de ese siglo, sino que para explotar la calera que lleva su nombre —o la de Camacho, su yerno— a pocos metros y su sucesor.

Actualmente, en los encalados, se van teniendo muy en cuenta los colores que pudieran llamarse calientes o fríos. Los primeros se

buscan para la obtención de una impresión de sosiego, de recogimiento: los segundos, para dar la de aseo y de frescura, muy buscados, en los sitios de veraneo donde el calor acucia precisamente en las temporadas en que el edificio se busca para descansar.

Pero hay matices que se deben tener muy en cuenta y, que felizmente, el espíritu afinado de hoy no los deja olvidados. El blanco rechaza el exceso de calor de los rayos del sol, pero molesta a la vista, hiriéndola vivamente, y precisamente en las horas en que se busca tener el espíritu en ambiente recoleto. Por eso es que muchos procuran combinaciones para atenuar ese exceso de luminosidad, y los combinan con amarillo suave, colocándolos a la manera antigua en frisos, esquinas, aleros, encuadrando las aberturas, etc. Ese color, como también el rosado, y el salmón, combinan muy bien y disminuyen el desasosiego de la vista, pero para mí es más atrayente el azul de bien saneado uso en el país en las viviendas antiguas.

La luminotecnia tanto de día como de noche, es cosa no tan baladí. Antes se ignoraba prácticamente, hoy, por el contrario, la gente que sabe vivir la tiene muy en cuenta, tanto al exterior como al interior. Y, en estos casos, ya es cosa corriente, buscar, en los estar, en las bibliotecas, en los dormitorios, y en los comedores, la iluminación concentrada en uno o en varios puntos, pero manteniendo el resto de los ambientes en cierta penumbra, siempre lugares de reposo para el espíritu que desea descansar, soñar o estar en pleno nirvana en un ambiente grato. Por eso es que, para las noches, para muchos ambientes, las lámparas de pie, reposando en el pavimento o sobre las mesas, procuran lugares agradables, habiéndose desterrado las grandes arañas que le quitan intimidad.

La presente centuria ha revolucionado la manera de vivir de las clases acomodadas del país y sus ventajas han alcanzado a todas, aún las más modestas en el plano urbano, no así en el rural donde las clases más humildes viven y se alimentan deficientemente, en gran parte provocada por su propia incuria. Nunca se me podrá justificar que disponiendo de tierra no tengan verduras. La recorrida por los medios campesinos europeos demuestra que la gente más escasa de recursos, en el plano en que vegeta la muestra, vive infinitamente mejor. Hay en esto una falta de cultura que no me cabe la menor duda costará desarraigar, pues la indolencia de nuestro criollo es proverbial, no diré incurable, por cuanto las excepciones son muchas, muchísimas. Pero este es un problema que no interesa tratar aquí, porque

por más relacionado que esté con el tema, excede las dimensiones de esta disquisición. Para cambiar esta dolorosa realidad de la hora, sólo el régimen cooperativo de granjas dirigidas, el trabajo técnicamente responsable con severas multas a los infractores, semillas seleccionadas, fertilizantes, mecanización, podría resolver el arduo problema en un plazo más o menos breve. Eliminando de raíz los "pueblos de ratas", de que se macula nuestra campaña, sería el primer paso para imponer un plan agrario promisor.

El cambio operado en el régimen de vida —por otra parte similar en la cuenca del Plata y en el vecino Brasil— de las poblaciones urbanas, ha creado una serie de necesidades que ha transformado profundamente la habitación y por tanto la arquitectura que debe adaptarse a cada necesidad.

Se crearon los edificios de varias plantas exclusivamente para oficinas en que se concentran todas las actividades de la industria y del comercio en sus aspectos administrativos a la vez que se levantaron los especiales para fábricas y talleres; luego las casas de departamentos, habitaciones colectivas dotadas de sectores independientes que llenan las necesidades por lo general de cada familia, orientación últimamente acelerada y encauzada en nuevas modalidades por la propiedad horizontal; los edificios públicos administrativos, especialmente construídos a tales fines con luz, aire, etc.; que antes ocupaban viejos y amplios —y también destartalados— locales edificados para la locación familiar, totalmente inadaptados a su nuevo destino; la dispersión de los domicilios privados con neta orientación a la periferia de las urbes donde se dispone de más espacio, aire, luz, algún jardín, tranquilidad, falta de ruidos, independencia. Buena parte de esto ha sido logrado por la mejora de los servicios de transporte — los tranvías eléctricos, primero, y ahora los ómnibus y trolley-bus. El aumento increíble de los vehículos motores a consecuencia de la proliferación de los buenos caminos y mejores pavimentos, son factores que han creado los barrios residenciales alejando del "centro" que, en un principio —ya remoto— fueron sólo veraniegos, hoy se han incorporado de firme a la vida regular de la urbe, dejando a la "ciudad vieja" muerta durante la noche, y viva y activa durante el día por cuanto el domicilio privado se ausentó prácticamente y hoy lo su-

planta en el 90 % casas comerciales, exclusivamente locales de venta, escritorios, oficinas públicas y privadas, bancos, etc.

Hasta los teatros, los cines, las casas de comidas, las de bebidas, etc., han emigrado a lo que fuera la antigua "ciudad nueva" de la plaza Independencia hacia el Este, donde ya hay bastante propiedad horizontal y casas de departamentos; pero la inmensa mayoría de los que han podido escapar al bullicio de la ciudad se han encaminado a su periferia, hermosos alrededores, donde con matices netos se alzan distintos sectores: barrios industriales —Cerro, La Teja, Nuevo París, Unión, Maroñas, Cerrito— los semi-residenciales —Agraciada, Paso del Molino, ídem de las Duranas, Prado, Sayago— y los residenciales por antonomasia —Carrasco, Pocitos, y sectores de Bulevar Artigas, Parque Batlle y Ordóñez, Parque Rodó, Punta Carretas, etc., son en éstos donde proliferan más concentrados la habitación tipo medio y tipo mayor que reúnen los mayores adelantos constructivos en el de vivienda individual que es la que realmente nos interesa.

Uno de los peligros más grandes que pueden sufrir nuestras casas-medias residenciales es el disponer de poco terreno para levantar el edificio que se procura siempre disponerlo aislado. Se trata el caso como los cuadros, sean óleos, acuarelas, o simples dibujos: exigen marcos. Y el marco es el jardín, los verdes aledaños inmediatos que dan prestancia al volumen edificado, permiten el destaque de sus líneas, aisla del ruido a sus moradores, de esos molestos de la radio, elimina el reiterado ladrido del perro, la conversación del vecino en la vereda, y hasta suelen alejar los olores molestos. El uruguayo ha heredado del peninsular su amor a la libertad en todo, y al levantar su casa busca su independencia, pero todo esto suele perjudicarlo el alto costo de la tierra a lo cual las disposiciones municipales deberían providenciar el antídoto, que en el caso serían ordenanzas que limitaran la mínima extensión de los solares en razonable límite.

El parcelamiento excesivo causa gravísimo daño a la estética y a la comodidad personal del integrante del núcleo, la daña, y las barriadas y la autoridad debe poner límite y coto al deseo excesivo de lucro de los propietarios de tierras que en su afán de obtenerlos mayores parcelan sin ton ni son, poniendo a la venta áreas reducidas.

Si el ejemplo de Mar del Plata en la Argentina, que perdió categoría de manera vertical al parcelar los jardines que rodeaban sus antiguas residencias, no sirviera de escarmiento, la excesiva subdivisión de ciertas barriadas montevideanas y de ciertos pueblitos vera-

niegos existentes a lo largo de nuestras playas, debe poner un agudo toque de alarma. En todos esos lugares, inevitablemente, fueron levantadas edificaciones de valor mínimo y, como consecuencia inmediata la pérdida de categoría resultó fulminante. Este es otro matiz del exceso de parcelación. No es posible ir contra corriente. El uruguayo gusta de amplitud en torno de su casa y en las zonas balnearias y suburbanas a ello debe irse para no contrarrestar la inclinación natural que tanto favorece al individuo como a la colectividad, y que a todos beneficia en lo estético como en lo no banal.

Felizmente, algo tardía en ciertos casos, la subdivisión inteligente en localidades surgidas a lo largo de nuestro litoral atlántico, ha evitado el exceso de fraccionamiento de extensa superficie por la antiestética parcelación en damero, otro escollo que en materia urbanística se debe evitar. Fue ella posible por el mencionado afán de lucro que confió la tarea de ciertos planeamientos de localidades balnearias a manos inexpertas, muchas veces, simples agrimensores sin la menor noticia de las reglas que deben presidir esas planificaciones.

De esto mucho se ha escrito y, personalmente, más de una vez interpuse mi influencia desde el lugar oficial que detentaba. —Administración de Turismo— señalando a los Municipios costeros la necesidad impostergable de legislar con acierto sobre ese particular. La sanción en los casos que no tuvieron en cuenta esos saludables principios se tuvo bien pronto, pues el retraimiento de los compradores de inmediato marginó el error inicial de manera inconfundible, y puso de manifiesto que estas fallas son de tal manera orgánicas y fundamentales que, al no poder paliarse sus inconvenientes, procura el inevitable desinterés de los compradores.

En Punta del Este, Carrasco, Punta Ballena, La Paloma y otros lugares, existen planificaciones magníficas cuyos beneficios no sólo se extienden a lo dicho sino que afectan el funcionamiento de esos núcleos de población de manera más profunda, tanto en sus facilidades para el transporte de vehículos como el de peatones, asegurando a la vez su seguridad dentro de los términos posibles —sino que concentrando los servicios comerciales, etc., de una manera lógica y razonada. Pero, cuidado con las exageraciones.

También a este respecto mucho se ha hecho para asegurar, en el presente y con mucha mayor razón en el futuro, las vías de trán-

sito rápidas y las demoradas que aseguran la vida de las familias con sectores de tránsito más tranquilo. ([1])

Respecto al alzado, el cuidado actual realmente es halagador. Se tienen en cuenta los innúmeros factores encaminados a la obtención de una cosa hermosa, elegante, de cuidada línea, de equilibrados volúmenes y de examinado color. Se tiene muy en cuenta entre otros aspectos fundamentales, la división en el guarnizado de las paredes exteriores teniendo presente las reglas básicas, por ejemplo que las divisiones horizontales vuelven bajo el edificio y que toda divisional hacia lo alto, acrece visualmente la altura y, sobre todo, al realizar el proyecto, en cada caso se busca la expresión natural evitando y huyendo de la artificiosidad. Infelizmente antes estas preocupaciones para nada incidían en la elaboración de la casa propia y mucho menos en la simple renta, que no son del caso tratar, pues lo que procuro analizar es la casa propia en la que el sentimiento del propietario queda al desnudo. Respecto al logro, apolíneo diríamos, de esta finalidad, el matiz que antecede no cuenta: es la expresión del propietario o del arquitecto cien por cien la que predomina o debe predominar.

El rol de éste es tan importante que lo considero —redundancia quizá sea decirlo— decisivo en la inmensa mayoría de las interpretaciones. Por su cultura y, especialmente, por su especialización, es el maestro por antonomasia y debe serlo a todo trance, pero, no todos están tocados por la mano de Dios, del Dios de la belleza, de la simplicidad, de la practicidad. Algunos hay que hacen y aconsejan hacer verdaderos horrores. ¿Cuán difícil es su función y cuántos pocos son los que saben interpretarla? Por eso es que al escoger al guía, el realizador fundamental, debe tenerse sumo cuidado en acertar pero, para un hombre de cultura sedimentada la elección no es difícil en lo que respecta al aspecto artístico por cuanto las realizaciones anteriores del plasmador a la vista están. Y son la mejor credencial, pero como ha dicho recientemente un ilustre arquitecto de allende los mares "en una tierra donde muchos de los que leen no perciben y los que perciben no leen"...

---

(1) Punta Ballena, urbanizada por el Arquitecto Bonet, es caso típico.

Otro aspecto cuidado y difícil de la casa uruguaya es el de la ventilación. Nosotros no estamos ni en tierras frías ni en las calientes y, de ahí, las dificultades. Tenemos una temperatura general extraordinariamente favorable, pero también tenemos muchas variantes inesperadas y profundas y, como si esto fuera poco, días muy fríos en el desapasible invierno y muchos calientes en el rigor de la canícula. Y hay que precaverse sobre todo esto, pues estas variantes siendo tan profundas, son tanto más difícil de contemplar, máxime en el día donde la noción de la vida al aire libre impera soberana.

Los dispositivos de la calefacción central, a base de agua caliente han tomado amplia carta de ciudadanía, de una manera tan apreciable que, para las residencias de ciertas categorías, es indispensable. Pero está el verano, tan ameno, tan acogedor, tan buscado, en el cual la mansión modesta o suntuosa rinde al máximo sus beneficios o sus contrariedades. En estos casos, en los estilos modernos, creo ver el exceso de vidrio, que procuran mucho calor en verano y mucho frío en invierno. Pero es evidente que, pese a todas las dificultades, la meta alcanzada es altamente halagadora y, tanto más lo es, cuanto sus beneficios se evaden de las posibilidades de la construcción de precio y alcanza a los más modestos planos explotando la distribución y la exposición que, al respecto, son factores decisivos consideradas las dificultades a vencer en una planificación general.

Desde luego he recorrido muchos ambientes de la vieja Europa y he podido observar las metas logradas en esos ambientes fáciles para el logro de los máximos adelantamientos, y considerada la vivienda nuestra en el plano general, es altamente reconfortante poder decir que hemos podido alcanzar planos superiores, quizás no logrados aún por nacionalidades de más potente y vigorosa economía. Por algo es que somos un país joven atento a todas las sugestiones de mejoramiento colectivo, patente en nuestro núcleo social y en nuestra manera de vivir, sin prejuicios que contemplar, ni antiguallas que predominar.

Lo más notable y reconfortable es la contribución nacional a estas manifestaciones artísticas. El azulejo criollo que, tímida y exitosamente, en su expresión artística, iniciara en Maldonado en los primeros tiempos de la patria don Francisco Aguilar, ha tenido sus continuadores en sus últimos tiempos y, hoy, los cuadros de composición de tema nativista están a la venta con calidades remarcables.

Fue Carlos Castells, el feliz dibujante de temas criollos, prematuramente fallecido, quien, 40 años atrás hizo quemar en Sevilla las

primeras baldosas por él pintadas, que incorporó el tema nativista a esta manifestación artística. Se trataba de catorce motivos de la doma del potro que, si bien presentan algunos defectos de dibujo, son agradables de color y bien documentados. El paisaje nativo lo incorporó de la misma manera, vale decir, con azulejos españoles, César Gutiérrez, en su estancia de la Meseta de Artigas. Allí colocó dos intencionados cuadros decorativos reproduciendo el histórico promontorio y el no menos conocido Salto del río Uruguay, no distante del lugar, introduciendo así el paisaje nacional al azulejo. Hoy todo se hace en el país y las escenas campesinas se ven felizmente logradas. Estimo que su porvenir es promisor por cuanto es un factor de belleza que avalora con cosas nuestras satisfactoriamente logradas y en franco tren de perfeccionamiento la casa uruguaya. Es de desear que la ornitología sea tratada cuanto antes ya que la ictiología la he visto trabajada recientemente por López Lomba de manera feliz, aunque no coloreada. Nuestros pájaros, con su brillante plumaje, se prestan a maravilla para paneles decorativos, ya que estimo hay que matizar las escenas de la vieja Europa con las nuestras, de tanto vigor y atractivo como aquellas y mucho más cercanas a nuestro íntimo sentir.

Hay un trabajo muy interesante de Vicente Nadal Mora, — "El azulejo en el Río de la Plata. Siglo XIX", publicado por la Facultad de Arquitectura y Urbanismo de Buenos Aires donde se estima en más de 150 los azulejos, en sus variantes, de origen francés, conocidos por el autorizado autor. Al cabo de lo por él publicado —desde luego, esmeradamente y a pleno color— y conociendo las colecciones uruguayas, creo que llegan y pasan los 200 tipos de la producción francesa de las bocas del río Ródano y del paso de Calais las que existen aquí. El aporte galo de fines del XIX fue enorme, como lo fue en el tipo de teja y en las famosas baldosas Sacomán con las que se cubrieran cientos de miles de azoteas y millones de metros cuadrados de pisos, hoy realizadas en el país, con la consiguiente economía y las conveniencias del caso, aunque debo reconocerlo, con alguna desventaja aún, en esta parte de la evolución de la producción nacional, por ser el producto francés más liviano y quizá no tan poroso.

Otras variantes en la decoración de la casa-habitación que nos ocupa es el matizado de los paramentos con dichos azulejos.

Otrora, en los primeros tiempos en que la arquitectura uruguaya comenzó a emerger saliendo lentamente, del rancho rústico, luego de la casa elemental de piedra o de ladrillos, fue la utilización de los azulejos, que ocuparon primeramente los vanos de las ventanas o los frisos interiores y hasta exteriores de las residencias de mayores proporciones arquitectónicas, lo primero que entró en la decoración.

El azulejo francés y el español, y también, en más reducida escala, el portugués, algo tuvo que ver en estas manifestaciones indicadoras de las preocupaciones artísticas de sus dueños; pero, al principio, fue todo muy esporádicamente, por cuanto su aplicación exigía inversiones más o menos altas, no reproductivas ya que los frisos de las encaladas paredes se tornaban prácticos disimulando las injurias del salpicado de tierra de las lluvias —en los exteriores— y del lavado reiterado de los pisos —en los corredores y patios interiores— aplicando un color sufrido, a la cubierta de blanca cal que generalmente los cubría.

Dije que hubo incipiente ensayo criollo en Maldonado, a principios del XIX, a iniciativa de aquel progresista vecino que fuera don Francisco Aguilar, acerca de lo cual, a mi pedido, Francisco Mazzoni redactó un trabajo para la Revista de la Sociedad Amigos de la Arqueología, tomo I que en 1927 publiqué, ([1]) al término del tomo II de "Civilización del Uruguay", conjuntamente con algunas de las buenas baldosas que más tarde fabricaran y que imprimí en color.

En la cúpula de nuestra vieja Catedral el revestimiento era de esas baldosas de cerámica francesa a base de motivos azules sobre fondo blanco, que hoy, al reconstruirse totalmente, se han cambiado por nacionales de idéntica ornamentación y características y de excelente factura. Debo agregar que es bastante común en el XIX, a sus fines, esta decoración de las cúpulas de edificios religiosos.

También, en las jambas se excusaba las huellas de roce con franjas de azulejos de distinta coloración que alcanzaba a los dinteles y también a las cornisas, encuadraba los ventanales, cubría ciertos molduramientos, pilastras y remates, decorando de azul sobre fondo blanco, o salmón, rosa y amarillo —ocres variados— los exteriores

---

(1) "La industria de la cerámica en Maldonado".

poniendo nítida notas de tono uniforme en las pinturas —verdes, brun Van Dick, por lo general— de las puertas y las ventanas.

Erróneamente se cree que el azulejo tuvo un franco predicamento durante el período colonial, siendo su aplicación rarísima; y este error predomina en el vulgo a tal punto que se califica como "coloniales" el azulejo francés que recién entró al país hace cien años, a mediados del XIX, teniendo una enorme difusión en los frisos, en los incipientes cuartos de baño, un predominio casi total en el recubrimiento de las paredes de las cocinas, y en los breves recintos de los servicios higiénicos, en el decorado de los brocales de los aljibes y hasta llegó a cubrir por completo los exteriores de algunas fachadas de casas urbanas, como ya lo dije en mi "Civilización del Uruguay", tomo I, publicando un documento gráfico probatorio en el tomo II.

Las cerámicas que tan triunfalmente irrumpieron en nuestro medio, producen, casi totalmente de los establecimientos productores sitos en las Bocas del Ródano o en la región del Paso de Calais como dije y lo atestiguan sus marcas. Hechas a base de blanco, predominando casi totalmente el dibujo azul, y algo el marrón, solo o con aquel combinado, y excepcionalmente, aparecen en la decoración otros colores y es indudable que ponían una nota amable en los sitios referidos como también en los antepechos de las ventanas, frente de escalones y en las mentadas cúpulas de iglesias. Todos ellos con figuras geométricas, de zig-zag, entrelazadas, articuladas, cuadradas, que ahora, salvados escasas unidades de las demoliciones, decoran los paramentos de numerosas residencias, poniendo una nota brillante y colorística sobre los vastos enjabelgados, aplicando manchas de policroma luminosidad sobre los álbeos conjuntos rematados por el rojo, soberano dominador de los tejados, o recubriendo brocales y pilastras evocadores del tiempo ido.

Pero hoy el azulejo español esmalta porciones apreciables de las residencias, procediendo de las más diversas localidades pero predominando Sevilla, y de éstos Triana. También los de Castilla, los de Talavera de la Reina, hermosísimos, como los de Italia, los de Portugal, los de Alemania y de Inglaterra, aunque éstos en menores aportes.

Pero en todo este material decorativo no campean dominadores como otrora en el azulejo francés, las decoraciones geométricas. El elemento vegetal, los heráldicos, la figura humana, los cuadros de composición formados por innúmeras baldosas, los elementos astronómicos,

la ictiología, etc., todo concurre a su variación y a su mayor hermosura.

Uno de los detalles iniciales en el planeamiento de casa-habitación dotada de jardín o levantada en los suburbios, contándose con espacio, en que se demuestra el afinamiento del gusto colectivo, es que se ha abandonado la preocupación de otrora de nivelar el terreno, modificando la topografía. Esta ahora se respeta en sus movimientos que le restan la monotonía propia de los espacios muy planos y, hasta se insinúan ondulaciones artificiales por lo regular a base de la tierra sacada de los cimientos y demás excavaciones propias de toda construcción, lo que presta vida y variación una vez oculta por tepes de gramilla, que luego se cuida, manteniendo cortada a ras de la tierra la vegetación.

Así ha entrado una de las características del jardín inglés a base de céspedes bien cuidados, bien regados, completados con los senderos más o menos sinuosos de losas de piedra que han eliminado los antiestéticos carriles térreos de los lugares frecuentados por vehículos —camino de garaje,— y el no menos feo sendero de los peatones. Las losas espaciadas colocadas con cierta displicencia, a más de evitar los trillos de los peatones producido por el reiterado tránsito, da una agradable nota de color y evita las antiestéticas sendas enlosadas regularmente, simétricas, —casi siempre en recta— y los sucedáneos más económicos cubiertos de gravilla, menos feos pero igualmente indeseables que estuvieron en boga en los viejos jardines. También puede ser, indirectamente, una vocación, alterada, de la "pelouses" francesas.

Al respecto, aún en campaña se mantiene otra característica: la pésima costumbre del barrido de "los patios" de simple tierra, sin gramilla, por lo general, para peor. Esta costumbre debe combatirse y eliminarse de raíz no sólo porque no es hermosa, sino porque en verano, o en las épocas de seca, es un constante factor de producción de polvo levantado por el viento y trasladado por las corrientes aéreas al interior de las habitaciones, cubriendo muebles y produciendo otros inconvenientes. A más, los días de lluvia y los subsiguientes, se tornan los patios en un barrial con todos los inconvenientes propios de tales lodazales y, a la postre, la erosión forma zanjas y el mantenimiento de la superficie más o menos lisa resulta

onerosa en extremo. Pero a su profundo arraigo en chacras y en estancias, ya se apunta la reacción operada en las construcciones de las mayorías de los jardines que se mantienen en los aledaños de las ciudades y se desplaza lentamente esta característica del "patio rural" uruguayo. En el pasado, era clásico, y a puntillo de honor el estar bien barrido.

Los jardines de hoy van ganando en belleza con otros mil detalles y, entre ellos es de destacar la eliminación de los canteros limitados por muretes de ladrillos conteniendo la tierra, siempre a mayor nivel que los senderos, muchas veces recubiertos por dibujos obtenidos a base de la inscrustación de conchillas en la capa de mezcla que recubre los ladrillos, de piedras de color, de cantos rodados, de residuos de mármol, cuando no el murete de contención se formaba a base de fondos de botellas colocadas verticalmente, de vidrio o de barro, que suplantaron a las viejas borduras de boj que, venido de España, fue el primer borde.

Felizmente hoy los canteros emergen del tapiz verde con o sin muros fijos con borduras vegetales, que lo suplantaron, por lo regular en planos levemente más altos que el de los caminos y contornos, agrupando macizos florales en los que campea el buen gusto y la buena disposición de los colores. También, afortunadamente, los árboles se disponen en bosquetes imitando la dispersión natural de la naturaleza, ocultando edificios y paredes sin belleza, muros lisos, combinando altitudes y manchas de color o de volumen en que la infinita variedad de la gama verde de los follajes, se matiza con especies que dan flores y con palmas que emergen entre los conglomerados de coníferos y de variedades forestales de hojas perennes o caducas, obteniéndose aspectos artísticos con sus formas y la policromía de sus colores.

En estos espacios verdes, por reducidos que sean, se ve a las claras las tendencias estéticas de los dueños extendiéndose a estas manifestaciones, tan personales, la aplicación de la vieja conseja por la que se juzgaba al individuo por las características dominantes de su indumento. Ahora, la formación y el decorado del jardín informa al visitante de los kilates que calza el dueño en cierta materia.

Una de las mayores preocupaciones de quienes construyen "su casa" no sólo en la ciudad, sino muy especialmente en las de "fin de semana", las de los balnearios, y las de las estancias, es la chimenea, ya que adopto como más típica la denominación de estufa,

como ya lo he hecho presente en otro capítulo mío. Su importancia es muy considerada y sobran razones para ello, no sólo estéticas sino las más importantes de hacer grata la temperatura del interior durante nuestros cortos pero irascibles inviernos.

En éstos y en los días desapacibles de todas las estaciones, en su torno se congrega y se desenvuelve el buen existir de toda la familia y, en verano siempre resulta uno de los detalles más ornamentales del estar, del comedor o del recinto agraciado con su presencia. No es por tanto de dudar la detención con que se le examina antes de determinarse a dar el visto bueno para llevarla a la práctica, ya que también ella representa casi siempre algo muy personal del cliente o del arquitecto, desde que el que sabe ver en ella, aprecia más de una de las modalidades de quienes intervinieron en su concepción.

Y también, aunque en grado menor, la chimenea al exterior, y su veleta, obra arquitectónica por antonomasia, en parte mínima define las calidades del arquitecto, siendo por demás archisabido que una hermosa concepción de línea y de volumen del edificio relacionado con su tubo o, vice-versa, puede echar a perder una de esas chimeneas cuando no todo el conjunto. De ahí el cuidado con que se le examina.

El gusto actual desestimó hace mucho tiempo las antiguas concepciones de las que se usaron con frenesí en las ciudades en el período llamado Romántico, a base de mármol de Carrara casi siempre sin excluir otros mármoles blancos o de color de otras procedencias como tampoco las de alabastro o de historiada madera de roble o nogal. Las de madera con o sin campana —las de mármol urbanas y rurales nunca las tuvieron— también han sido desechadas y hoy acaparan toda las simpatías las de tipo rústico, casi siempre de piedra, otras veces mezcladas en volúmenes bien distribuídos con los ladrillos sin revocar, y, otras con viga de madera rudimentarias pero voluminosas que sostienen las cajas de las campanas muchas veces en acertadísimas disposiciones.

El hogar, siempre amplio, dando preferencia a la utilización de los grandes leños, índice de un mayor confort para los más, pero detalle que deja de serlo si se examina bien los costos de la manutención del fuego puesto que los gruesos troncos resultan a la postre más duraderos y rendidores que el uso de astillas más o menos gruesas ya que su trozado demanda jornales demorados y aquéllos no, y a éstas, por su inconsistencia, el fuego las liquida rápidamente.

La variedad de formas a este respecto es inmensa y a los arqui-

tectos se les asedia con cuanta revista cae a las manos donde figuran los ejemplares más distintos de todos los países, especialmente los nórdicos, donde el rigor de la temperatura hace indispensable ese detalle que deja de serlo porque torna amable y confortable el hogar. Esta es otra característica nacional: la adversión al tipo standart. En Europa, en Inglaterra por ejemplo, se busca el tipo repetido no sólo por ser el de menor costo. Con la inusitada aplicación de las estufas a todos los ambientes, han desaparecido hace mucho algunas preocupaciones que la gente de antaño solía tener para ellas, erróneamente desde luego, al suponerlas que podrían perjudicar la salud por inesperados enfriamientos, pues dando más calor que los braseros, las suponían perjudiciales, y su triunfo ha sido tan completo, que aún en las viviendas en que se dispone de calefacción central, la estufa existe y debe existir, por cuanto la atracción que ejerce en la psiquis del ser humano, en las largas tardes de invierno —y en todas las horas —la contemplación de su hogar donde los leños van siendo lentamente consumidos, es tan grande y depara un tan inmenso placer, que su construcción se justifica por este solo título, ya que es sedante para el espíritu, sobre todo los de kilates artísticos y extraordinariamente apaciguador de los nervios tan necesitados siempre de reposo en el torbellino de la manera agitada de vivir que nos deparan los tiempos modernos.

A estos respectos el cambio ha sido tan brusco, el cuerpo añora la vida patriarcal de antes de una manera tan evidente, que precisamente la casa de ahora, nuestra casa de hoy, debe ser a estos fines realizada a manera de una especie de sanatorio donde el sistema nervioso se aquiete y recupere energías. Y de ahí que al concebirla intervenga también no sólo el artista sino que en grado igual el psicólogo, junto al higienista y a los demás especialistas cuya contribución es reclamada y buscada para la realización de algo hermoso y práctico, placer del cuerpo y del espíritu, aspiración no fácil de lograr.

CAPITULO III

El amoblado. — Sus estilos. — Lo visto en otros medios, en museos y colecciones. — Atisbos y consideraciones sobre el arreglo y la decoración de interiores uruguayos.

Trazar una perspectiva de la evolución habida en el mobiliario del viejo mundo desde que, como lo expresara precedentemente, el alhajamiento de la casa uruguaya dependió del usado por los distintos pueblos origen de la nacionalidad; y siendo éstos completamente europeos, como es notorio, las influencias de otros medios allende los mares, apenas si se hicieron sentir en detalles venidos precisamente, cosa curiosa, por intermedio del mismo origen occidental. Estas leves excepciones se refieren a la influencia china llegada a través de ciertos estilos ingleses y también, en no menor grado, en el mueble portugués aportado por el contrabando, al principio, que se hacía por la Colonia del Sacramento y aledaños y, luego sin cortapisas aduaneras, libremente, sin reparos, por la decena de años que la antigua Banda Oriental fue, casi por mitades en el tiempo, portuguesa y brasileña, políticamente.

Esta influencia asiática se circunscribió al tipo de pata que los franceses llamaron "cabriolé" —"pata de cabra"— indistintamente utilizada en sillas, sillones, y mesas de arrimo y aún centrales, estas pese a su extrema rareza por ese entonces.

Pero el mueble inglés, que entró desde principios del XIX, continuó importándose durante todo ese siglo en similar grado de intensidad, como hasta el presente, y las copias hechas en lo que va corrido del siglo XX son importantes, siempre realizadas en nobles materiales, maderas de primera, caoba, ya que el jacarandá hace años agotado, es imposible de obtener, negro o habano. El guindo con preferencia suele ser buscado en ese mobiliario. La razón de esa per-

sistencia y de su auge se explica por su color y grano elegante y unido, por su practicidad y también por la importancia de la colonia inglesa que, si bien no numerosa, casi siempre ha sido de relieve en estas y otras modalidades, por su holgada posición económica: comerciantes, estancieros, hombres de negocios, altos empleados de los ferrocarriles, aguas corrientes, gas, tranvías, sin contar con el factor de los diplomáticos que tanto en esta nacionalidad, como en la francesa, italiana y aún norteamericana, en la materia siempre cuenta. Es de recordar la importación libre del pago de derecho del mobiliario y demás de su uso personal de que gozan y que, al término de sus misiones no se lo llevan, pues los liquidan en públicas almonedas, a precios siempre remuneradores ya que la no oblación del derecho aduanero tiene efectos ad posteriore.

Entrando en materia cabe recordar que la modestia del moblaje europeo persistió, con las variantes fácilmente comprensibles, sin mayores adelantamientos hasta el siglo XV, pero desde sus postrimerías el progreso fue vertiginoso. Es que advenía el Renacimiento en que la renovación de los valores estéticos fue total y tan grande, que hasta la fecha no ha sido igualada por lo menos en el ritmo ascendente tenido, aunque el mejoramiento ha sido continuo en los aspectos de facilitar la mayor comodidad, y a su higiene y belleza, pero lo cierto es que las aristas artísticas no han sido superadas por lo menos en ciertos aspectos. Se han empleado nuevos materiales, se han utilizado las líneas, se han adaptado a los nuevos métodos de vida las viejas unidades, o apareciendo otras nuevas, pero la ebanistería, el arte de los ebanistas y de orfebres, el perfecto trabajo de los metales, etc., generalizando, es meta que se añora y se busca igualar, en la mayoría de los casos, infructuosamente, con las líneas simplificadas y la extrema sencillez de la ornamentación.

Por la centuria XVI llegó a un nivel de suntuosidad tal, que ciertos gobiernos hubieron de dictar reglamentaciones que contrariaran los inmensos dispendios que se sucedían de una manera loca, rivalizando los potentados occidentales en inversiones que hoy parecen fabulosas, tanto en el moblaje como en el atuendo de hombres y mujeres, así como en las telas que se empleaban en la confección de los vestidos como en la decoración.

Hubo una dama inglesa, la duquesa de Salibury, que invirtió catorce mil libras esterlinas en la confección de la cama matrimonial de una de sus hijas, siendo de advertir que los inmensos palacios que

produjo el Renacimiento con sus enormes proporciones dedicaban de preferencia casi al dormitorio los locales más espaciosos semejantes en proporciones y riqueza de decoración, a los más decorados salones de fiestas. En Francia, por ejemplo (pero no en España) el rey se vestía y desvestía en público, rodeado de lo más empingorotado de su corte. La pintura contemporánea a esa manera de vivir ha legado al presente las escenas consiguientes, completadas por las viejas crónicas, donde se relatan las ceremonias desarrolladas de acuerdo al protocolo imperante, para nuestros días, inverosímil.

Las camas de pabellón, también llamada "cerradas" desaparecen poco a poco, pero quedan en muchos estilos, las columnas como elemento de decoración. Antes de eliminarse el dosel, los varales y los pesados cortinajes, éstos, como ya dije, se tornaron más livianos llegando a ser transparentes, de tul, de encajes, de muselina, y con esas características es que llegaron a nuestras playas.

También su recio esqueleto de los años pasados, de madera ricamente trabajada, tuvo sus variantes y se empleó el hierro y el bronce. Con esta modalidad, este fue uno de los tipos de cama, de una, —rarísimamente de dos plazas,— que más se usaron en la última mitad del XIX en el país.

Las de hierro eran delgadas y huecas, para hacerlas más livianas, con un cielo que mediante una simple combinación de caños, terminaba en cúpula cóncava rematada por un aro y también por una corona. Había pues ahí un tiraje de aire que, en el verano actuaba entre las cortinas entreabiertas y el aro superior, y que era práctica, lo sé por experiencia, pues solía dormir en ellas en casa de mis abuelos. Las había también de bronce, con las mismas características constructivas y de ornamentación de las de hierro que, dicho sea de paso, eran de menor costo. La muselina también solía entrar en la decoración, y puede decirse con verdad, que el gusto femenino sabía formar unos conjuntos encantadores, con los encajes y con los colores que la tornaban muy hermosa.

Pero tenían dos serios inconvenientes. El menor, la tierra que juntaba ese gran volumen de telas livianas o no, por lo cual, se utilizaban, casi siempre, telas lavables. El mayor, tremendo, era el peligro de incendio, porque todavía no había advenido la luz eléctrica, ni tan siquiera el gas —que también presentaba sus riesgos— y que al final llegó. Se vivía en plena época de la vela o de la lámpara de aceite o de kerosene y la costumbre de leer por la noche data

de mucho atrás, aunque, desde luego, se realizaba en escala inferior no sólo por la menor intensidad lumínica sino por el peligro del fuego, y la consiguiente falta de costumbre. Creo indudable que la de leer por las noches, ya acostado, se produjo por el aumento lumínico que procuró la luz eléctrica.

Pero antes de desaparecer las camas de pabellón ya dije que en algunos estilos quedaron las columnas, prestándose admirablemente para trabajos de ebanistería que les daba un realce y una prestancia especial, al actuar a manera de historiados blandones, desde luego, cuando el artista acertaba, pues, de lo contrario, evocaba la macabra escena lumínica de la noche final. . .

En otros desaparecieron las columnas y los varales, pero quedó el dosel y los cortinados de la cabecera, ampulosos y ricos unas veces y otras más sencillos, que sólo tenían un rol decorativo por demás discutible, pero siempre receptáculos de polvo. Esta modalidad también tuvo una gran difusión en el país durante todo el período final del XIX y eran obligadas, imprescindibles, tanto en los estilos Renacimiento como en los demás franceses, italianos, etc. Por ese entonces la cama libre de esos chirimbolos no se concebía ni siquiera en las de una sola plaza, donde poco a poco fue este tipo la vía eliminatoria, pero en los lechos matrimoniales durante largos años fue de rigor.

Los respaldos de camas, de tela tratados en almohadillado, vale decir "capitonée" se usaron poco. Eran franceses pero hubo hasta artísticos "boudoir" como el que publico.

En nuestro medio la cabecera de la cama siempre se adosó a la pared, salvo algunos tipos galos, de gran lujo Luis XV, XVI y casi todas las Imperio que se colocaron lateralmente adosadas a lo largo de los muros, de la que pendían el dosel descendiendo pausadamente, a los lados, recogidas al extremo, los cortinados de manera más amplia por la mayor longitud de los largueros. He indicado excepciones entre las que figura la de dos plazas, existente en el Museo Histórico Municipal, que publico, sin dosel por no haber obtenido el original —si lo tuvo—. Se colocaban en el centro de la pieza, sobre una tarima de un solo escalón, y presentan la particularidad de los dos respaldos de igual altura y esculturados por ambos lados, natural disposición ya que ambos eran frentes.

El dormitorio, evolucionando, sin perder sus características, fue disminuyendo el volumen, ocupó departamento más reducido, se tornó más íntimo, alejó toda espectacularidad y, como consecuencia

inmediata de esto, su suntuosidad disminuyó y los cortinados eliminados fueron de brocados de uno o de dos pelos, de terciopelos y también de telas de lino o de encajes, siendo, como es fácilmente de suponer dada la ingerencia femenina en su decoración, sumamente elegante, coqueta y acogedora. Aquel rincón también, no hay que olvidarlo, era la posada del amor, supremo desideratum de la vida.

Se considera como creación del mobiliario inglés otro tipo bien distinto, "la cama de día". Por su utilidad, fácilmente se propagó por todos los países y, en el nuestro, estuvo en boga desde mediados de la pasada centuria y aún en nuestros días perduran en algunos ambientes sibaritas o conservadores. Pero el nombre francés predominó por lo menos aquí: se trata de los conocidos "chaise longue" que tomaron las líneas de los estilos galos generalmente, sin descuidar los de su país de origen y algunas otras modalidades no tan preponderantes en esos modelos de antaño.

Este tipo de cama, lugar de reposo para el día, pasó el canal de la Mancha y se extentió prácticamente por medio mundo, en especial en Francia donde al generalizarse, recibió el bautizo más atrás citado, y también en el Río de la Plata a fines del XIX.

Y ya que he citado a Francia, debo mencionar la gran influencia que en el desarrollo de su mobiliario, así como en su expansión al exterior, tuvo la creación del gran Colbert, el poderoso ministro de Luis XIV al crear la "Manufacture royale des Muebles de la Couronne" que en su función de casi dos siglos, procuró adelantos positivos a favor del grado muy subido de aptitud, para la creación propia del espíritu francés, así como, de su buen gusto indiscutible. Un organismo rector de estas actividades de tanta resonancia universal artística y económica no podía dar más que beneficios como los daba su similar la Manufacture Real de Sevres, en faiences y porcelanas como las daba igualmente en Madrid la Real Fábrica del Buen Retiro destruída ignominiosamente durante la invasión francesa a la península por la pérdida del secreto de las pastas, nunca más logrado pese a los esfuerzos realizados para la obtención de porcelanas y biscuit que se han venido haciendo casi hasta el día. Hoy, otra similar madrileña de otra industria de selección que he visitado, anotan lo magnífica realizaciones continuadoras de una producción centenaria plena de éxitos, es la Real Fábrica de Tapices, en donde uno duda si dar la prelación a los tapices o a las alfombras, siendo muchos los aciertos habidos tanto en estos como en aquellos.

Posteriormente, en plena mitad del XX, han aparecido en el país otras "camas de día" apropiadas para el camping y en especial manera difundísimas en nuestras playas. De indudable influencia norteamericana unas, europeas otras, ejecutadas en los más diversos y flexibles materiales todas —tejidos, colchonetas extra livianas, de goma otras, que en segundos se inflan a voluntad del utilitario — son lechos de reposo que se utilizan como suele hacer el gaucho con su recado y el hombre de la ciudad con su manta: se extienden en el suelo, en el lugar y posición más apetecida, brindando una comodidad difícilmente superable con el empleo de medios mínimos. Es una variante de esas "perezosas", como se suele llamarse aquí, constituídas a base de un doble juego de marcos de madera, fuerte y liviana, que con el aditamento de dos metros de lona, procura una posición de descanso ampliamente satisfactoria y que integra, como luego se verá, uno de los elementos del mobiliario occidental que se utiliza en las excursiones campestres o en los jardines, de gran desarrollo por la utilidad que reporta, y el bajo costo de su adquisición y facilidad de su transporte y almacenamiento.

En los museos europeos pueden verse actualmente ejemplares de camas que, a la vez que son obras monumentales, de verdadera arquitectura, suelen ser maravillas de ebanistería, plenas de colgaduras de los más ricos tejidos —incluso de plata y oro— conjuntos en que la vista del visitante se detiene estupefacta algunas veces ante la riqueza y las combinaciones felices. Pueden verse en los museos especializados y en las colecciones particulares libradas, con mayores o menores restricciones, a la vista pública, así como en los antiguos palacios reales. Constituyen visitas en extremo educativas y refinan el gusto en quienes se esfuerzan por aprender y sienten lo hermoso.

Inglaterra, que siempre se ha destacado por su firme sentido de conservación del pasado en todo, presenta en sus viejos castillos feudales, y también en los más modernos, y en sitios reales como Hampton Court, Windsor, etc., ejemplares notables. Las he visto, empenechadas y magníficas en el primer lugar, como en el museo Victoria y Alberto; notables son los ejemplares principalmente de camas de pabellón. En Francia los hay también junto a otros estilos —Luis XIV, Luis XV, Luis XVI, Imperio, etc.,— y también en España en los sitios reales, como ejemplares de las dos últimas centurias fuertemente influenciadas por los estilos franceses —en Aranjuez hay un lecho notable— pues en los anteriores — Carlos V, Felipe II, etc., el fortí-

simo ascetismo de una raza que guardaba toda la expresión de la riqueza y del arte para el adorno de las iglesias, nos presenta ejemplares sencillísimos del amoblado usado en la vida privada, que dice elocuentemente de las preocupaciones dominantes en esos medios de vida espartana, donde la suntuosidad se reserva al adorno de las armas y a las mencionadas expresiones de religiosidad.

Durante el avasallante imperio del Renacimiento, España no escapó a la oleada de suntuosidad que se esparció por toda la Europa civilizada, pero el extremo lujo desbordó los renglones de armas y de los retablos y, si bien no se extendió mayormente al mueble, alcanzó a los tejidos. Llenas están las páginas de los libros especializados, de los inventarios y del comentario de las canastillas de bodas, comenzando, cronológicamente, con la de doña Elvira Herrera al casarse con don Pedro Fernández de Córdoba —1443 citando unas de las buenas, al azar,— (los progenitores del gran Capitán) y siguiendo por el de los bienes dejados por el Marqués de Priego en 1528. El costo del ajuar montó a más de medio millón de maravedíes y una de las camas del marqués "la de los penachos" fue avaluada en 254.608 maravedíes, y Lafora —de quien tomo estos datos— aclara, textualmente: "Los 254.608 y medio maravedíes equivalen a 1.877.12 pesetas valor de aquel tiempo". Y añade: "para comprender el valor actual (habla en 1950), sirva de punto de comparación que en la misma casa se valora una mula en 12.000 maravedíes, es decir, en el valor de entonces, 88.23 pesetas. Como esa misma mula tendría ahora un valor de 8.000 pesetas, la cama representa una estimación de 169.739". Y sigue: "El menaje de la casa del marqués se tasó en 7.893.620 maravedíes, incluído el valor de los esclavos y las esclavas, blancos y negros, que se estimó en 294.250 maravedíes. Cada una de estas almas se estimó en 12.000 maravedíes"...

Los comentaríos huelgan. Y para meditar sobre las "cosas" de aquellas duras épocas retornando a 1411, al testamento de una parienta precisamente de la ya aludida madre del Gran Capitán, la citada doña Mencia de Mendoza, al morir disponía en su testamento que a su hija María la pusicran monja en Santa Clara de Toledo, al cumplir los diez años, *por haber prometido a Dios cuando se la pedí.* "Cosas veredes"...

Volviendo al tema diré que esas camas de pabellón, cuya monumentalidad he puesto de manifiesto al tenor del gusto de la época, estaban vestidas con espesos cortinados, con techo de terciopelo, de

raso, etc., conocidos por "cielos" y la riqueza de esos cortinados —muchos de tela de oro y plata— colgados, a veces, de varales de este último metal, corría pareja, con los cobertores, sábanas, toallas. Telas costosísimas, hechas a mano desde luego, rematadas por blondas y encajes de sutilísima labor.

Estas camas monumentales iban colocadas, generalmente, sobre tarimas y ocupaban sitios a voluntad del propietario en el vasto aposento tapizado de brocados o con los paramentos ocultos por magníficas tapicerías. Fueron esos años los del apogeo.

Líneas atrás expresé que el Renacimiento significó el auge del mobiliario alcanzado en forma insospechable en los siglos anteriores. Y paralelamente a la monumentalización de la casa, ingresó a este departamento varios muebles, entre ellos el "bufete", o "confidente", de dos o más cuerpos con cajonería en la parte superior y cerrado por un par de hojas dobles, en la inferior. Allí guardábase lo íntimo —de ahí quizá la explicación etimológica de "confidente", — y en realidad venía bien en los amplios dormitorios de los castillos de aquella época de renovación material y espiritual, cercano al amplio lecho, donde cerradas las cortinas, el cuerpo se recoge y donde el espíritu se aisla del aire y de la luz, del "mundanal ruido", para soñar o para dormir. Fue también indudablemente el antecesor de la "caja fuerte".

En la península ibérica, en España especialmente, había hecho su aparición una sustitución de este mueble pues el bufete fue más bien italiano, alemán, francés o inglés. Me refiero al bargueño que era un confidente alzado sobre torneadas patas dotado de una incontable serie de cajoncitos en la parte superior, formado por un solo cuerpo que se cerraba, generalmente, por un tablero que se abría hacia abajo pues las bisagras lo unían por la parte inferior y se clausuraba por la parte superior por sencillos herrajes. A este tablero o puerta de caer le aplicaban una serie de hierros a veces muy trabajados, que solían representar uno de los mayores atractivos.

Estos barqueños, "confidentis" en Portugal, en sus formas modestas también llegaron al Plata, pero en muy escaso número, dieron motivo para exponer sus habilidades a la artesanía foránea, tanto en los trabajos de taracea —con maderas de distintos colores, con el hueso, el marfil, la plata, el carey, etc., — como en los forjados de hierro mos-

trando algunas piezas acabado tal que las dejaban convertidas en verdaderos primores. Con posterioridad al período colonial se han importado, auténticos los menos, copias o variantes de originales los más, verdaderas maravillas algunos, que contribuyen a la formación del buen gusto. Siempre lo he tenido por un mueble un poco inútil a no ser por la contribución que hace a la buena decoración que sí reconozco presenta altos valores, por la destreza de la artesanía y feliz acierto del diseñador, pues en un ambiente apropiado, hispánico, juega a maravilla con los sillones fraileros, y las mesas españolas recias y fornidas las más, con sus tensores y adornos de hierro de forja en la parte inferior las más livianas. Los hay portugueses también muy hermosos como es posible verlos en los repositorios de Lisboa y en algunos sitios reales que pertenecieron a la dinastía de los Braganza.

El arca, el arcón, subsistió pero más amplio y ornamentado, invariablemente en madera, no aquellos forrados de terciopelo tachonado de clavería de bronce y los más primitivos de cuero crudo trabajado en las buriladas maravillas de la refinada Córdoba de España, de las que advinieron algunos ejemplares a nuestro suelo. Evidentemente era poco práctico pese a lo cual tardó en ser suplantado por la feliz creación de las cómodas, que si queda justificado su nombre —de incontrovertible origen francés— pues no obligaba a las forzadas posiciones imprescindibles para sacar la ropa. Es mueble que hizo las delicias de nuestras abuelas americanas y sigue siendo de gran utilidad como práctico y también de grata presencia ornamental a las generaciones de hoy que lo utilizan a porfía en todas sus muchas modalidades, que responde a sus diversos estilos.

El taburete de uno o dos escalones para subir a la alta cama de pabellón, subsistió pues su vieja alcurnia le venía de lejos —de Grecia y hasta los hay egipcios de cuatro peldaños— y su uso, como consecuencia de aquella acendrada costumbre, le aseguró por largo tiempo el supervivir. Pero, las camas bajas lo desterraron y, achicándose, reduciéndose a un solo plano, se convirtió en el cómodo escabel en que las damas apoyaban los pies, con una elegante displicencia, en aquellas tertulias que comenzadas en siglos pasados al comienzo de la era de la amable sociabilidad, perdura en las actuales pero ya sin los escabeles de antaño que desaparecieron al final del siglo XIX. Eran de formas varias: cuadrilongos, cuadrados, redon-

dos, hasta triangulares, tapizados de telas y también de "petit poit" y otros tipos de tapices hechos a mano.

En el viaje que hice a Europa, hace algunos años, la Intendencia Municipal me encomendó una misión de estudio en los distintos repositorios museísticos en los cuales pudiera captar detalles de instalaciones, antecedentes sobre el pasado montevideano, examen del material acopiado en los mismos y posibles vinculaciones con lo nuestro en sus más variados aspectos desde el amoblado a la decoración y, tratando de vulgarizar las impresiones recogidas, es que vengo exponiéndolas cada vez que corresponde como se ha visto, y se continuará observando cuando venga al caso.

Considero útil para las personas inclinadas a estos estudios, y a las muchas preocupadas por el buen alhajamiento de sus casas, las sumarias impresiones de esas exposiciones toda vez que pueden poner al alcance de los que no han podido visitar los museos europeos, el conocimiento de lo que allí se guarda que pueda tener relación con lo nuestro, así como, las citas bibliográficas donde puedan ocurrir para la ampliación del panorama. Serán impresiones sintéticas de Inglaterra, Francia, Italia, España y Portugal, donde el alto índice cultural de esos medios ha venido guardando de muchos años atrás, una parte considerable de un inmenso acervo, verdaderos tesoros, que comprenden todas las manifestaciones de sus civilizaciones, buena parte del cual es el nuestro, desde luego modesto, se ha perdido por despreocupación verdaderamente censurable.

En algunos, el volumen de lo almacenado es tan inmenso, que se necesitarían meses para una razonada visita, especialmente el Museo Victoria y Alberto, Museo Británico y la Galería Nacional de Londres, el Louvre de París, el del Vaticano y muchos otros en Roma, tanto en diversas ciudades de Italia como en los que hay en Madrid. Otros, más seriado el material que guardan, es posible recoger impresiones más concretas en breves visitas toda vez si se hacen metódicamente, no sólo por esas características de buena ordenación del material sino porque ayudan las guías ilustradas, facilitando su conocimiento, como diversas madrileñas y portuguesas y en Inglaterra, especialmente, donde verdaderos volúmenes de compulsa utilísima son sus católogos. En Italia, es más difícil la selección porque es

tal la cantidad de material disperso de modo por demás heterogéneo en los más distintos medios, desde las galerías oficiales a las colecciones particulares, que no es posible considerar con cierta concisión el inmenso caudal acumulado a menos de disponer de mucho tiempo. Por otra parte, las impresiones recibidas son tan innumerables que producen una especie de aturdimiento aun cuando se recurra a visitas ordenadas, a medidas compulsas de material bibliográfico, libros de arte, guías y manuales sobre el tema. Llamo la atención sobre este riesgo a posibles noveles visitantes.

En muchas partes y, en nuestro medio, timidísimamente, en el Museo Nacional de Bellas Artes y en la Galería de Arte Municipal, hace tiempo vienen formando algunos pequeños conjuntos de obras clásicas, de escultura sobre todo, cuyo examen, para los interesados que no pueden viajar, pedagógicamente es vital y sería de provechosa consulta, más si se extendiera en volumen, sin timidices, y también hacia otros aspectos de las bellas artes. Por ejemplo, nuestro Municipio con el David de Miguel Angel, el Discóbulo y otras estatuas y variadas representaciones, vasos, clásicos ejemplares romanos y griegos, y el ecuestre Colleone, emplazados en los jardines y en la vía pública, por el solo acto de presencia, estimo que ha prestado una contribución positiva a la cultura montevideana. De completarse esa tendencia educacional, ampliando la serie de buenas reproducciones y colocándolas en los paseos públicos, desde luego sin excederse, en límites discretos, sería mucho mayor el fruto a recogerse, en el bien entendido que se trataría de buenas inversiones del dinero público, con eficaz impacto en la sensibilidad de las masas.

Y lo mismo puede decirse respecto del amoblado con copias de piezas representativas que discretamente intercaladas mejorando los museos de bellas artes, ilustrarían a las masas sobre el alhajamiento adecuado de la casa oriental —del Uruguay— y sería mayor la conveniencia, si se tratara de ir mostrando la evolución con piezas auténticas más fáciles de obtener desde luego, de los años más cercanos, sobre todo si se presentaran seriadas, con valor didascálico positivo ([1]). Las artes decorativas han alcanzado en todas partes un auge que ampliamente justifica su divulgación.

Un plan similar de otros alcances esbocé cuando me hice cargo

(1) Consecuente con este criterio intercalo en las notas gráficas algunas reproducciones típicas de amoblado Tudor, Carolino, Fernandino, Portugués, etc.

del Museo Histórico Municipal en sus ya lejanos comienzos, cuando ya había dado el primer paso aquel benemérito compatriota, don Alberto Gómez Ruano, pero causas ajenas a mi voluntad, me han impedido desarrollar de manera integral el acariciado propósito de la primera hora, no obstante lo cual, en este Museo Municipal montevideano, como en los que comencé a formar en los Parque de Santa Teresa y en el de San Miguel, en Rocha, en la casa posta del Chuy del Tacuarí, en el Cerro Largo, y en el proyectado en el Molino de agua de Malvín como en los desgraciadamente fracasados en la antigua capilla de las Huérfanas y en la más vieja casona de Juan de Narbona, en Colonia, he puesto mi por demás modesta contribución de ciudadano al fomento de ese aspecto de la cultura nacional.

En el curso de esta contribución se verá algo de lo mucho al respecto cosechado, en estos descuidados aspectos de la enseñanza pública.

España, Inglaterra, Portugal, Italia, Francia, Norteamérica, y otros, han sido los países de origen de la casa uruguaya, así que una incursión compendiada sobre los distintos estilos, propios de esos países, contribuirá a una mejor comprensión del panorama, puesto que algunos de aquellos tuvieron clima y ambiente distinto, mezclado, muchas veces influencia indiscutida de origen foráneo. Y la apreciación del volumen surgirá por sí sola del cotejo, para todo aquel que dotado de habilidad para el saber, sepa ver y observar.

En España pueden distinguirse el mudéjar, que es el arte de los musulmanes cristianizados, y que va del 1250 al 1500; el Plateresco que se desarrolla entre los años comprendidos hasta el 1600; el Herreriano coexistió con el plateresco sobre todo en la arquitectura y puede considerarse como una reacción a la severidad que dominó antes del mudéjar durante los largos años de duración del gótico puro. De estos dos, así como el plateresco, el herreriano y aún el barroco, incluso sus variantes del Rococó y del Churrigueresco, ninguna influencia tuvieron en la arquitectura nuestra, ni aun en nuestro mobiliario de época, porque el país —vivimos en pleno ambiente primitivo,— no estaba maduro para estos refinamientos suntuarios y, si cabe una mención de aquellos, es porque desde fines del XVIII, cuando imperaba soberano el Neoclásico, en el XIX y lo que va del XX, se ha creado en el país, en arquitectura y también en mo-

blaje, muchos elementos que corresponden a esas características, aunque simples reflejos culturales de fuera de frontera.

Del Mudéjar y aún de los estilos puros musulmanes aparecieron muchos muebles —a fines del XIX— que corresponden a las líneas de los estilos árabes pero que, felizmente, han desaparecido, pese a la labor de taraceado —no muy fina— que han presentado muchas mesas, sillas y sillones de vestíbulos que fueron los que en los tipos de amoblado más predominaron. Los muebles mayores de otros ambientes tuvieron muy escasa aceptación. Sin embargo de estos estilos, el cuero para los asientos y arcones, era notable por el trabajo de la estampa, repujado, dorado o pintado. Hoy en día suele llegar de Córdoba y Granada especialmente, a más de asientos de sillería, carpetas de escritorio, marcos de retratos, encuadernaciones, a veces, antes y ahora, pequeñas pero efectivas obras de arte.

El plateresco puede verse en algunas mesas de caballetes achaflanadas, miembros torneados, cuadrados o no, unidos por travesaños de hierro finamente labrados algunos y otros sin ornamentar pero excelentes obras de forja. Las tapas de las mesas lo forman tablones gruesos de roble, castaño, cedro o nogal, dando una cierta impresión de tosquedad que les sientan muy bien pues tipifica con acierto, el mueble sólido y rústico. Las sillas, sencillas pero fuertes, rectangulares, suelen tener brazos toscos y el respaldo, así como el asiento, es una franja de cuero —de suela de cuero— sujetas con clavos de gruesa y redondeada cabeza de bronce, cóncavos.

A ciertos ascéticos tipos se les denomina "fraileros" por lo común y han gustado mucho para la decoración de los ambientes hispánicos de lugares de estar, vecinos a las estufas, en bibliotecas y escritorios de líneas severas, adustas, pero los hay suntuosos, de cuero trabajado y hasta de telas como puede verse en el grabado correspondiente.

En ciertas camas la influencia portuguesa se ha dejado sentir típicas en las cabeceras, en hileras de astiles, tornillados, arcos torneados, etc.

Los bargueños de este estilo, solían usarse como escritorio porque la tapa volcable que más atrás cité, puede servir a manera de mesa de escribir, pero hoy sólo tienen un valor decorativo en los vestíbulos, escritorios y bibliotecas. Sus altas patas, torneadas a veces, otras de labor mudéjar, dobles o triples, con una columnata arqueada —pie de puente— cuando evocan el mudéjar son características; como lo son las numerosas gavetas del piso superior por lo regular, tratados finamente como dije anteriormente, así como los

flejes, goznes y aldaba de hierro de la volcable tapa; todo trabajo a mano, batido a martillo, en los ejemplares buenos.

El Herreriano, creado por el gran arquitecto de Felipe II, el extraordinario creador del Escorial, ideó un tipo de arquitectura opuesto a lo suntuoso: adusto, seco, como parece haber sido el espíritu de su señor. El mobiliario de los aposentos de los palacios magníficos que creó, a base de proporciones grandiosas, lisos paramentos, severas líneas, aplaudidos calurosamente en el pasado, despiertan la admiración al punto que hoy he visto muchas de sus características asomando en los edificios palaciales que se construyen en el actual Madrid; y en el amoblado de hoy, es ascético como no podía dejar de ser, en consonancia con la uniformidad externa e interna, mesas simplísimas, arcones elementales, sillones fraileros, bargueños sobrios, todo destacándose nítidamente en el fondo de las encaladas paredes, todo muy hermoso, pero que ofrecieron, sin la menor duda, más que precarias comodidades a sus frecuentadores. En este estilo el adusto carácter español prima sobre todo.

Otro gran arquitecto español, Churriguera, creó el estilo que lleva su nombre a base de elementos completamente contrarios, una explosión del ornamento barroco, en sí, por demás explosivo, extraordinario exceso de ornamentación, en suma: ondulaciones, volutas, etc., con lo que puede imaginarse lo recargado que es. Lo opuesto a lo otro.

No obstante esta crítica, en ese estilo hay algunas portadas magníficas, pese al exceso de recargados elementos decorativos y, entre ellas sobresale, en Madrid, la que da acceso al Museo Municipal de la Villa, obra cumbre del arquitecto madrileño Pedro de Ribera (1683-1742) quizá su más destacado discípulo, vasto edificio que fuera hasta hace pocos años Hospicio de San Fernando y que no sólo se salvó de la demolición, por mejoras urbanísticas del barrio en que asienta, sino que fue restaurado, todo por el buen deseo del Ayuntamiento de salvar esa joya de la arquitectura española. Es un aplauso que se tributa, por esta acción, espontáneo y cálido.

El Barroco ha dejado en toda Europa honda huella en la arquitectura y lógico es que el moblaje que inspiró a los artistas siguiera esas líneas, pero la influencia de su representación poco se ha hecho sentir en el país en los estilos españoles, no así en los italianos y aún en ciertos franceses anteriores al Imperio, a los Luises y al Regencia. Tampoco el Rococó español ha tenido aceptación en nues-

tro medio y, en cambio —y en mi concepto, acertadamente— el consenso popular ha buscado en los estilos provincianos populares —y especialmente de un tiempo a esta parte— la fuente de inspiración para la enorme producción del moblaje rústico que por millares ocupa —con algunas modificaciones— y seguirá ocupando por largo tiempo, las viviendas de las playas y de los campos nuestros. Acertadamente digo, porque esos estilos regionales no sólo se prestan por su rusticidad y sencillez al fin que aquí se les destina, sino porque han tenido la virtud de salvar la pureza de ciertas características vernáculas, impermeables a las corrientes foráneas internacionales, gran virtud del arte popular en todas partes que la artesanía ha hecho nacer y que adapta a la practicidad, los elementos disponibles, en el medio a que se le trasplanta desentendiéndose de las novedades de la moda y de los caprichos de los extravagantes.

En nuestro medio, entre otros detalles, vemos sustituído el cuero crudo o curtido —la vaqueta— por el con pelo original vacuno a más de ciertos trenzados de vegetales autóctonos: "caraguatá" en primer término.

Ya en mi libro "Civilización" citado, como también en esta monografía, tuve oportunidad de señalar brevemente la importancia del mueble inglés, que ha tenido y que tiene viejo arraigo en la habitación uruguaya.

Dar una síntesis de los estilos ingleses no es cosa fácil en breves líneas. En unos casos su nombre corresponde al de las dinastías, en otros a los proyectistas y como si esto no fuera bastante, en otros a los tipos de madera empleados. Así existe la Era del Roble, del Nogal, de la Caoba. Quizá la primera sea la más inglesa, pero indudablemente produjo los modelos más toscos, ya que abarca el período del gótico desde sus orígenes franceses a través de los reinados de Tudores y Estuardos. La del Nogal es clasificada por los especialistas como la representativa del barroco holandés llegado a las Islas Británicas durante el reinado de Guillermo y María y también en los lejanos tiempos de la reina Ana. La de la Caoba, para mí extraordinariamente atractiva —de ponderable selección de líneas— es exponente del bienestar, del buen gusto, y de la solidez consecuencia de la riqueza del Imperio que lo produjo bajo la dinastía de los Jorges de Hannover. Se considera que la diferencia de los distintos estilos

Georgianos son cronológicos, pues el nombre de los poderosos Jorges desaparece y se desplaza a los de los grandes ebanistas, proyectistas, arquitectos, artistas. Es más racional que así sea y debe considerarse de mejor justicia distributiva, pues los Adam y Sheraton, hicieron mejores modelos ingleses sobre la base de la producción autóctona con grandes aportes del barroco holandés, del rococó francés, del neoclasicismo, y hasta de los modelos chinos. Estos típicos georgianos es la resultancia de la indiscutible predisposición británica al cuidado de su home, su rara aptitud para hacer sobrio, práctico y bello su mueble, como también lo es para la floración del lujo, del refinamiento, aunque la influencia exótica china no aportó nada importante ni a la comodidad, ni a la estética del moblaje y menos de la arquitectura, apenas si un detalle estético grato a la visual: la curvada pata de cabra a que más atrás me referí y el empleo de la laca.

La reproducción del mobiliario medioeval inglés, así como del gótico no ha tenido en nuestro ambiente la menor repercusión. El Tudor-Isabelino (1485-1603) está teniendo algunos cultores pero no en los enormes aparadores ni en las camas colosales, sino en ciertas mesas con influencia más o menos visible del gótico con el Renacimiento que da por resultado muebles macizos y simples, severos, y muy aparentes para ubicarlos en grandes halls. Los sitiales son incómodos; con razón no gustan.

El Jacobiano primitivo contribuyó a un mayor confort —perdóneseme el aceptado y elocuente galicismo— pues, dentro de la sobriedad, es más ligero y acogedor e incorporando la tapicería a las sillas les dió mayor comodidad e indudable belleza. En marcos de espejo existen Jacobeanos muy hermosos por los finos acabados y atractivas líneas. Este estilo ha gustado últimamente y sus modelos los reproduce la artesanía del país bastante bien. Del Cromweliano no hay nada o casi nada aquí pero del período de la Restauración, al advenir nuevamente la monarquía desplazada por el republicano Cromwel, volvió a incorporar algunos elemntos del barroco en pañales aún, y hay sillas de este tipo y una porción de muebles que han tenido y tienen gran aceptación entre los cultores del mueble inglés por la finura de los enchapados, la incrustación de madre-perlas, las decoraciones pintadas, las muy atractivas aplicaciones de lacas: sofaes, camas, escritorios, poltronas, relojes de pie y de repisa, mesas livianas fácilmente portables por cualquiera, taburetes, espejos, camas

de pabellón. Al final de este período los expertos distinguen una variante: el Jacobiano Tardío.

El estilo Guillermo y María trajo de Holanda formas aparatosas, rumbosas, a la vez que produjo un cambio radical de la morada en las clases pudientes, pues los aposentos se hicieron más íntimos y la magnificiencia del período anterior, donde se llegaron a hacer, para los departamentos reales, muebles de plata, optó por la sencillez sin perder altura ni en el acabado artístico ni en la gracilidad visual de los modelos. La sillería se tapizó con gusto y el pie holandés de forma de cachiporra y la pata curvilínea fue, se dice, la pata cabriola.

Los enchapados son de una terminación cuidadosa, así como el barnizado de laca de tipo japonés, la marquetería llegó hasta copiar las algas marinas, lo que hace decir a Aronson en su "Enciclopedia gráfica del mueble y de la decoración" que le recuerda las enmarañadas creaciones francesas de Boulle.

El Reina Ana es una de las modalidades más interesantes del mueble inglés fuertemente influenciado por los modelos holandeses, pero menos pesado, mucho más grácil. La pata cabriolé, el uso de las curvas y la supresión de los travesaños en algunos tipos de sus sillería lo caracterizan. El nogal aparece y domina, el incremento del uso del té provocó la creación de las deliciosas mesitas así como el apogeo de los coleccionistas de porcelanas creó la proliferación de la vitrina aparente para ello.

El Georgian se particulariza por los pies de bola o de garra, por el mueble suntuoso nuevamente, el "mobiliario de arquitecto" como se le ha llamado, con aparatosos frontones, la declinación del laqueado, el auge del dorado y el uso de la caoba que derrotó al nogal, afirma un especialista, "porque es superior en cuanto a dureza, facilidad para el tallado y resistencia a la putrefacción". Y es inglés, pues la aparición de este estilo señala el ocaso de las ingerencias de formas extranjeras.

Aparece Thomas Chippendale que se hizo célebre en su medio por su libro "El guía de los ebanistas y aficionados" (The Gentleman and Cabinet-Makers Director), que no es el primero sobre la materia, pues ha tomado de modelo a sus muchos predecesores, pero el de él ha tenido la virtud de hacerse comprender íntimamente por los especialistas y al ilustrarlo convenientemente, llegar a la médula de la artesanía. En los entendidos hizo una verdadera revolución de este ramo importante de la producción inglesa. Mediaba el XVIII.

El estilo que crearon los hermanos Adam, desterrando el barroco y el rococó, radicalmente, y dando entrada a las afinadas peculiaridades del Pompeyano y en la construcción aportando como nuevo elemento decorativo el "citronier", —la excelente madera de naranjos, limoneros y similares cítricos, clara o requemada,— le permitió crear modelos que son de los más disputados de entonces a la fecha en los gustos de los devotos del amoblado que someramente venimos describiendo.

Un excelente dibujante y autor de varios libros, impuso sus modelos con otro, como lo hiciera Chippendale con el suyo, legándole su nombre a sus creaciones, de proyectista; ya era mucho más conocido como ebanista. Me refiero a Sheraton, autor de "The Cabinet Maker and Upholsterers Drawing Book" (Libro de dibujo para ebanistas y carpinteros).

Salteando varias modalidades llegamos al Victoriano que imperó de 1837 hasta el 1900, pero al revés de que ese período del largo reinado señaló el apogeo del poderío inglés en el mundo, ese lapso de inusitado esplendor político y militar, quizá no correspondió en lo que a creación de tipos se refiere, a igual o parecida supremacía en el mobiliario. La vida inglesa del pasado culmina en esa larga administración que llena de orgullo al inglés de nuestro presente e inmediatos tiempos. "Era victoriano" dicen, ebrios de satisfacción porque, en realidad, no sólo su política y su poderío militar llegó al zenit en esa época, sino que la vida de la familia inglesa marcó el período de mayor felicidad de su larga historia. Hoy, quizá más que entonces, se señala como norte codiciable en el vivir de los pueblos el equilibrio de ese existir británico de otrora. Ahora, no obstante lo dicho, con el viento francamente de frente, pese a las fisuras que se anotan, brillan las virtudes inglesas apetecibles para el bien de la humanidad y se olvidan las otras facetas que, como toda cosa humana, tiene sus luces y sus sombras. Los hombres que como yo, de la generación de 1888 vimos —yo por lo menos— en nuestra juventud, iniquidades como la guerra anglo-boers y otras barbaridades coloniales semejantes, nos inclinamos espontánea y respetuosamente ante la capacidad de sacrificio y de resistencia para el dolor de ese admirable pueblo de hoy, pleno en dominio de sus libertades, coherente en el infortunio, disciplinado y congregado como un solo hombre en torno al símbolo del país, sea él cual fuere, en las buenas o en las malas.

El antiguo egoísmo, que posiblemente continúe agazapado bajo

su epidermis por demás hermética a exterioridades, es un recuerdo ingrato pero que parece lejano, muy lejano, ante la conducta de la hora en la que, año tras año, se disgrega su potencia material, lenta pero, al parecer irremisiblemente siguiendo la ineludible ley de las sucesiones. La conducta de la nación continúa imperturbable, sin que en la superficie de su expresión normal se le mueva un músculo, pese a las dolorosas amputaciones que sufre en el inmenso cuerpo. Es en realidad el conocido tipo del gentleman corporizado en el país, que sabe perder con señorío; un magnífico gentleman que es de desear sepa extraer del dolor la enseñanza suficiente para evolucionar elegantemente y sin perder la atildada línea que sigue hasta el presente, se coloque nuevamente en plano rector para los intereses del mundo en un todo de acuerdo con los nuevos tiempos, desgarrando los resabios del viejo colonialismo incompatibles con el existir de hoy y se contraiga al Commonwealt, al conglomerado de pueblos libres con iguales derechos y dominio de su riqueza pública.

Nuestro país debe mucho a Inglaterra que actuó, no importa la razón del porqué, de manera tal que dió margen a que el esfuerzo de nuestros patricios lograran su deseo de independencia política. Fueron ingleses, irlandeses y escoceses, los primeros progresistas estancieros que introdujeron sus ganados al país echando la simiente que, con el esfuerzo de todos, crearon la extraordinaria potencia ganadera —actualmente por su raíz y nuestro tesón, de las primeras del mundo— de la cual ha vivido y vive el país; integraron los planteles de casi todas nuestras industrias, principalmente con sus hombres y capitales, factores de progreso de los primeros tiempos; fueron y son los principales compradores de nuestros productos de exportación y contribuyeron en grado importante con sus tejidos, sus aceros, su porcelana, su moblaje, unidades de transporte —desde carros, diligencias, a locomotoras y vapores,— al elevado estandar de comodidad de que disfruta actualmente el país de manera que, pensándolo así, no es de extrañar el importante espacio que en este trabajo he asignado a una de sus industrias más calificadas, de positiva infuencia en la vivienda ciudadana.

Para terminar, y volviendo al tema, cabe expresar que uno de los modelos rústicos ingleses que ha tenido más franca y plena aceptación, ha sido el Windsor, bien patente y visible en sillas y sillones y aún en mesas que, tratado siempre en roble, adorna porción de ambientes de nuestra vivienda de campo, de playa casi todas, como

ctrora, paralelamente, las sillas y las hamacas de Viena —que claro nada tienen que ver con los tipos ingleses— que como el Windsor ahora, tuvo un auge aun mayor en los ambientes de la ciudad, con sus asientos y respaldos de esterilla, modalidades que han desaparecido hace años de la casa uruguaya, mientras las de Windsor perduran, quizá ya algo desplazados por los tipos más rústicos, anotados precedentemente.

———————

El mueble italiano, tanto el modesto como el suntuoso, tuvo una demanda considerable a favor, ya lo he dicho, de la importancia considerable de la colonia italiana y de sus descendientes a contar de la mitad del XIX pues, en las postrimerías de esta centuria, la industria uruguaya fue abasteciendo la plaza de los primeros tiempos mejorando su producción al punto que ya en el XX la suplanta en casi todos los estilos en donde la madera aparezca sin dorados; casi totalmente, pues sólo pequeños muebles de lujo llegan del exterior de marquetería, de laca o con incrustaciones de metal, marfil y nácar. Las altas tarifas aduaneras protegen la industria del país con razón. Desde luego que toda esta producción en lo que respecta a formas se hace a base de los modelos europeos y de los americanos que más aceptación han tenido y que el obrero nacional, casi siempre artesano de origen europeo, presenta productos sobresalientes, sobre todo en ebanistería y escultura, pues en las lacas inglesas, y en los pintados, estofados, así como también en los taraceados, el acabado del nacional deja mucho que desear y las finas terminaciones en los moldurados existen pero las buenas, distan de ser comunes. Pero soy optimista: lo que falta se andará si hay tesón. Entre los pintados, por ej., el más difícil de realizar tan bueno como el similar francés, es el "Vernis Martín", aunque he visto trabajos excelentes que lo imitan bien, pero excepcionalmente. Los laqueados se hacen muchos mejores y parece acierto la goma laca disuelta en aceite de linaza aplicada con soplete o cepillo, sobre todo en los colores crema, pero hay una tendencia a aparecer el indeseable rubio color de caramelo, requemado, que les da un aspecto ordinario, que lo inferioriza cuando el artista no es un verdadero experto, pero como casi todo eso son más bien variantes relativamente no importantes del mobiliario inglés y francés, no se debe afirmar la inhabilidad

de nuestra artesanía. No obstante los muebles pintados, sobre todo camas y cómodas, no tienen su aceptación fuera de la ciudad, donde para comedores de playa suelen usarse, los gallegos. Raros en otros tipos, eran comunes en el Perú en su variante de "estofados" dando la razón de existir al cuzqueño del tiempo de los Virreyes, que tiene como principal detalle esa característica.

La influencia del romano y del gótico en el mobiliario italiano no interesa, está extinguida, aunque cabe mencionarla pues lo que llegó al país en cantidades extraordinarias fueron los distintos tipos Renacimientos, tratados en el noble nogal itálico con esas olvidadas particularidades. Con todo, suelen mencionarse algún "cassone" o viejo arcón que con sus líneas arcaicas quizá ha despertado el interés de algún uruguayo turista viajando por Italia, por la riqueza y habilidad de su moldurado, así como alguna "credenza", ropero bajo con puertas y cajones, pero, camas de pabellón o cerradas, son incontrables, y tengo entendido que hasta en la misma Italia escasean, ya que eran más apropiadas a los climas fríos.

El de Italia no era propicio a esos encerramientos; ni el nuestro tampoco. En los norteños europeos era justificable.

Las sillas y sillones Savonarola, de lonjas curvas entrecruzadas, buena talla en los macizos respaldos, y sólidos brazos, gustaron tanto como las en forma de X y también las macizas y poco cómodas venecianas, más bien de ornamento, con sus calados respaldos plenas de esculturado, como igualmente las Dantescas con las cuatro patas curvadas así como los brazos que se disputaban, con las Savonarola, las preferencias de los viejos vestíbulos y escritorios. Las grandes, angostas pero largas, mesas florentinas y venecianas se centraban en los grandes halls y aún siguen haciéndolo, poniendo con su solidez y monumentalidad no excesiva, una nota grave, de riqueza y de buen gusto, encontrándose ahora más que antes por los halls cubiertos, antes descubiertos patios. Pero el aporte principal del moblaje italiano consistió en dormitorios con grandes armarios de luna de tres cuerpos para los matrimonios, de uno para los individuales. También en sus lavatorios y en los grandes amoblados de comedor con trinchantes, cristaleros y monumentales aparadores de varios pisos, muy moldurados pero de dudoso gusto, aunque siempre, ejecutados con un material de primera, con el nogal, predominando, muchas veces macizos, enchapados la mayoría en los tipos más modestos, con su característica resistencia a la polilla, a la humedad y a las molestas

distensiones, menos que el nogal, que admite bien la talla y el lustre. También se realizan en roble preferentemente ahumado.

En Francia su mueble ha tenido un mercado contínuo en nuestro medio y en el rioplatense desde el ya lejano gótico hasta nuestros días. Aquel estilo que se difundió entre los ambientes religiosos, ha dado no obstante su aporte a algunos de los refectorios y anexos fuera de las iglesias y de los conventos y si bien aún suele verse algunos bancos y reclinatorios para orar en las capillas familiares, también se observan en escritorios y comedores de las viejas grandes casas, inclusive casas-quintas y también sus líneas arcaicas pueden observarse en algunos arcones, "baúles", usándose el roble casi invariablemente en este tipo de amoblado, que no tiene aceptación en el día, no sólo por el cambio de gusto, sino porque los recintos actuales, reducidos, son contrarios a ellos que demandan gran espacio, nó procuran la menor comodidad siendo sólo, en determinados ambientes, decorativos

El Renacimiento francés, también tratado en roble, con menos frecuencia en olmo, también en nogal, importó al país algunos ejemplares notables en sus diversas modalidades, pero principalmente en el Francisco I, subsiguiente, en comedores, dormitorios y amoblados de vestíbulos. El "armoire á deux corps" o aparador de dos plantas, en mesas —algunas redondas, menos frecuentes ovaladas— en sus hermosas sillerías, en perchas, etc., presenta labores destacables, casi siempre muy esculturados, fueron bastante del gusto de nuestras pudientes abuelas.

En el Barroco galo se anotan apariciones muy vulgarizadas en nuestros ambientes: el sofá-cama o chaise-longue de que ya hablé, y el sofá que, como alguien ha dicho resultó el invento más importante en materia de bancos. Al principio era un canapé, casi una cama por su forma y tapizado; la palabra sofá aparece alrededor de 1860. En el Regence se anotan aciertos indudables y, entre ellos, las cómodas que se caracterizaban por sus agarraderas y aplicaciones de bronce o cinceladas siendo, durante la vigencia de este estilo, que apareció el de Boulle, con sus piezas características siempre buscadas y tan numerosas en nuestras casas de lujo, a los que el exceso de humedad y los bruscos cambios de temperatura pueden perjudicarlas. Nuestro

variable clima es el "cuco" para este amoblado que debe existir en habitaciones donde la temperatura no se acuse mucho.

El Rococó o Luis XV ha sido tal vez el estilo francés que más auge ha gozado en el país pero, pese a sus aciertos, entre ellos el tenido por los hermanos Martín, está en decadencia, quizá felizmente, pues me da la impresión personal de rebuscado con sus curvaturas por todas partes, sin dejar de reconocer que una selección procura fácilmente buenos ejemplares. En Montevideo se popularizó tanto, sobre todo en juegos de dormitorios de no muy alto precio, tratados en roble y también en juegos de sala, a veces dorados, que concluyó por dar una impresión de dudoso gusto, por lo común así fue considerado en toda cuenca platense.

El Luis XVI se popularizó tanto como el anterior no sólo en amoblados y decoraciones sino en los modelos arquitectónicos conocidos de residencias individuales, "petit hotel". Hay indudablemente una armonía de líneas elegantes, unos medallones bien ideados, un decorado en las paredes, fino, delicado, con fondos blancos o color pastel discreto, un amoblado de madera dorado o de composición dorada y una marquetería de primer orden, bien terminada, hermosamente combinada ésta, en cómodas, mesas y vitrinas, aquélla en sofáes, sillones, bergeres y sillas que armonizan. Resumiendo, da al conjunto, sobre todo en salones chicos o grandes, dormitorios, pero no tanto en comedores o halls, una impresión de distinción naturalmente lograda pues el tapizado de los asientos y el de las paredes son de tapiz o seda. Las cómodas —también en el Luis XV las hay muy bonitas— y una porción de pequeños muebles fueron y siguen siendo buscadísimos, continuando la importación de ejemplares auténticos y copias modernas casi siempre importadas. La magnífica caoba y el delicado palo de rosa son sus maderas preferidas.

El Directorio presenta algunos buenos ejemplares pero, los tuvo mucho mejores el Imperio, pese a su mayor simetría, macizas proporciones, todo en densa y pulimentada caoba, con inclusión de elementos clásicos, incluso esfinges, y con proporción —quizá muy alta— de aplicaciones de bronces dorados, casi planas las más, patas de igual metal, etc. Las mesas, generalmente redondas, imponentes sofás, no muy confortables, sillas, igualmente recargadas, todo muy rico, incluso tapicería de seda, de cálido tapizado raramente "faite a la main". En cambio en los otros tipos la tapicería de Beaubais y Abusson, predominan destacándose sobre el fondo, denso, rojo y brillante

de la pulida caoba cuya potencia de colorido con tales aditamentos se aumenta, predominando en las sederías el verde, el naranja, el violeta y el amarillo, presenta una impresión positiva de suntuosidad difícilmente superable. Pero no hay gracia, solo riqueza; no procura comodidad si bien allega deslumbramiento de color; es pesado, pero, por lo opulento es digno de un Emperador, máxime si lleva el nombre de Napoleón I, en cuyo homenaje los artistas lo crearon.

En el Museo de Artes Decorativas de Madrid y en distintos sitios reales españoles, especialmente en San Ildefonso y en Aranjuez, pueden admirarse ejemplares notables de muebles y relojes, etc., de este estilo que no ha tenido mayor difusión aquí quizá por la sobriedad de nuestro medio y su alto costo. El colocar amoblado de esas calidades necesita palacios pues si todo no va a escala, disuena. No se presta mucho a formar el estilo Imperio, el rincón íntimo, no convida al reposo hogareño amable y sencillo a la vez. Exije también no sólo el palacio suntuoso, pleno de luces y dorados, sino una concurrencia a tono: trajes de baile y uniformes, joyas, condecoraciones, plenitud de pechos enjoyados, rutilantes indumentos militares, recamados de dorados, vestimentas de cortesanos en plena "soirée" y tal rojo cardenal príncipe de la Iglesia romana pleno de violeta y escarlata. Es un amoblado que sólo estará a tono en una corte imperial que, por otra parte, es el ambiente que lo creó, como ya he dicho.

Desde luego el Imperio español tiene una fuente de inspiración netamente francesa, pero está lejos de ser copia. Un recuerdo a vuelo de pájaro de lo visto en la península no me habilita para decir cuales eran las piezas españolas y cuales las francesas, pero éstas deberían ser muchas, pues en esos tiempos en que predominó —mediados del XIX— reinaba esos gustos (1834-1839). El Isabelino español corresponde al reinado de Isabel II, que era española de la cabeza a los pies, típica madrileña que tenía a gala mostrar su españolismo, conducta bien distinta por cierto a la de Felipe V donde los afrancesados predominaron, así como, en otros reinados después de la fecha, 1868, en que la jacarandosa dama fue depuesta. Isabel legó su nombre no sólo al amoblado sino también a determinados tipos de abanicos de "países" pintados sobre tela o papel simplemente impreso, de varillaje de nácar con aplicaciones de oro y plata, y a algunos hermosísimos y otros horrorosos tipos de floreros, unos y otros muy difundidos y buscados por nuestros coleccionistas, recargados

de ornamentación incluso de pinturas. Es curioso la disparidad de modelos y más aún las diferencias de gusto.

El mueble luso-brasileño, tan buscado, tan sugestivo y señorial en los museos y colecciones, destaca en Juan V y, tuvo su origen en el XVIII, predominando en toda la centuria. Se trasladó al Brasil donde floreció incorporándose a los ambientes rioplatenses como puede comprobarse, puro o con algunas variantes, favoreciéndole su exitosa y elegante difusión la excelencia de madera empleada en su construcción, tan buscada y calificada como el jacarandá. Cuando el Brasil se independizó y se creó el Imperio, durante los reinados de Pedro I y II, en la materia todo cambió, el gusto se trasmudó al Imperio francés como puede verse en las colecciones brasileñas, particularmente en el Museo Imperial de Petrópolis y de especial manera en la iconografía que de esos períodos, allí se guardan, así como, en el Museo Nacional de Río, y en la bibliografía especializada.

El colonial rioplatense puede observarse en las colecciones argentinas, en mesas, sillas y algunos escritorios que son Juan V originales y muchas veces nuevas realizaciones de época hechas en Buenos Aires y, más al norte, incluso con otras maderas, de algarrobo por ejemplo. También hay copias y una influencia boliviana y peruana que ha bajado del norte en sus piezas originales colectadas por coleccionistas porteños, que se acusa neta en los medios allende el río, pero hay que tener cuidado en la discriminación pues son modelos más bien altoperuanos, cuzqueños sobre todo, policromado, ricos en marcos de plata de espejos y de cuadros, en altares de capillas e iglesias, así como, algunos estofados de aquella ciudad peruana. La plata, tan abundante en esos medios, fue utilizada a porfía incluso en aditamentos de imaginería religiosa. Las dos colecciones de los González Garaño, Alejo y Celina, la del arq. M. Noel, las piezas del antiguo Museo González Blanco, y en otras colecciones, hoy diseminados en varios sitios públicos, Museos de arte, muestra hasta arañas de ese noble metal, braseros, rayeras de cruces, y desborda, en miles de piezas, en mates y bombillas, no así en el apero criollo, de otra raíz.

En lo referente a colecciones públicas, argentinas, destaco el colonial, las de los Barreto, Museo Cornelio de Saavedra, Museo Provincial de Luján, instalado en casa del arquitecto Martín Noel —Col. Fernández Blanco—, etc., encierran piezas muy interesantes. Es que la potencia económica de nuestros hermanos del Plata les ha permitido reunir un conjunto muy valioso y, desde luego muy superior, al

nuestro que fue mucho más modesto en sus realizaciones, como lo fue el bonaerense referido al del altiplano. La recolección de material continúa y en el futuro, en sucesivas monografías, podrá ir develándose la verdad, respecto a todos estos aspectos, algo confusos aún, que son índice del grado de bienestar y de cultura alcanzado por los pueblos del Plata, donde otra platería, la gauchesca, imperó soberana en los antiguos medios. Y para aclarar la realidad pocos elementos más decisivos que la deposición de los viajeros que, como tales, por su situación comercial, social o política, frecuentaron los ambientes más calificados y observaron las costumbres de sus moradores; y sobre todo, los documentos, los fríos inventarios de las sucesiones. A este respecto, he comenzado en la "Revista de la Sociedad de Amigos de la Arqueología", la publicación de un trabajo, en equipo, sobre el tema que considero proyectará una gran luz sobre la historia.

Feduchi, en lo que se refiere al medio español peninsular expresa: "En el siglo XIX son innegables las influencias de Inglaterra y de Francia, y sólo así renace un falso Luis XIX interpretado en palo santo, en purpurinas o simplemente pintado, según la importancia del cliente. El mueble se va industrializando; la finura y delicadeza de los viejos modelos, es substituida por tallas y ornamentaciones aparentes, curvas y tapicerías opulentas, líneas de silueta exagerada que, si bien dan todo el carácter a los muebles isabelinos, no tienen ya nada de aquellos modelos perfectos del XVIII francés. También el Luis XV deja sentir su influencia en muchos modelos del XIX, pero sin embargo, en los derivados del Luis XV es donde encontramos los más típicamente isabelinos".

Mi impresión, de simple "amateur" es casi igual, como también la es que el isabelino español, como el anterior, el fernandino, escasa resonancia tuvo en nuestro ambiente, aunque, habida, debe acusarse porque es un matiz en la evolución del mobiliario montevideano "del siglo de las luces", que hoy quizá, con más razón, después de dos guerras mundiales y las horas inciertas que vivimos, con más fundamento pudiera llamarse de la intranquilidad. El mueble francés vino en aportes caudalosos directamente, en la mayoría de los casos, en ese material "pour l'exportation" de la que son maestros en producir, entre otros, los "marchand" de las orillas del Sena. Pero es indudable que entre lo

malo y regular llegó mucho bueno, difícil de clasificar por los profanos, pues desgraciadamente los nuevos ricos, en estas sociedades de precaria sedimentación cultural, son los que abundan y se proveen, aún hoy, entre otros lugares de dudosa selección, en el famoso "mercado de la pulga" parisién donde, al decir de ciertos compradores optimistas, se hacen verdaderas pichinchas y, en el cual, en realidad, hay de todo "como en botica".

Como si todo este caudal de bueno y malo fuera poco, en nuestro amoblado del XIX y XX se acusan las más distintas tendencias como consecuencia natural y lógica de los aportes humanos allegados a la formación de la nacionalidad. Latinos y sajones, germanos y eslavos y, últimamente toda la gama de los países superpoblados del mundo, con facilidad de transporte hasta acá, van allegando a nuestras playas multitudes heterogéneas que, lograda la posición económica en procura de la cual vinieran, por lo general se afincan y procuran rodearse de los elementos que hacen amable la vida, siendo lógico que tiendan a formar los ambientes de donde partieran. Procedentes de las más dispares capas culturales, desde las más calificadas y selectas hasta las más rústicas, y es natural que por lo tanto lo que aportan es por demás heterogéneo, de clasificación más que difícil, más en nuestro medio en el cual los especialistas deben buscarse con lupa, —si es que existen— donde simples aficionados —como yo— pero con un gran interés y con algo de "ojito", sin mayor base casi siempre, simplemente libresca, son los llamados a orientar a los pocos que, "con barro a mano" quieren rodearse de cosas selectas creando exteriores e interiores exponentes de buen gusto, riqueza y comodidad.

Si se examinan las añagazas que se valen los vendedores de muebles europeos, se ve, a las primeras de cambio, en estas latitudes que an la materia, no es sólido el piso sobre el que se transita. Un calificado experto galo, Emile Bayard —en el exterior abunda literatura sobre el tema— en su libro "L'Art de reconnaître les fraudes" hace tiempo nos ha ilustrado sobre el particular, sobre la "viveza" de que los comerciantes desaprensivos se valen tanto en la pintura, la escultura, el grabado, muebles, cerámicas, etc. A la verdad, que su lectura suele ocasionar pequeños escalofríos por cuanto si en la vieja Europa el ojo se puede hacer, frecuentando con asiduidad las colecciones pú-

blicas bien depuradas y las grandes particulares escogidas, o asistiendo a las conferencias de divulgación que menudean, aquí es casi imposible orientarse por cuanto no hay elementos precisos para ello y se carece del consejo alentador y desinteresado de los entendidos. Se marcha a tientas en plena oscuridad. No obstante una reciente visita, desde luego superficial, a los anticuarios ingleses, franceses, italianos, españoles y portugueses, procura la impresión de lo que se vende actualmente en el viejo continente es, en su casi totalidad, mercadería falsificada, imitada, y se llega a conclusiones desilusionantes. Pero sucede algo muy curioso: el entendido, el experto, puede hacer verdaderos hallazgos en nuestro Montevideo. También a estos desconcertantes extremos se llega, a que al Plata ha venido de todo, y como siempre fue bien pagado lo importado, hay mayores posibilidades de encontrar bueno, en muebles, porcelanas, libros, numismática y obras artísticas.

También es relativamente fácil encontrar en nuestra almonedas piezas no muy bien imitadas, ennoblecidas ya con la pátina niveladora de casi un siglo de existencia y de uso y a la venta, a precio razonable. En lo que me es personal lo que más me interesa no es lo auténtico, pues el símil, si está excelentemente terminado, trabajado con arte en noble material me produce casi el mismo impacto de belleza que lo auténtico: el original a veces resulta flojo. Por ejemplo, en escultura las buenas copias son tan hermosas, como las dúplicas de los cuadros célebres, y en no pocas oportunidades, pese a las reparaciones, lo auténtico da una impresión de decrepitud que si a veces la avalora más, en otras no. Lo viejo, admirado sólo por tal, nunca ha despertado mis entusiasmos, ni creo que pueda ser de utilidad, salvo en lo que se refiere a otros aspectos de la arqueología distintos a los que nos ocupan en estos momentos.

Si se piensa, por ejemplo, que Italia ha sido visitada en 1952 por seis millones de turistas, buena porción de ellos adinerados, muchos con tendencia a mejorar su casa y deseosos por tal de adquirir objetos de arte aún al simple título de recuerdo; si se considera que esa proporción es igual, numéricamente, para Francia y relativamente, decreciente para el resto de Europa, puede considerarse el monto del "saqueo" que en los viejos repositorios librados a la demanda del público se causan año a año. Y excede el panorama pensando en lo que es una verdad como tal inatacable: en que ese "saqueo" lo viene recibiendo Europa hace más de un siglo, al punto de haber emigrado hacia América, hacia el norte de ella sobre todo, buena parte de las

colecciones de arte reunidas en el curso de los años en sus más diversas manifestaciones. Y aún edificios enteros, castillos y abadías llevados allende el Atlántico, piedra por piedra, para ser reedificados en el nuevo continente, en el llamado "del porvenir" antaño, en el "presente", en la actualidad, el mejor, pues el centro del mundo viene desplazándose hacia este lado del océano de mucho atrás, tanto en lo político como en lo material, repitiéndose el fenómeno que trasladó a Europa el antiguo poderío asiático, indudable cuna de las grandes civilizaciones.

Se ha vuelto a reproducir el fenómeno que las mejores colecciones europeas, como también las formadas por los antiguos objetos productos de las más antiguas culturas del Asia milenaria —China, India, están en Europa y no en los países de origen y que ahora lentamente pasan a Norteamérica. Una visita a vuelo de pájaro de los museos londinenses, alemanes, franceses, italianos y aun españoles y portugueses, acusa nítidamente como verdad irrebatible esa realidad que confirman los catálogos de las colecciones públicas y privadas. Los dominios coloniales de otrora han procurado ese material acopiado por los funcionarios cultos que tuvieron función en el exterior. Felizmente, ese desplazamiento ha sido beneficioso para el estudio de aquellas antiguas civilizaciones. La literatura inmensa que los expertos europeos, y ahora norteamericanos, los ha venido enumerando y describiendo y analizando, es la que ha salvado de la dispersión total esos elementos inapreciables de las antiguas culturas y ello permite a las generaciones estudiosas del presente, avalorar en toda su extensión su magnificiencia, su opulencia de formas, su riqueza artística e intrínseca. Lo contrario quizá se hubiera perdido de quedar en los países de origen.

La artesanía europea en los siglos anteriores ha sido extraordinaria y la calidad de los artistas del Renacimiento, descuella y puede apreciarse en toda su inmensa vastedad, pero se comprueba ahora, en estos últimos tiempos, un ritmo decreciente en las formas y casi en las calidades, a favor de un confusionismo que contribuye a agravar las nuevas tendencias artísticas que, salvo positivas excepciones, se acusan en todos los medios de las artes, salvo en el trabajo de los metales y en la cerámica especialmente, donde se continúa una tradición superviviente que la mecanización y el alto costo de la vida amenaza, produciendo innegables desniveles que pueden perjudicar la nobleza de sus facturas, por lo que el porvenir no se presenta promisor.

Se va rápidamente a una época de estandarización de todo. La

pieza única se desplaza en un compás por demás desconsolador. Se vive en una era de transición en la cual no se sabe en qué irá a parar, y es de esperar que la tumultuosa hora del presente en estas materias, arribe a soluciones que sería de desear termine en realizaciones más en consonancia con los enormes adelantos que en otros renglones se han alcanzado, evidentes superiores, muy superiores a los del pasado. Contrasta este adelanto tan magnífico como espectacular, la crisis en que creo ver han entrado ciertas manualidades, pero, optimista, espero no será para empeorar el cambio a venir.

En materia de lozas y porcelanas, es peor y más caótica la situación presente, pues el hombre de cultura media, se pierde en un verdadero mar de confusiones al pretender guiarse por las marcas de fábrica que casi todas presentan, pero es tal la cantidad de las adulteradas, más o menos tan perfectas las imitaciones en muchos casos, que pese a la compulsa de los muchos libros que se han publicado en el exterior sobre la materia, no hay brújula eficaz para orientarse en ese verdadero océano de dificultades, pues hasta las marcas de fabricación se suelen imitar con despreocupación. Pero, felizmente, en materia de muebles, para mí, por lo menos, el coleccionista amante de las buenas piezas debe guiarse, fundamentalmente por la pureza de las líneas, por su buen acabado sin olvidar lo arcaico y rústico en lo primitivo, las aristas pulidas, pero hay un sentido de orientación que poco falla...

De los muebles españoles del XVI, XVII y XVIII no hay muchos en España. El uso en primer término, su lejana edad, la despreocupación que en muchos ambientes —en el castellano sobre todo, parco de comodidades— ajeno al refinamiento, y el hecho que todo el esfuerzo artístico se concentraba en el alhajamiento y fastuosidad de las iglesias, en la confección de las armas, salvo uno que otro sitio real, han sido factores decisivos para que lo llegado a la fecha, no ha sido tan cuantioso como debiera haberlo sido ya que, pese a estas costumbres, el oro americano afluyó durante siglos en cantidades fabulosas creando por fuerza medios propicios para dar al español mejores comodidades en la vida, lujo y fausto en su existir.

En los sitios reales —Aranjuez, la Granja, el Buen Retiro o el Escorial— fueron amoblados en fechas distintas y si bien en el palacio real madrileño se había concentrado mucho y valioso mobiliario de esas

distantes épocas, el incendio del viejo alcázar de 1734 los eliminó, salvándose sólo de esos lugares reales, contadas piezas, llegando a nuestros días, lo que muy parcamente —en absoluta coincidencia con su personalidad— había hecho colocar en sus habitaciones del Escorial aquel monarca Felipe II sólo atento al mejor servicio de dios.

En las colecciones —con sastifacción me adelanto a decirlo— que se guardan en un estado de limpieza, clasificación y cuidado impecable, debe reconocerse esta característica, pues salvo una docena de casos similares, en el resto de los museos europeos hay mucho descuido y desidia en la exposición, cargo que alcanza a la mayoría de las iglesias de España, Francia e Italia. No obstante el polvo y la oscuridad, puede verse como el severo mobiliario español, del gótico, va evolucionando hacia el barroco —casi siempre en arcones— hasta hacer muy historiado, más adelante en muchos ejemplares; y se observa cómo la línea y el severo color imperante se altera, se recarga a favor de las influencias extranjeras, europeas y orientales.

El francés de los Luises tiene su réplica en los Carlos; el de las formas imperio galo en el Fernandino que, en cierto modo, radica el Renacimiento Hispano-isabelino, ya, esto último, en el XIX, se produce sin la finura de aquellos tipos franceses, aunque con una positiva sensación de solidez y riqueza, donde infelizmente lo grácil y la elegancia leve suelen estar ausente.

También individualizado como mueble de las primeras épocas, los bargueños llegados de la península sin pretensiones, por la divulgación que han tenido aquí en muchas copias, algunas malas, otras excelentes, los típicos bargueños se han adentrado en la reconstituciones de nuestro español primitivo. Su gama va desde los Renacimiento, austeros, algunos sobre mesitas con el clásico "pie de puente" italiano; los dorados, los policromados, muy españoles, estofados otros con singular maestría, quizá consecuencia de los altos quilates de que merecidamente gozaba la imaginería de esos tiempos; los taraceados; los incrustados de madre perla, marfil, bronce y aún de plata, carey y otras materias valiosas de los que existen en Europa ejemplares sobresalientes y, en los museos españoles y americanos, una colección numerosa y selecta.

El Museo Nacional de Artes Decorativos de Madrid es uno de los mejores lugares en el cual el estudioso de nuestro medio puede

rastrear en los orígenes nuestras posiciones en la materia, pues reúne cueros, muebles, cerámicas, porcelanas, vidrios, bordados, encajes, tejidos y demás antecedentes. Representa las modalidades hispanas en el alhajamiento de las antiguas casas de la península, muy bien seriadas.

Dentro de la historia del mueble español, ya clásico en la exposición museística, no nos muestra el batiburrillo sino que entre el conjunto hay clasificados convenientemente, como corresponde, muebles del XVI, XVII y XVIII donde la artesanía española ha hecho en conjunto, tanta cosa hermosa: mesas, sillas, bancos, bargueños, armarios, etc. Ya he dicho que la casa montevideana recién comenzó a alhajarse en los últimos años del XVIII y comienzos del XIX, pues antes era de una rusticidad casi general, no obstante lo cual no deja de tener su interés pues se usaron muebles elementals como los conocidos, a excepción de tal o cual arcón y quizá de algún bargueño procedente del equipaje de empingorotado funcionario virreinal, militar o religioso ya que, entre éstos, había positivos gustadores de lo bueno. Existen dentro de España muchas colecciones interesantísimas, habiendo visto varios y en Barcelona algunos conjuntos de piezas, como en el Museo de la Virreina, artesanas pero se encuentran dispersas en todos los ambientes provinciales tanto en las colecciones públicas como en las particulares. También conjuntos bien orgánicos, se han reunido en algunas "cocinas" donde en estrecha y armónica aparcería, se ven bancos, sillas y sillones rústicos con asientos de madera, de cuero o de consistentes fibras vegetales; el herraje extraordinariamente variado de todos los menesteres propios del arte del fogón, incluso ollas, sartenes, cucharones, cucharas, trebejos variadísimos, tratados en hierro, cobre, bronce, latón. Están la loza, la cerámica y aún la porcelana, en jarros, jarrones, fuentes y platos, y la alfarería en ejemplares típicos igualmente variados pues van desde las grandes tinajas para guardar el agua, y los menores con el mismo uso, en jarras y botellones, ollas, recipientes para aceite, etc. Sin olvidar los "pellejos" para el vino, los candiles para el alumbrado. Los orígenes de nuestras viejas cocinas inclusive todo el XIX debe buscarse en ese complejo utilaje no sólo en sus orígenes hispanos, sino italianos, ingleses, portugueses, etc., dado que todos esos medios se fueron acumulando en nuestros ambientes si no con la profusión de los originales —debe aclararse— por lo menos en muchas de sus representaciones.

Pero tampoco podemos desentendernos del mobiliario del XVII

porque en el XIX y aún en la actual centuria, mucho ha venido y es y ha sido usado, tanto en originales —las menos— como en copias —las más — porque el gusto por el alhajamiento de la casa felizmente se ha difundido muchísimo en los años que van corriendo, como una consecuencia de la mayor cultura, de las mejores posibilidades económicas. Esa marcada predilección debe destacarse dándole la entidad que merece, ya que la antigua sobriedad y despreocupación del pasado es cosa ida hace mucho. También debe acusarse que esta afloración artística ha recibido un gran impulso, en las casas de verano sobre todo, las que por millares se han construído y siguen vigorosamente levantándose en el país, comenzada en la vecindad de las playas pero que van adentrándose en el resto del país. Es una noble y silenciosa emulación, afán de superación que ha dado nacimiento a la industria del mueble rústico con evidentes ventajas para el común, pues así vive, y prospera, el artesano: mueblero, herrero, broncero, ceramista, inoculando elementos de vida desconocidos antaño y procurando beneficios para todos Destaco que el Estado no ha estado ajeno a este movimiento promisor que acertadamente lo ha impulsado y mantiene con la creación de las escuelas industriales que iniciara en gran escala el pionero que fue el Dr. José Arias y a la que no estuvieron ajenos antes, artistas de la calidad del Dr. Pedro Figari, en la escuela industrial, el ilustre pintor, y nuestro compañero el Arq. Silvio Geranio, recordando también a los primeros ceramistas de los albores del XIX, cuyo embrión plantó en Maldonado don Francisco Aguilar, el progresista fernandino, y siguieron otros.

Desatados los vínculos políticos que nos unían con la madre patria, llegados ya a la mayoría de edad, el Uruguay tuvo un movimiento similar casi al habido en la península. Me refiero a la etapa Romántica tan bien tratada y expuesta en el Museo Romántico madrileño cuyo existir se debe al marqués de la Vega Inclán, adquiriendo el antiguo palacio de los condes de la Puebla del Maestre, típico edificio madrileño evocador, en su intimidad acogedora y sin magnificencias, y donándolo al Estado a su muerte, después de desarrollar una labor de fino captador, generoso y capaz, en el mobiliario y accesorios convenientes.

Ya en anteriores tareas, como Comisario Regio de Turismo, o como creador de la casa y Museo del Greco, en Toledo, y del Museo y casa de Cervantes, en Valladolid, había demostrado el dominio que en las artes suntuarias tenía. La colección abarca desde los primeros años del XIX hasta pasado el medio siglo, vale decir, las épocas Fer-

nandina e Isabelina, de indudable influencia, sobre todo la última, en nuestros ambientes, más tal o cual pieza anterior pues fue su domicilio y de innato coleccionista, hasta su lamentado deceso.

Me detendré algo en ellas porque, en realidad, sigue en nuestro ambiente a los modestos comienzos de los estilos españoles dieciochescos, al inglés de las invasiones del 1806 y al más poderoso, de los estilos portugueses, en especial el Juan V, que se filtraron, como ya llevo dicho, durante las postrimerías virreinales para asentarse más firmemente en la Cisplatina.

La influencia de los neoclásicos de fines del XVIII, en especial divulgado por las modalidades inglesas, ocuparon todo el primer tercio del XIX, sin desconocer la poderosa infiltración francesa, todo ello prosperando merced a la mejor situación económica y el aburguesamiento de nuestra comunidad.

El Fernandino es el producto español del estilo Imperio y, a la caída del corso Bonaparte, vuelven por sus fueros los gustos por los Luises. He visto en varios sitios reales de España mucho mobiliario Fernandino, de fábrica española unos y otros no, directamente importados de Francia, fabricados de acuerdo con los gustos peninsulares, según se me ha dicho. En aquellos, pese a la actuación de ebanistas galos, hay cierta tosquedad en la producción siempre rica, ornamentada y esculturada prolijamente, pues la finura de los tipos franceses —hablo generalizando— suele estar ausente.

Al respecto una contemporánea autoridad peninsular, Luis M. Feduchi, ha escrito con razón: "En el fernandino nacional las líneas son más toscas, la silueta menos estudiada; el bronce muchas veces es sustituído por la talla dorada, que se trabaja con otras características (se refiere al mueble netamente francés) por la distinta calidad y técnica del material, de hojas más carnosas y figuras menos delicadas, aunque tal vez, más graciosa desde el punto de vista de nuestra mano artesana nacional. Los últimos años de Fernando VII, los de la Reina Gobernadora y los primeros del reinado de Isabel II, señalan aún más el aburguesamiento del estilo, sobre todo en los muebles corrientes. La riqueza y ostentación del Imperio, sedas en las paredes, oro y bronce en los muebles, son lentamente sustituídos por los papeles pintados que cubren las habitaciones, por tallas, por marqueterías claras, y el artesano, ya en plena época romántica, estiliza aquellos temas imperiales, cisnes, esfinges, palmas, dando origen a unos deliciosos

sofás, canapés, camas de góndola, que tanto abundan aún en nuestras viejas casas y palacios provincianos".

Es una visión, clara y sintética que en parte tiene su aplicación a nuestro medio suntuario todavía en embrión, pero muy cercano a la eclosión y los ejemplares que ilustrarán la segunda parte de este trabajo así lo comprueban aportando al efecto algunas piezas que he logrado reunir en el Museo Histórico Municipal a mi cargo y más adelante quizá lo haré con las de mi colección particular, formada desde mi ya lejana juventud en la que ya había apuntado el gusto por esas manifestaciones artísticas.

Tengo la impresión que el auge romántico en Montevideo, cronológicamente, perduró mucho más que en España y en los otros ambientes rioplatenses que imperara soberano, pero al final, la inevitable y bienvenida evolución propia de todas las cosas humanas, lo fue matizando, alterando así los sillones, sillas y sofás tapizados de terciopelo, de raso o de brocados, "capitonée", "moteados" o "boutoné", fueron perdiendo terreno y advinieron nuevos gustos, entre ellos los tapizados característicos de esos muebles terminados por flecos de "borlitas" que con indudable ironía destaca en párrafo transcripto más adelante, al tratar del estilo Romántico, el Director del Museo Romántico de Madrid, y que aquí ya apuntaron antes.

Y llega el mármol para las superficies lisas de consolas y mesas centrales de las salas y hasta tmbién algunos caprichos moriscos que, como ya anotara, no supervivieron, pero se siente la influencia conocida en España por "filipina" a través de uno de sus más destacados elementos: los negritos, chicos o grandes, de pasta de madera, que sirven como sostén único a soportes de luz, al parecer, agobiados por el peso que sostienen, figurando de sostenes de aquellas mesas plenas de arabescos dorados y azulados que se destacan sobre fondos negros o marrón tratados sobre composición. Se estaba entonces, también, en la era de los mobiliarios de sala de madera negra teñida, casi siempre macizos y pesados, y de los no menos densos cortinados de rameadas telas, brocados y sederías ricas con que se decoraban el interior de puertas y ventanas, tamizando la entrada de la luz solar en verano, y dificultándola del aire frío en los inviernos.

Por ese entonces casi todo el moblaje liviano —pequeñas mesas, sillas, sillones— tenía sus minúsculas ruedecitas "locas" —vale decir que giraban en todas direcciones,— de bronce, lo que facilitaba su traslado, de aquí para allá, sin perjudicar las alfombras y demandando,

con el mínimo esfuerzo de los concurrentes, la formación de las animadas tertulias que reiteradamente los utilizaban. La sala central con arañas de cristal y bronce y los brazos de los mecheros de gas, dispositivos que se repetían en las salitas menores, de existir, presentaban dibujos en los historiados globos muchas veces muy elegantes y casi siempre muy bien en esmerilados y trabajos de "calados", "al agua" desarrollados con gusto. Interín las consolas permitían la suplantación del decorado, variando del clásico atuendo del reloj central flanqueados por los candelabros de rigor que se usaban en aquellas, así, como, en las repisas de las estufas, con floreros o alternando con el cóncavo fanal de cristal que resguardaba tanto la antigua imaginería de tema religioso, como los relojes de repisa, o los ramos de flores de trapo, muchos de ellos verdaderas obras de arte que se guardaban así al abrigo de los estragos del polvo y aún de la polilla traicionera y destructiva.

Otro detalle que tenía una antigua tradición eran los pedestales de mármol o de columna de madera maciza esculturados y dorados que servían de altos soportes a los grandes jarrones de Sevres, de porcelana de la Granja o del Buen Retiro, a los bustos de mármol —colocados sobre igual base— y a las esculturas de bronce, reproducciones de los modelos clásicos de la Grecia inmortal, de la Roma imperial o de la escultura contemporánea, mientras grandes o pequeños cuadros en marcos dorados de ornamentación abundante, alternaban con los finos grabados en negro o en color de esos años pasados en que reinaba, muy al contrario de hoy, en esos recintos, una discreta media luz durante el día y, por la noche, una no menos escasa difundida por los mecheros y arañas de gas o por las lámpara de aceite, algunas con pedestales verdaderas obras de arte. En materia de estantes de madera sostenes de obras de arte, los había también más livianos, calados, de dos tramos casi siempre y, más antiguamente, fueron comunes caladas esquineras de nogal o de caoba.

Otro elemento integrante de esos ambientes fueron las cajas de música estratégicamente distribuídas en las salas o en el vestíbulo. También los grandes centros de mesa en los comedores, de plata o de metal, de dos y tres plantas, generalmente trabajados en Cristofle francés y similares buenos metales ingleses y alemanes. Los palilleros de metal en uso en esos días que tenían una vieja ejecutoria pues muchos venían del virreinato —pavos reales con la cola esplendorosa abierta acribilladas de mondadientes con su carga completa de made-

ra, —o de la Cisplatina—. Trabajos de orfebres, de plata de alta calidad muchos eran criollos, españoles y de la Lisboa europea, con figuras de indios guerreros con el carcaj repleto de esos adminículos, campesinos cargándolos en sus agobiadas espaldas a guisa de frutos rurales. Los aros también de esos metales eran típicos en las mesas de ese entonces, custodiando enrolladas servilletas. Otra costumbre pero de mal gusto eran las salivaderas de porcelanas, a derecha e izquierda flanqueando los sofás. Completaban el atuendo de vestíbulos, patios y escritorios, bastoneras de porcelana o de cerámica, y aún de "cloisonée", custodiando el entonces infalible adminículo masculino, rematado en trabajos de marfil, oro y plata, y en donde la fantasía humana ha derrochado inventiva, bastando decir que en colección particular tengo más de cien diferentes. Todo se completaba sin olvidar "sahumadores" pequeños y artísticamente tratados en plata —por lo general 900— hechos a mano, en que entre otras esencias olorosas se quemaban pastillas de benjuí, entre brasas de leña dura.

Corriendo los años desde principios del XIX hasta 1860 o algunos más, la industria vino produciendo una modalidad que inspirados en los modelos franceses, excepto el Imperio: los Luises, Regencia, Luis Felipe, —en cuanto a formas se refiere— respondía mejor al género de vida imperante, dentro de una gran sencillez, poco moldurado, exclusión absoluta del dorado y de las aplicaciones de bronce, con la base de maderas más bien oscuras, prefiriéndose el jacarandá y la caoba en los ejemplares de más alto precio; como también el nogal, el palo santo de lo mejor que produjo el noble vegetal: me refiero a los juegos de sala típicos de sofá, sillones (dos o cuatro) y doce sillas. También los había de vestíbulo, industria alemana e italiana.

Fue una tendencia general extensiva del vestido al amoblado, esencialmente burgués, íntimo, cómodo, práctico, que también recibió no poca inspiración de los modelos ingleses. De él se desprende algo poético, encantador; me refiero a las modalidades de todo lo referente al Romántico, en sus variadas creaciones, en sus infinitos aspectos. A más de los nombrados, sillas, sillones, sofá, caracterizó no sólo el mueble sino también la indumentaria de las clases de más desahogada posición económica, que se desarrolló a base de pantalones anchos y entubados, frac y levitas entallados, bastón y "galera de felpa" los hombres, y también ajustado indumento de cintura arriba las damas, amplísimas y descomunales polleras sostenidas a base de "miriñaques". Fue la época del absoluto dominio del abanico, en grandes "pericotes"

durante el día caluroso y, por la noche, en reuniones de etiqueta, más pequeños, los normales, de varillaje de nácar con incrustaciones de oro y plata, carey y demás ricas aplicaciones incluso marfil y hasta espejitos. Concretando: los famosos Isabelinos, los de la reina guapa y jacarandosa que fue el ídolo del pueblo de los madriles, aunque terminó en el exilio, quizá por aquello de que hay amores que matan, y por razones que no vienen al caso mencionar, de carácter esencialmente político desde luego.

Un experto de este período, don Mariano Rodríguez de Rivas, destaca sus particularidades explicando: "su solidez para resistir el duro embate del uso, del trasteo de las clases medias, del apogeo de la institución de la "visita", de la boga de la velada... y al mismo tiempo cumpliendo la necesidad de mostrarse con una vitola oportuna para entonar en el conjunto de una casa que tenía de antiguo en lo que quería imponer, y de lo moderno en lo que tenía que resistir". Y abriendo un paréntesis, expresa: "Verdad que este criterio útil abría después de ser arrollado por el desenfrenado decorativismo del mueble de 1870, o algo así como "el éxito de las borlas". Otra modalidad de los ruedos de los tapizados de sillas y butacas, que han resurgido hace poco".

Y más adelante, espigando en su enjundioso estudio, prólogo al Catálogo del Museo Romántico que dirige "Naturalmente el mueble romántico adivina otros tiempos. La falda se amplía, las telas pasan de ser nada a ser todo, con su pesada caída y sus fuertes dibujos. Los mismos caballeros siempre más discretos no se intimidarán al uso excesivo de levitas de caderas ampulosas, de chalecos rameados y abultadas corbatas de plastrón de tonos brillantes. Todos estos personajes han de ser acogidos por estos muebles, que han de ser más vívidos y exhibidos que ningún otro. Las casitas del XVIII eran de "mírame y no me toques"; las del siglo anterior, eran "tócame, utilízame, pero no me mires mucho". Estas están para ser usadas, sobadas, vividas y además exhibidas: la tertulia, la velada, el visiteo, la recepción, la fecha forzada de recibimiento, va a tener en la época romántica su auge dichoso".

Todas las modalidades de esta época tan plena de recuerdos, imperó en Montevideo de manera absoluta, desde el mueble, las costumbres, la decoración hasta el vestido. Todo el vivir ciudadano se subordinó a sus caprichos, y hoy se añora esos años con nostalgia, porque significó, en la vivienda montevideana, la incorporación a la vida burguesa de la ciudad de todas las comodidades, transplantadas

de Europa al minuto, como las modas de hoy día, tan distintas por cierto a las de entonces.

Quedan muchos ejemplares en los viejos hogares montevideanos de este existir venturoso, auténticos como ninguno, sobrios, casi todos de empaque señorial, discreto e íntimo, cómodos, donde el arte está presente de manera tan velada como positiva. ¿Qué diferencia con la suntuosidad aparatosa y un tanto pueril de los estilos creados a base de la talla dorada y las aplicaciones de bronce tratadas al mercurio? Todo ido como las antiquísimas cajas de rapé, de carey, plata, oro y esmalte, las pastilleras femeninas con similares materiales construídas, los esencieros de las bellas —y de las feas— en que, al exterior, los orfebres de esos años desparramaban buen gusto, habilidad y fantasía en oro y plata, en carey, solo o incrustados de nácar o de metal y en decoradas porcelanas primorosamente tratadas por los pintores. Eran los tiempos en que redondos sombreros de entrecasa, con borla pendientes o sin ella, todo suntuosamente bordado, cubría, a veces, en la más recoleta intimidad, las cabezas calvas de los jefes del hogar o de los abuelos: en que los pies de los ancianos, sentados en amplios y acogedores butacones, se enfundaban en los días de invierno en confortables calentadores fabricados a base de pieles que forraban el interior, y que cubrían las rodillas o de mullidos endredones de tutela efectiva. Toda una inmensa cantidad de adminículos contraídos a la mayor comodidad del hogar se distribuía por los amplios recintos, sin olvidar las clásicas "mecedoras" en que mesuradamente se balanceaban los mayores o en las que, amorosamente acunaban las madres a sus bebés; sin olvidar los "pajes" que los barbados usaban, mirándose en sus balanceadores espejos al resurarse día tras día, con su clásico cajoncito donde se guardaban navajas, jabones y cosméticos utilizados para mantener erguidos los bigotes, previamente tratados con las torturantes "bigoteras" de los Don Juanes de otrora...

Con lo dicho he tratado de dar, desgraciadamente en manera por demás precaria, una visión externa e interna de nuestra vivienda, trayendo a colación lo visto en el exterior que puede tener relación con el tema, así como una por demás somera perspectiva bibliográfica, respecto a los tópicos abordados, de forma de habilitar su conocimiento

con un horizonte amplio, con un dominio mayor, lo que completará con una segunda parte.

No se me oculta que para intentar que la visión sea más total en la materialidad del recuerdo del pasado del hogar montevideano, faltan otras pinceladas matrices al cuadro retrospectivo que intento hacer, cosa que ambiciono colocar en sucesivos aportes en que trataré, el vestido, los objetos accesorios, las armas, el trasporte, las costumbres, y los demás detalles propios de evocaciones de esta naturaleza, lo más ilustrada posible.

Pero adelanto que es un esbozo, amplio sin duda, pero fragmentario. Las reminiscencias que ahora ensayo, es la obra de varios años de labor, de manera que este es un primer paso, demasiado ambicioso quizá, pero imprescindible para que la tradición y la vida ciudadana del país en su pasado en la urbe no se pierda, se evoque al unísono de los temas políticos y militares que es una parte importante de la historia, pero que no es toda, premisa que sentara al principio, tarea que la proseguirán otros con más tiempo y más capacitación.

Horacio Arredondo.

DOCUMENTACION GRAFICA

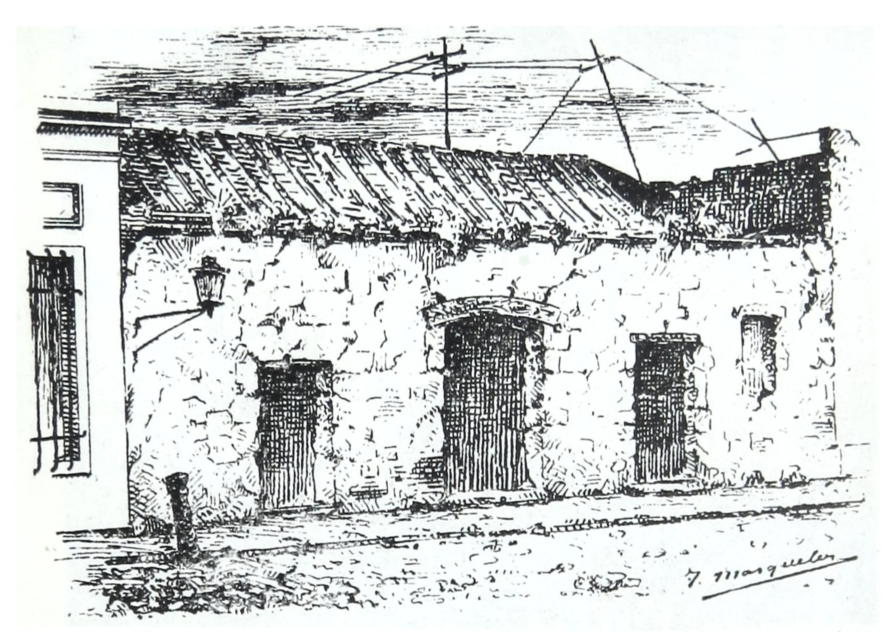
A R Q U I T E C T U R A



Primera representación gráfica de la casa de ladrillos montevideana, aislada, —junto con el matadero y el pisadero de barro— impresa en Londres en 1799 y 1800 en la obra de William Gregory "A visible Display of Divine Providence", etc.

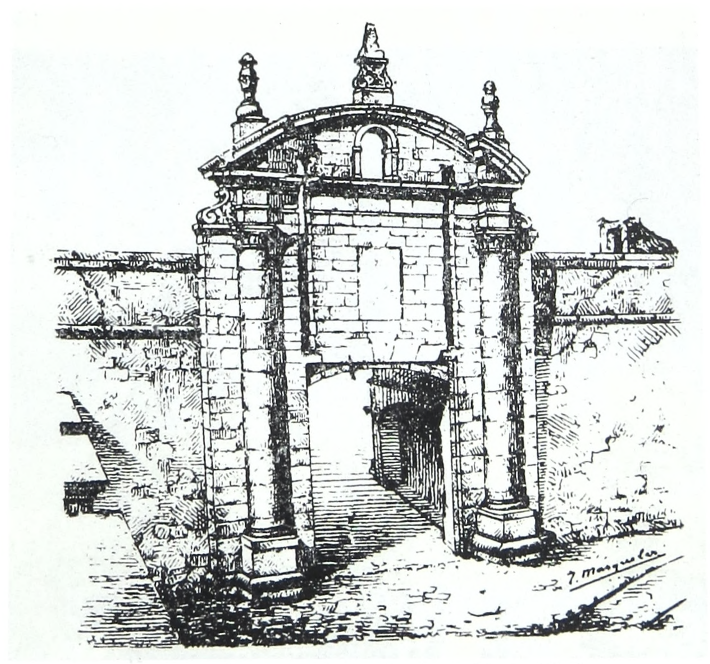


Primera representación gráfica del rancho. Estancia "San Pedro" —hoy Colonia— Acuarela de E. E. Vidal, grabada en Londres en 1820 por R. Ackermann. (En "Picturesque illustrations of Buenos Ayres and Montevideo", etc.)
(Iconoteca H. Arredondo).



Casa primitiva del tiempo de la dominación española, calle Camacuá, dibujo de Masquelez. Litografía de 1892.

Publicada por la Comisión conmemorativa del IV descubrimiento de América en el número "Montevideo-Colón".



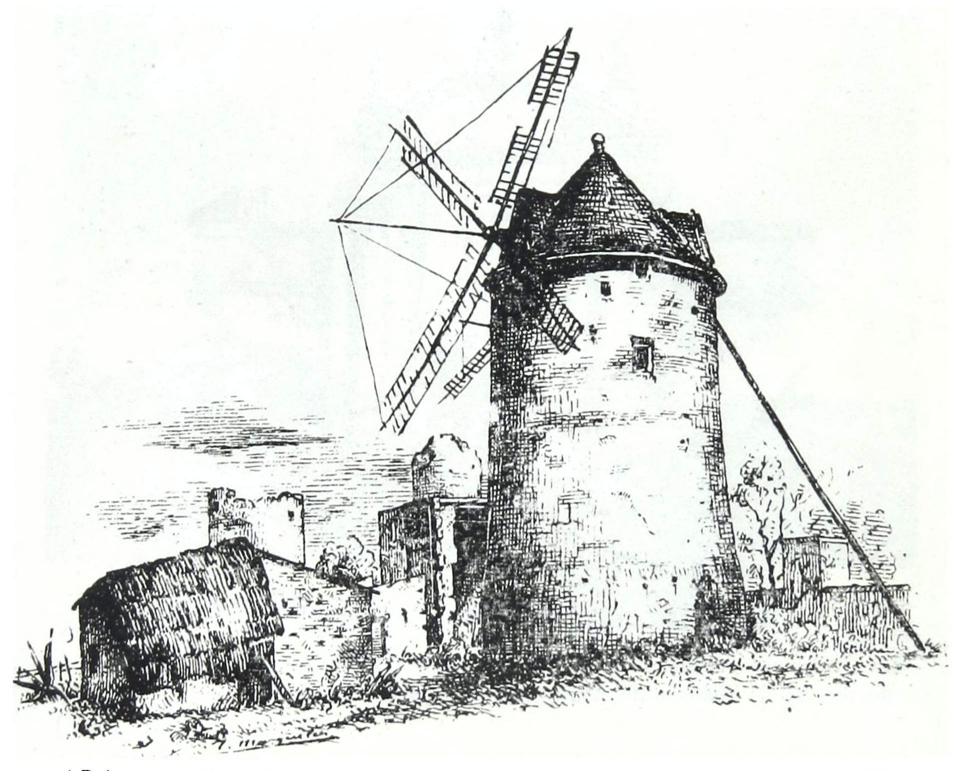
Portada principal de la "Ciudadela"
Dibujo de Masquelez. Litografía de 1892.

(Idem).



"Iglesia de San Francisco". 1764 (demolida), dibujo de Masquelez, publicado en 1892.

(Idem).



"Primer molino de viento que se construyó en el país. Montevideo. 1823. Se ven sus ruinas en el camino de la Unión". Dibujo de Masquelez de 1892.

(Idem).



La capilla de la Caridad a principios del siglo pasado.
Acuarela de Leonie Mathis de Villar. (Col. H. Arredondo)



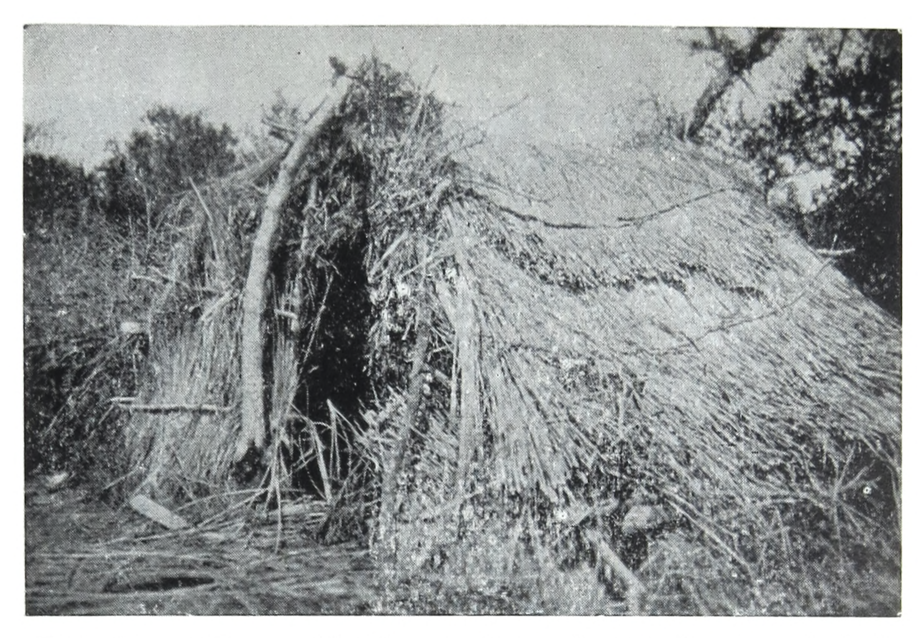
La Catedral al comienzo de la pasada centuria.
Acuarela de Leonie Mathis de Villar. (Col. H. Arredondo)



Ituzaingó entre 25 de Mayo y Cerrito. Oleo de Juan Carlos Montero.
(Museo y A. H. Municipal)



Wáshington entre Colón y Pérez Castellano. Oleo de Juan Carlos Montero.
(Museo y A. H. Municipal)



Habitación mínima, accidental, que inveteradamente levantan, siguiendo depurada tradición, jornaleros y "mensuales": Monteadores, carboneros, alambradores. Se suele nombrar "aripuca" —río grandísimo— en algunos sectores de la frontera del Este.

(Foto Arredondo de 1905)



Tipo de rancho de ramas, embarrado y encalado, de vieja tradición. Posta de Cal en la serranía de José Ignacio, en el antiguo camino nacional San Carlos - Rocha.

(Foto Arredondo de 1905)



Antigua estancia en Vichadero (Rivera). Obsérvese cierta analogía en techo y baranda, con la acuarela de Vidal de 1821 de la similar en San Pedro (Colonia) (Foto Arredondo).



Costumbres rioplatenses. Interior de la habitación gaucha, acuarela de Juan León Palliére. 1862.

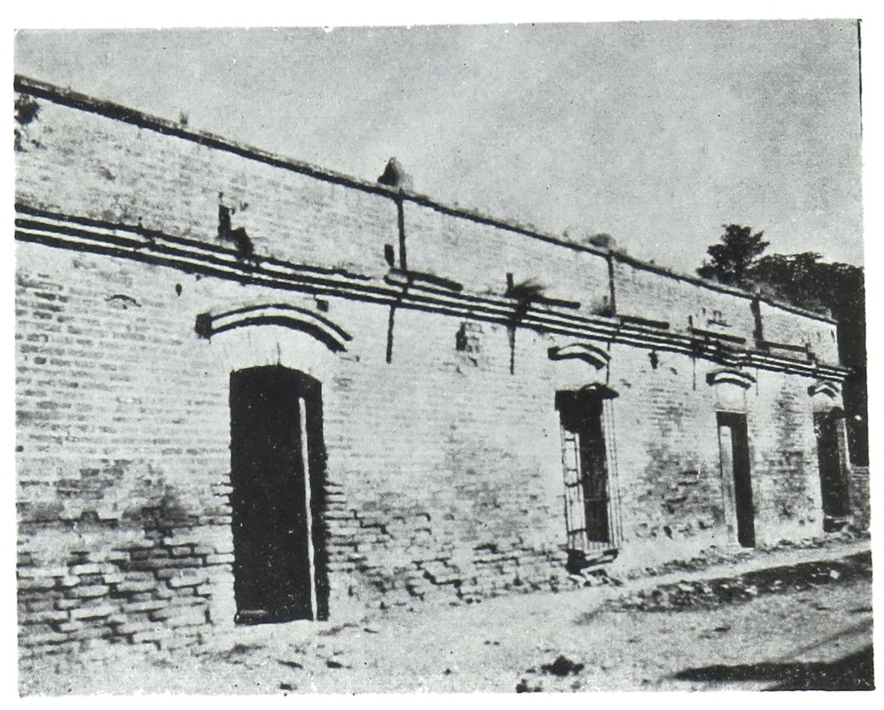
COSTUMBRES RIOPLATENSES





Acuarelas de Juan León Palliére. El gaucho en la intimidad.
Fotos tomadas de los originales que pertenecieron a la Sra. María Luisa Morales de Quartino

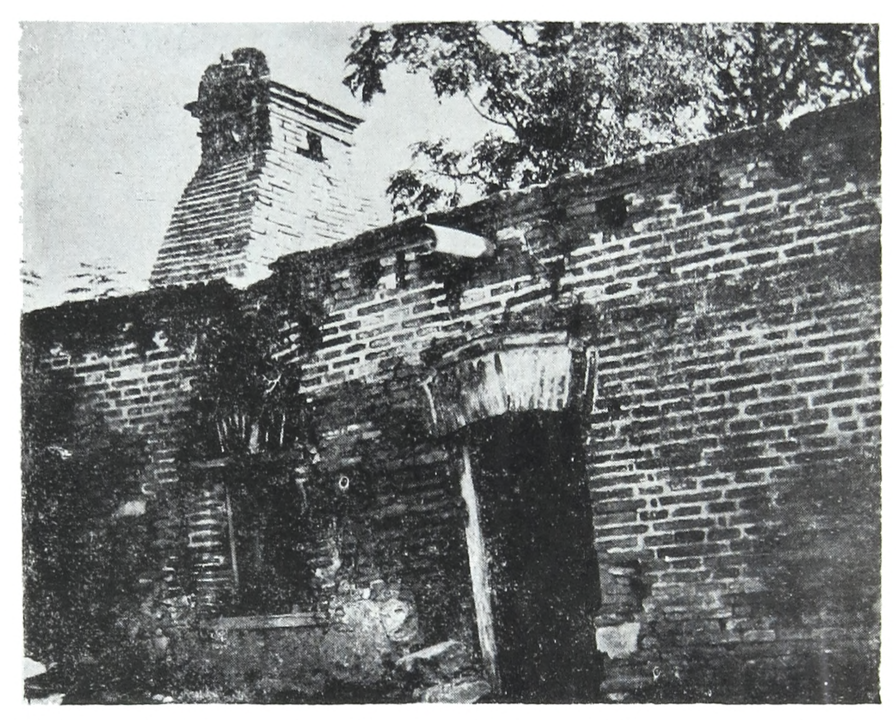
CASA DE LOS MARFETÁN EN SANTO DOMINGO SORIANO



Frente Este. Edificio de mediados del XVIII al que se le ha caído totalmente el revoque.
(Foto Arredondo de 1925)



Perfil del frente Norte que muestra las rejas voladas y las largas gárgolas por la que desaguaba la azotea sostenida por tirantería de palma paraguaya.
(Foto Arredondo de 1925)



Chimenea de la cocina hace años derruída, cuya dúplica, exterior e interior, se realizó al reconstruir la similar —también totalmente destruída— de la casa dieciochesca de Juan de Narbona en las Víboras.
(Foto Arredondo de 1925)



Patio interior también con las paredes al desnudo por la caída de los revoques.
(Foto Arredondo de 1925)

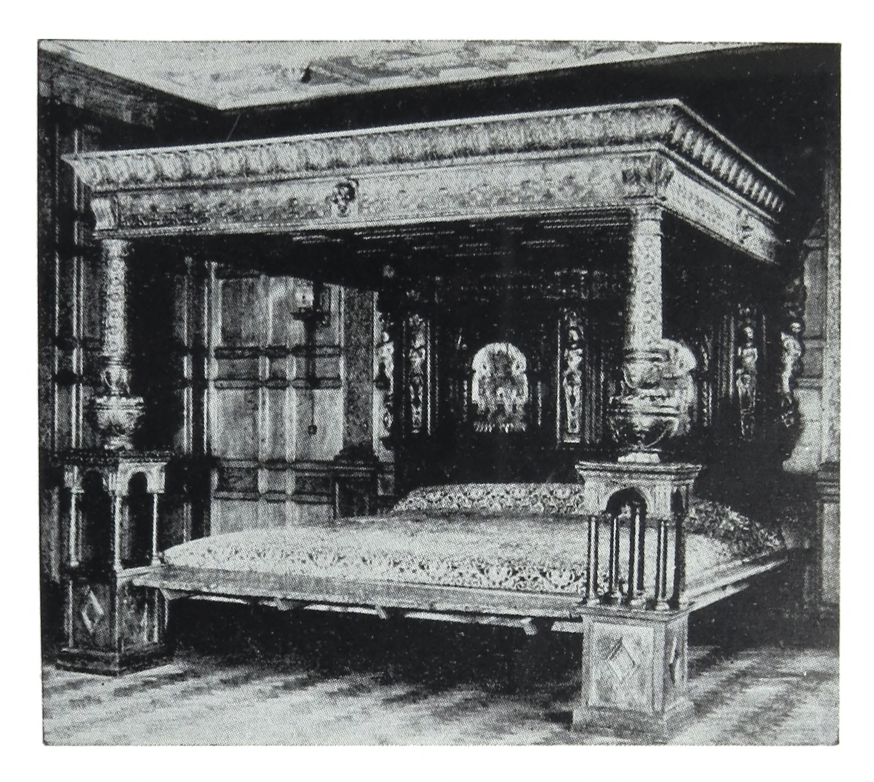
CAPILLA DE LA CALERA DE LAS HUERFANAS (Colonia)



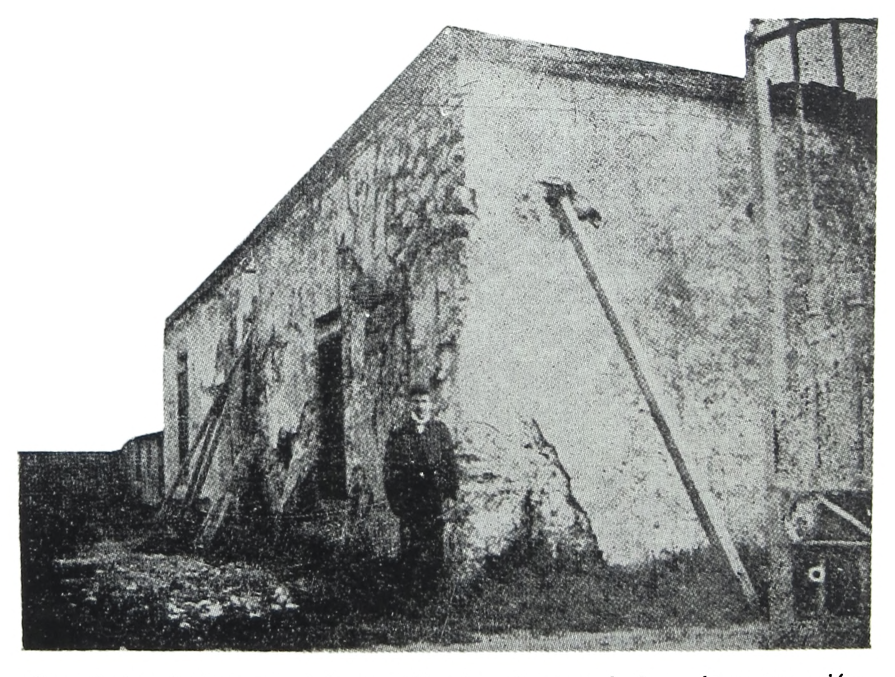
Construcción del siglo XVIII antes de su consolidación.
(Foto Arredondo)



Bocas de los dos hornos de la calera explotados durante la centuria XVIII.
(Foto Arredondo)

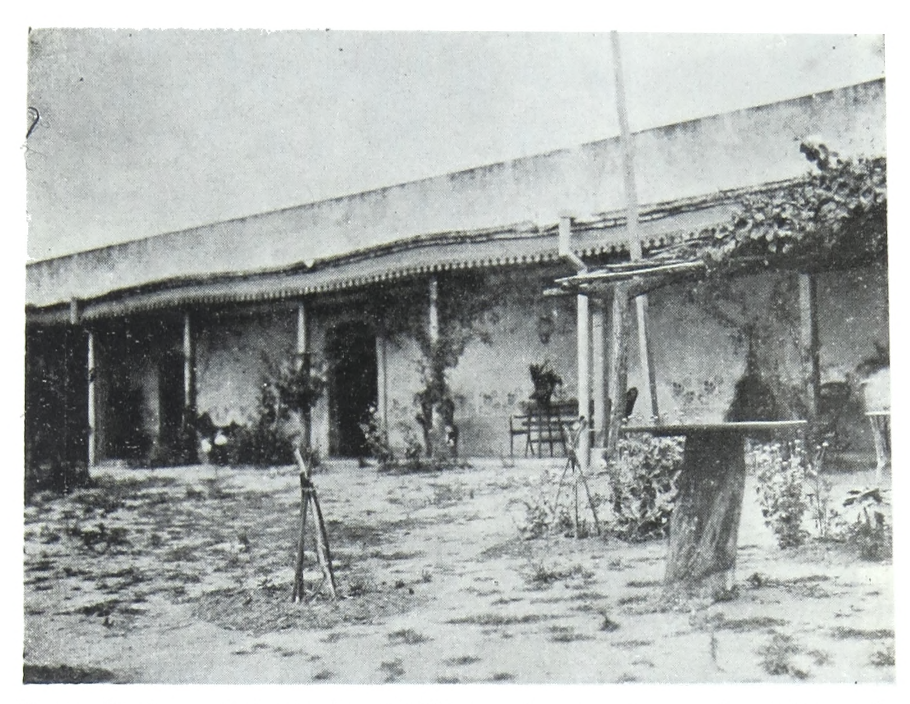


Magnífico ejemplar de cama colectiva, estilo Tudor, tipo usado en Inglaterra de 1500 a 1600 tanto por las más modestas como por las más altas clases sociales. Museo Victoria y Alberto, Londres, citada en el texto, pág. 29



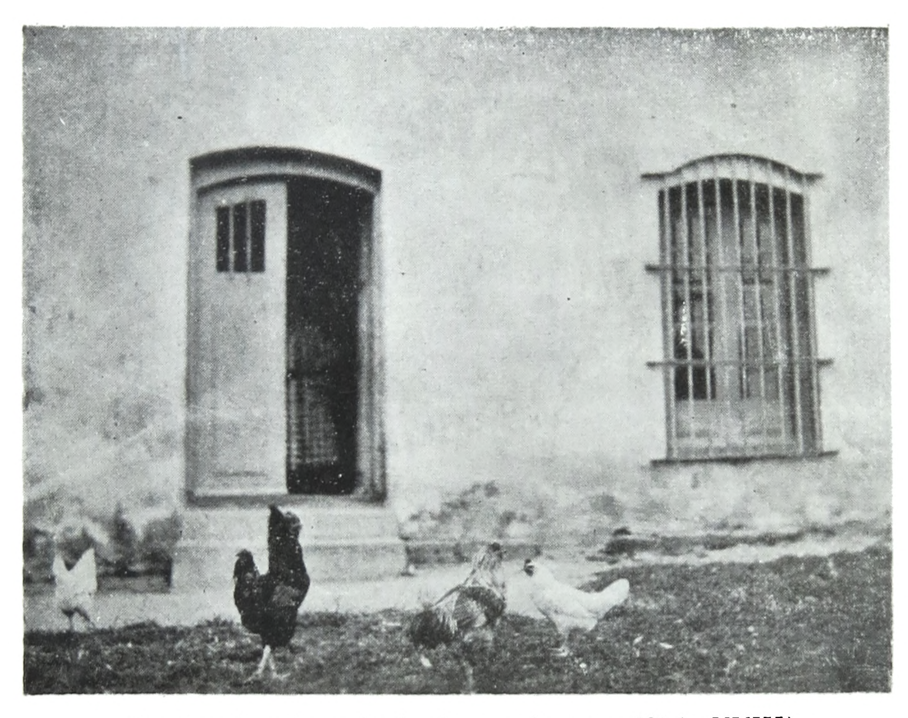
Casa de los Artigas, en el Sauce (Canelones) antes de la mala restauración, donde según una versión, y al parecer infundada, de 1894, el prócer nació. (Foto de La Alborada, 1902)

"NUESTRA SEÑORA DE LOS DESAMPARADOS", estancia jesuítica, barra del Arias en el Santa Lucía. (Florida).



Al extrañamiento de los jesuitas (1767) y en la venta forzosa de sus bienes, la adquirió Tomás García de Zúñiga quien también siguió explotando la calera anexa. En la Cisplatina fue recompensado por sus servicios al Imperio con el título nobiliario de Barón de la Calera.

(Foto Arredondo de 1926)



Carpintería y herrería de algunas aberturas (Siglo XVIII)

(Foto Arredondo de 1926)



Corredor orientado hacia S. E. que muestra la media agua original sostenida por tirantería de palmas paraguayas.
(Foto Dr. C. Basabe Castellanos de 1957).

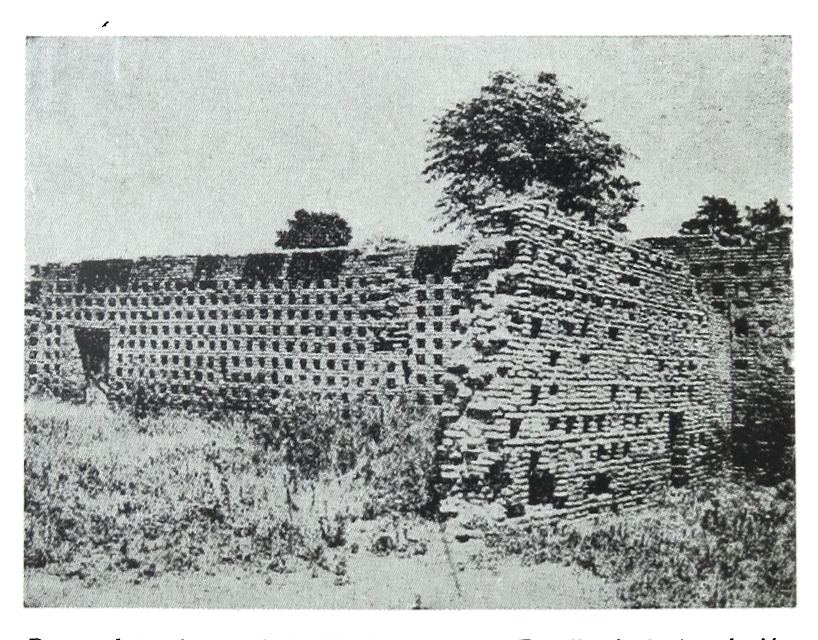


Extremo del mismo corredor visto de frente con la media agua alterada, entre otras cosas por el cambio de la teja por el zinc.
(Foto Dr. C. Basabe Castellanos de 1957).

CHACRA DE SANTA COLOMA EN QUILMES (Buenos Aires)



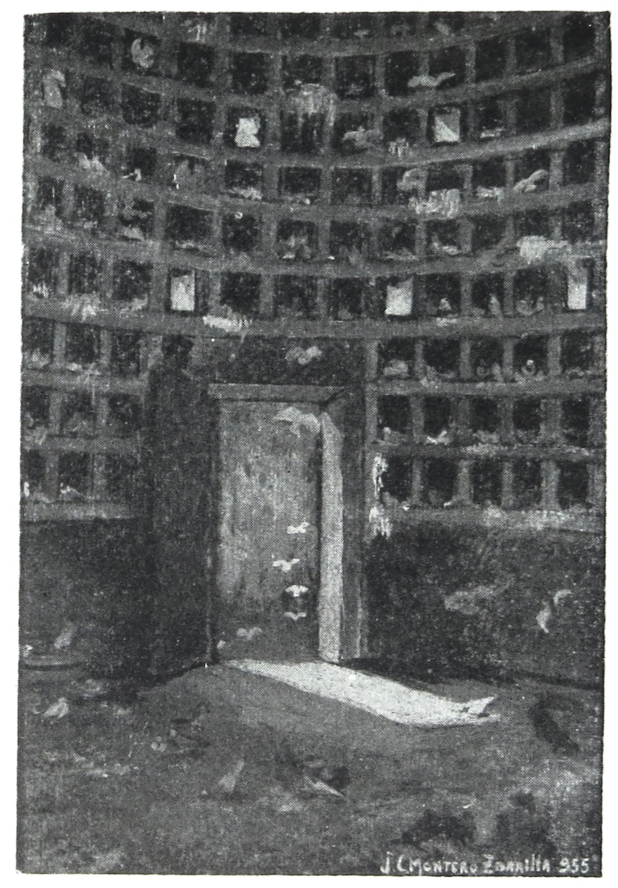
Obsérvese la analogía con el corredor de la de Zúñiga. (En esta chacra pernoctó el general Whitelocke antes de atacar Buenos Aires en 1807).



Restos del palomar de la histórica casona. Detalle de la instalación de la costumbre rioplatense de fines del XIX sobre cría de palomas buscada como ave de mesa, fuera del tipo común, circular.

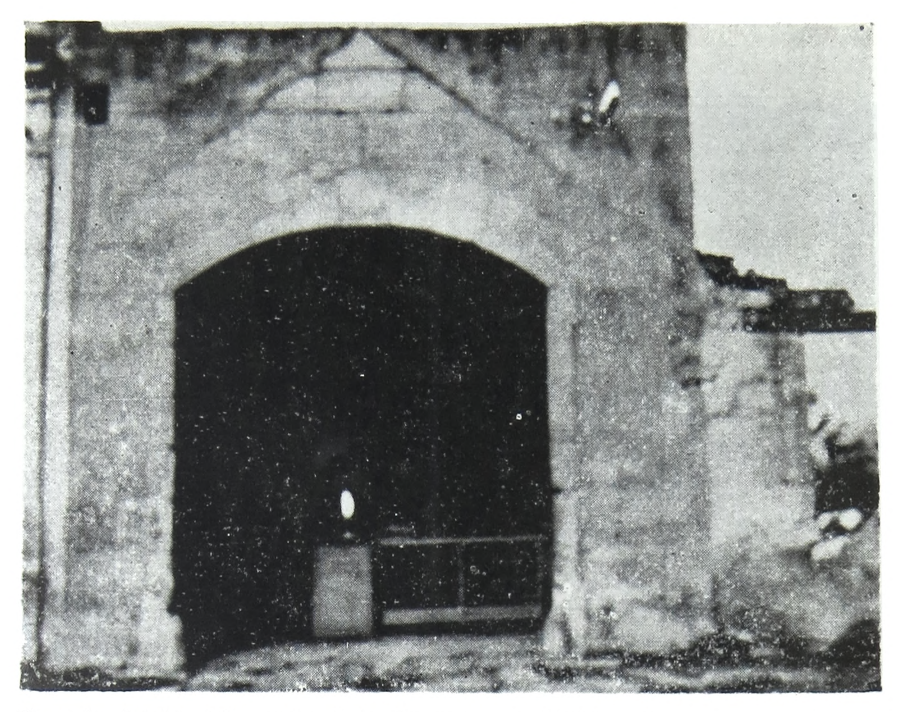
PALOMAR EN LA ANTIGUA CHACRA DE CAVIA EN LAS TRES CRUCES





Al exterior y al interior. Oleos de Juan Carlos Montero Zorrilla.
(Museo y A. H. Municipal).

CONSTRUCCIONES HISPANAS



Portada del histórico cuartel de Dragones de Maldonado, que proyecta restaurar la Comisión Nacional de Monumentos Históricos.
(Foto Arredondo de 1940)

LA FORTALEZA DEL CERRO AL TERMINO DE SU RESTAURACION



Aspecto general con la ubicación de las dos más viejas placas que presenta y los detalles de la "Casa del Vigía" marcadas sus extremos las esquinas y mostrando dinteles y jambas de sus aberturas, todo en sillería; núcleo aquitectónico en cuyo derredor, posteriormente, se levantó el fuerte.
(Foto Arredondo)

EPIGRAFIA ILUSTRATIVA DE LAS VICISITUDES ARQUITECTONICAS DE LA FORTALEZA EN SU SIGLO Y MEDIO DE VIDA



Inscripción en piedra proveniente del comienzo de la construcción por España, en 1801, del edificio del Faro.



Idem de las reformas del fuerte de 1882. Estas dos inscripciones salieron a luz, la primera al picarse el revoque que ocultaba el dintel de la puerta, y, la otra, semi oculta por la galería de madera colocada en el frente S. E. para protección del viento que se eliminó.



Idem. placa de bronce, de la restauración definitiva del fuerte terminada en 1939. Aquel fue proyectado en 1808 y ejecutado en 1809-1811
(Fotos Arredondo)



Casa de la chacra de Berro —padre del ex-presidente don Bernardo,— puntas del arroyo Manga, de principios del XIX mostrando al exterior, la chimenea de la cocina y el reloj de sol colocados en un ángulo esquinero, hoy en el Museo Municipal, donación de Alejandro Gallinal.
(Foto Arredondo de 1925)



Casa colonial de la estancia de Esteban Artigas, alterada, hoy del todo, pero subsistente en el camino a Maldonado, 300 mts. adelante, mano derecha del puente sobre el Manga, originariamente (arroyo) de los Artigas. (Puede observarse el palomar —la línea puntuada— en la cornisa superior).
(Foto Arredondo de 1904)

CONSTRUCCIONES DE LA EPOCA HISPANA



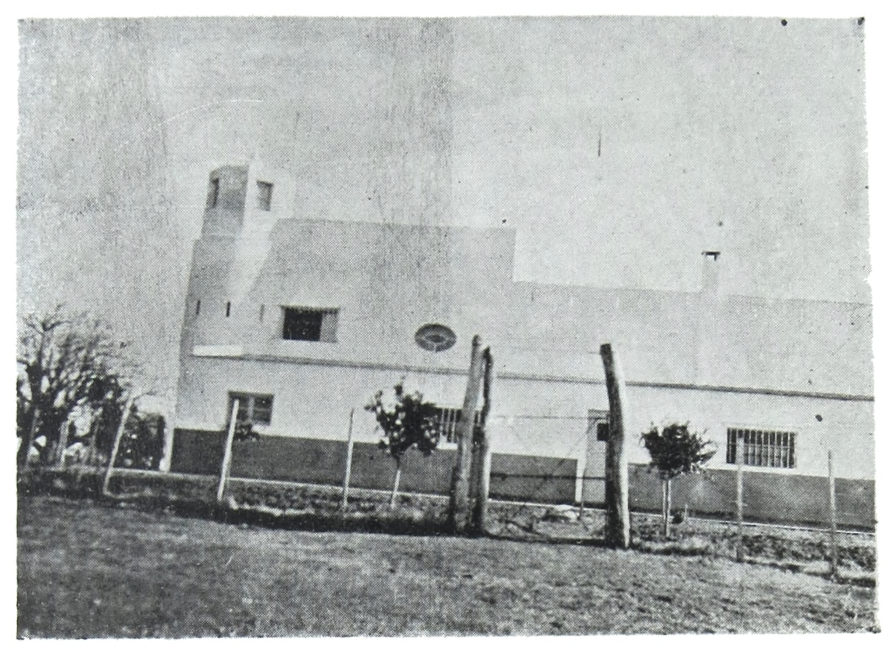
Vista parcial del primer patio de la antigua casona de Ximenez — el "piccolo palazzo" según expresara el secretario de la misión papal Muzzi, situado frente a las Bóvedas montevideanas, hoy sección del Museo Histórico Nacional.



Capilla de la estancia de Juan Narbona fallecido en 1750. Quizá la más antigua e importante construcción rural, sobre la margen derecha del arroyo de las Víboras, inmediata a su barra con el Uruguay.

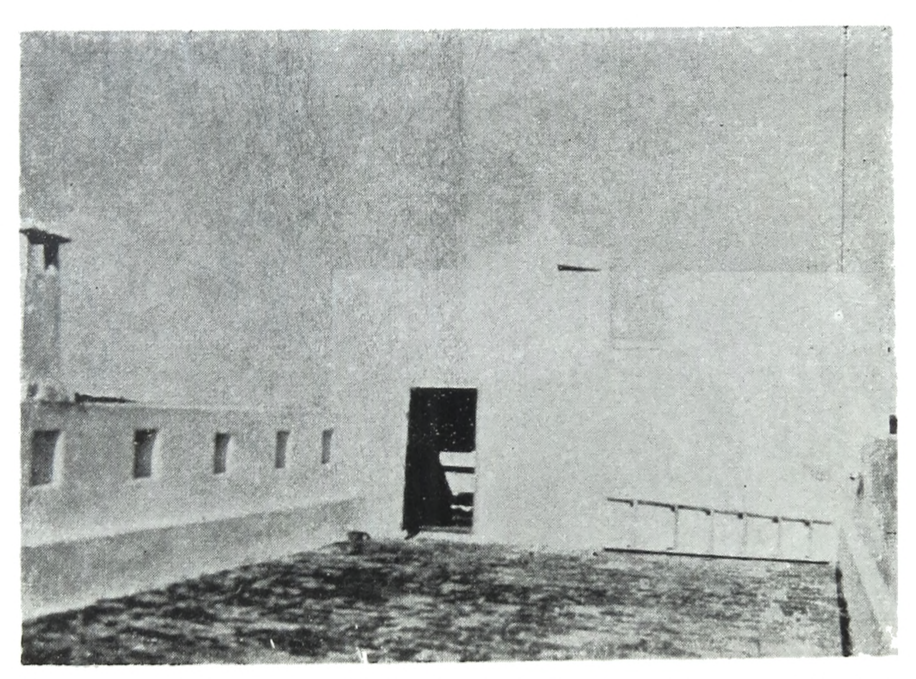
(Fotos Arredondo)

Casa fortificada que fue de la estancia del general de la Llana, en el camino Aiguá - San Carlos. (Maldonado)



Muestra de la actual adaptación a casa de campo del Sr. Campomar, pudiéndose observarse las aspilleras de la azotea, a la derecha, iguales a las del "tambor" bien visibles a la izquierda.

(Foto Arredondo)



El parapeto de la azotea aspillado visto desde la misma. Es construcción que debe provenir de 1840 a 1850 o de fecha muy inmediata.

(Foto Arredondo)

Casa - Comercio fortificada en Cerro Largo



Paso de la Tía Lucía del arroyo Frayle Muerto. (Tiene más aspilleras accidentalmente tapiadas por el reclame del jabón Bao).
(Foto Arredondo)



Edificio que ocupó oficinas del Gobierno de Oribe, en el Bucco, Guerra Grande.
(Foto Arredondo)

Construcción rural mitad colonial, mitad fines XIX.



Se conservaban en 1904, año de la foto base de este dibujo, la carpintería primitiva de las aberturas, de tableros a cuarterones, no así el techo sustituída la vieja teja por la del tipo francés. (Camino de las Tropas Toledo-Pando)

(Iconoteca H. Arredondo)

Los pueblos de la antigua jurisdicción montevideana y su edificación. Muestra de los de Maldonado.



Calle de 18 de Julio en 1890, en San Carlos, mostrando la edificación predominante en la época.
(Foto de la Escuela de Artes y Oficios: atención del Gral. Aníbal Pérez)



Casa típica de San Fernando de Maldonado, posiblemente levantada de 1835 a 1855.

(Foto Arredondo)

Paso de la Cadena del arroyo Toledo. (Límite de Montevideo y Canelones, en el actual camino del Andaluz).

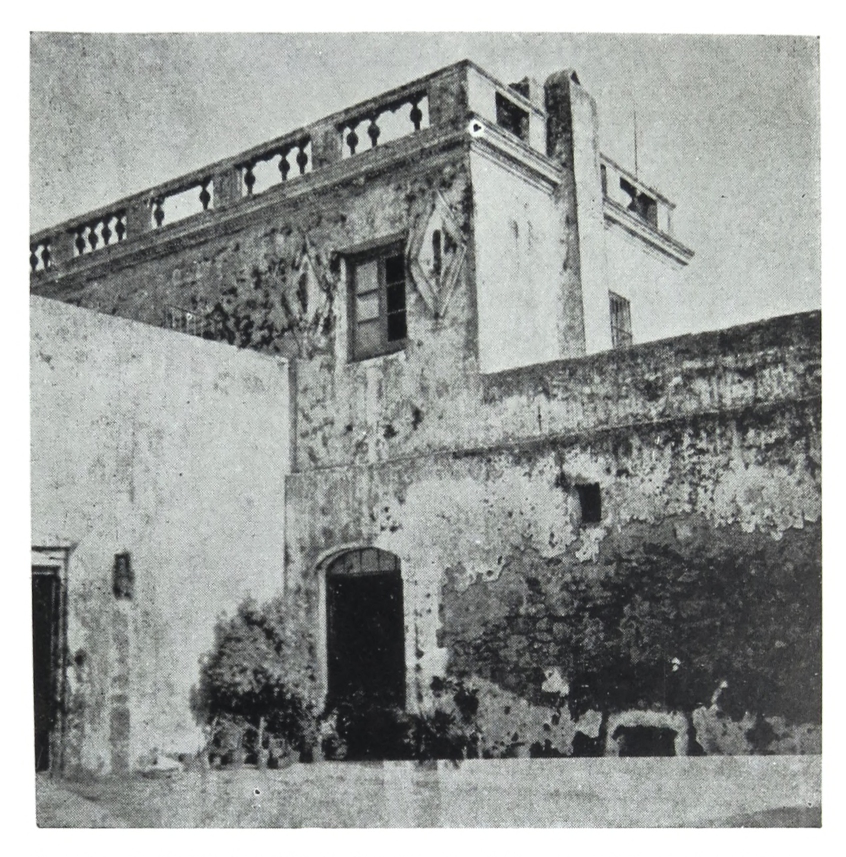


En este edificio pulpería del Andaluz se cobraba el peaje que oblaban quienes utilizaban la vieja calzada —hoy hay puente— de piedra construída sobre el del Toledo.

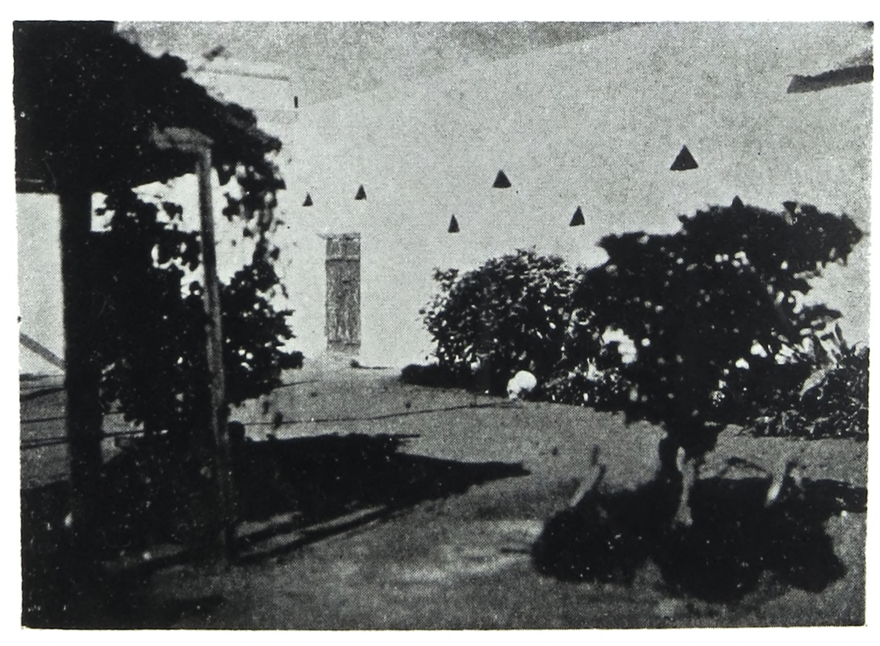
(Foto Arredondo de 1906)

Edificio de piedra pudiéndose ver la abertura por donde pasaba la cadena y la base del mostrador enrejado pues era, a la vez, "pulpería" conocida por del Andaluz probable nacionalidad del usufructuario. Muestra detalles inspirados en casa que fuera de la reina demente española Juana la Loca. (Sucesión Dr. Juan José Amézaga).

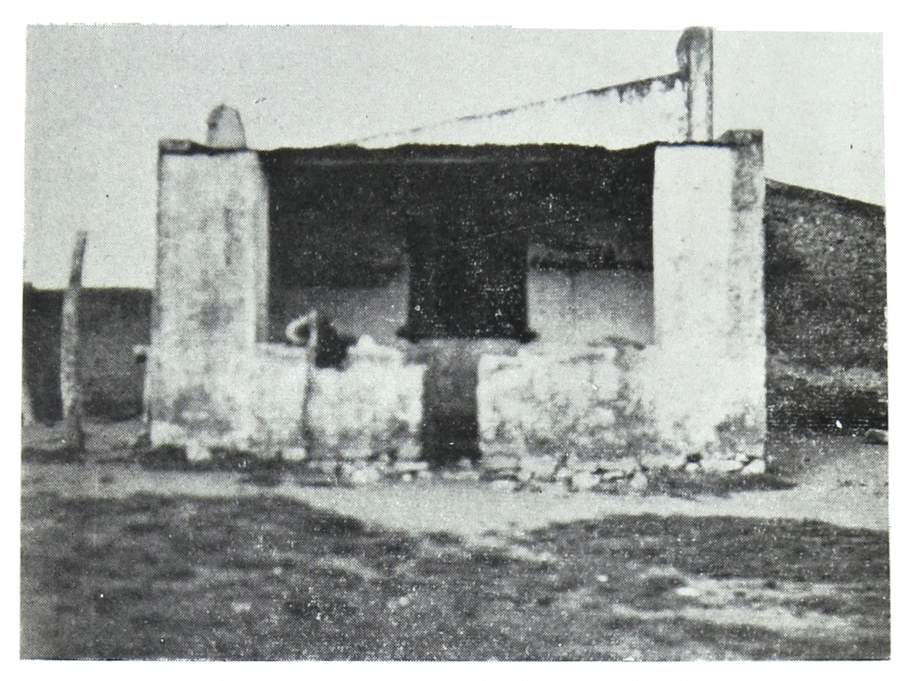
(Foto Arredondo).



Interior de la "pulpería" de Falcón, de 1856, posta del camino Montevideo-Melo, en Illescas (Florida). Obsérvese las aplicaciones de tierra cocida —costumbre toscana, región de donde provenía Falcón— que flanquean la ventana de la planta alta.
(Foto Arredondo)



Sistema de ventilación de galpones rurales — abertura triangular formada por tres ladrillos, común en los servicios higiénicos aislados. Existe en la "charqueada" de Avila, de aquella le viene el nombre al lugar — sobre el río Cebollatí. (Treinta y Tres) hoy en la sucesión del Dr. A. Valiño y Sueiro.
(Foto Arredondo)

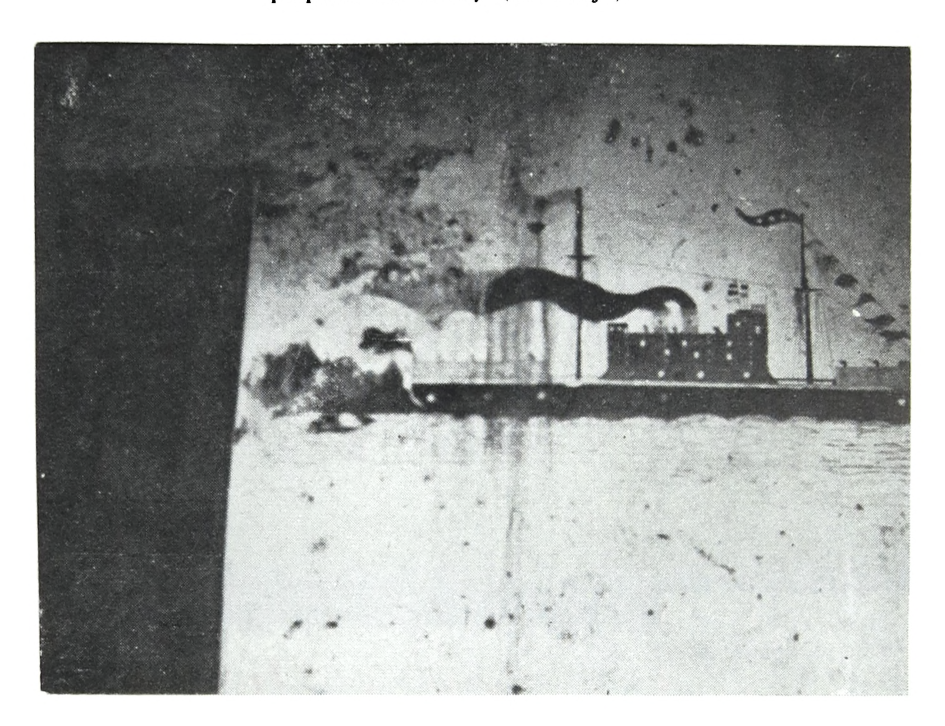


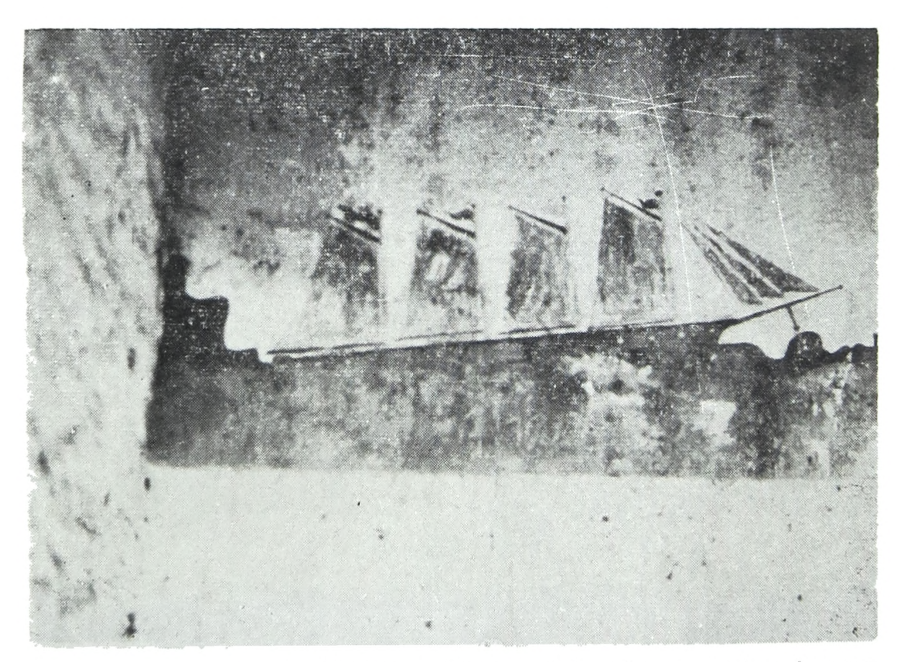
Pulpería en Puntas de Godoy (Lavalleja).
(Foto H. Arredondo de 1935)



Pórtico de la pulpería de Falcón en Illescas sobre el antiguo camino nacional Montevideo-Melo. La placa de mármol luce la fecha de 1856.
(Foto H. Arredondo de 1936)

Ingenuas pinturas —azul sobre blanco— a ambos lados del pórtico de la pulpería de Godoy (Lavalleja)

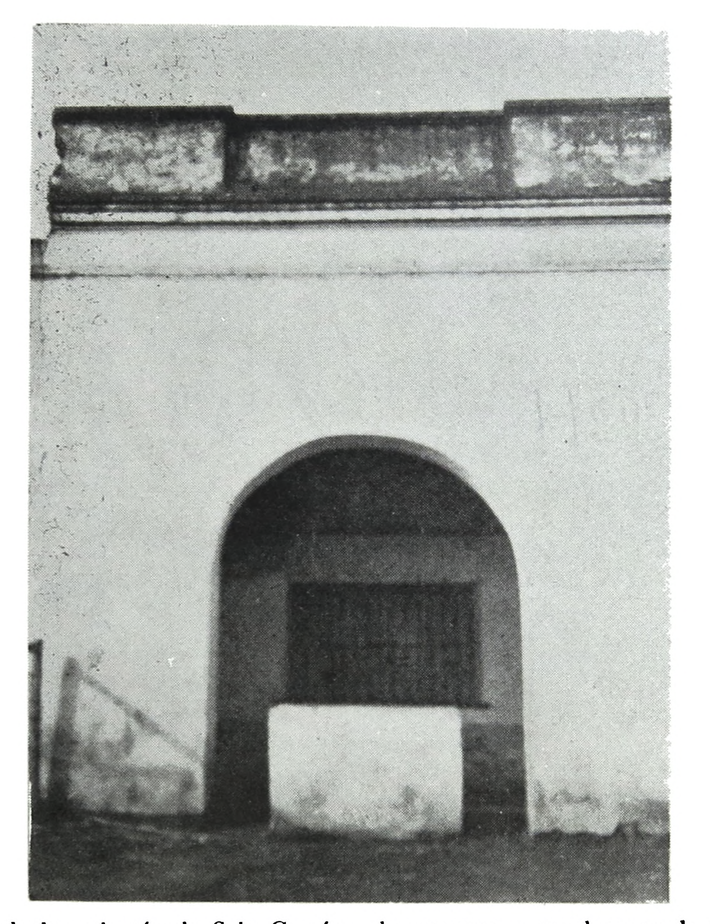




Barco a vapor y a vela. Rústico balbuceo artístico de un marino desertor

(Foto Arredondo de 1935)

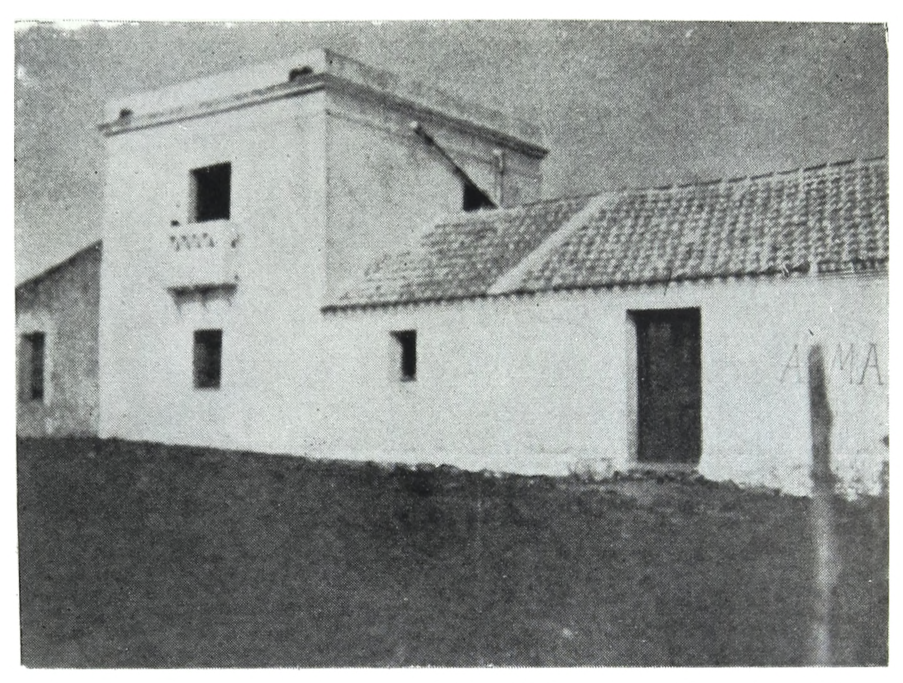
PULPERIAS ANTIGUAS CON REJA



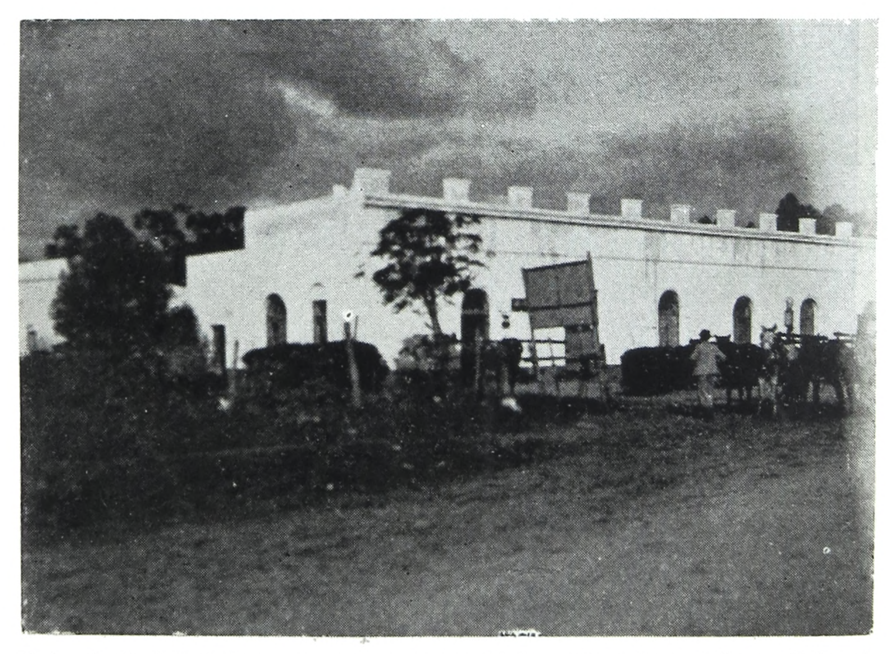
Porche de la pulpería de Sela García —hoy tapera— en el cruce de Cerro Colorado a Manguera Azul (Florida y Lavalleja) y bifurcación a Illescas, Nico Pérez, etc.
(Foto H. Arredondo de 1937)

Pulpería en Illescas (en el camino nacional Montevideo - Nico Pérez - Melo).
(Foto H. Arredondo de 1936)

ANTIGUAS PULPERIAS SIN REJAS



Pulpería en Illescas en el camino nacional Montevideo - Nico Pérez - Melo.
(Foto H. Arredondo de 1936)



Pulpería de Reboledo en el camino nacional Montevideo-Casupá-Cerro Colorado.
(Foto H. Arredondo de 1935)

OLEOS DE JOSE CUNEO

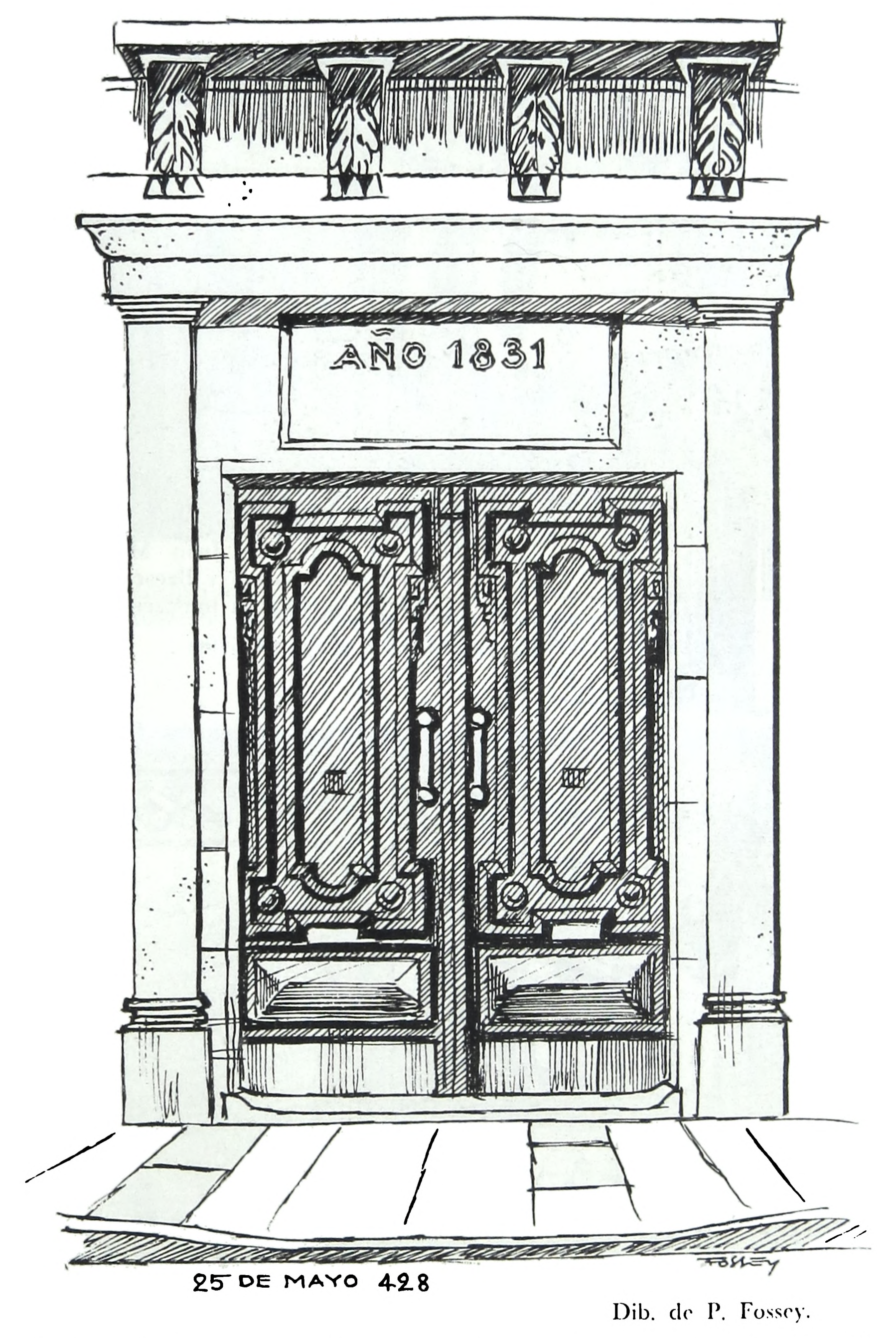


Edificios de una chacra de Maldonado de mediados del siglo pasado
(Col. H. Arredondo)



Edificios de una chacra de Maldonado de mediados del siglo pasado
(Col. H. Arredondo)

Datas de construcción.

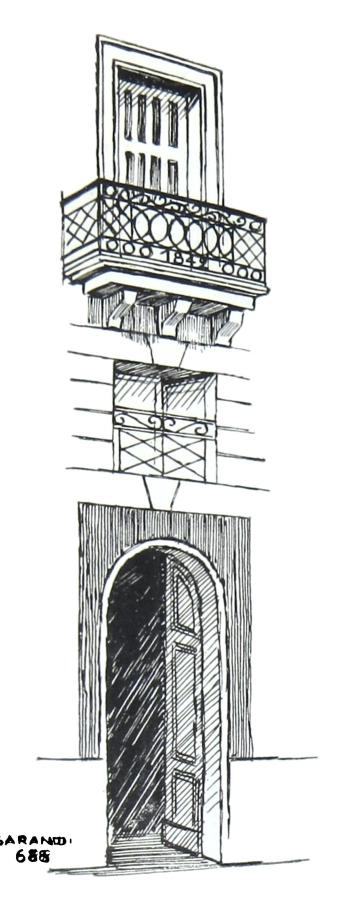


Dib. de P. Fossey.

Casa de Montero, 25 de Mayo entre Misiones y Zabala, hoy Sección del Museo Histórico Nacional. (El recuadro de la portada, incluso chambranas, en mármol blanco).

(Museo y A. H. Municipal).

EDIFICIOS MONTEVIDEANOS CON FECHAS INDICADORAS DE CONSTRUCCION.



Dibujos de Pierre Fossey

Casa de renta de Juan María Pérez, Sarandí entre Juncal y Bacacay, lleva en el balcón superior la indicación de 1842.



Lleva en lo alto de la fachada sobre Ciudadela leyenda que figura en el dibujo de P. Fossey: 1836-1868.

(Museo y A. H. Municipal).



Frente principal de "La Concordia", adquirida en 1863 por los señores Pranges. Abarcaba 24.000 hectáreas sobre la margen izquierda del río Uruguay entre los pueblos de Dolores y Nueva Palmira.

(Foto Arredondo)



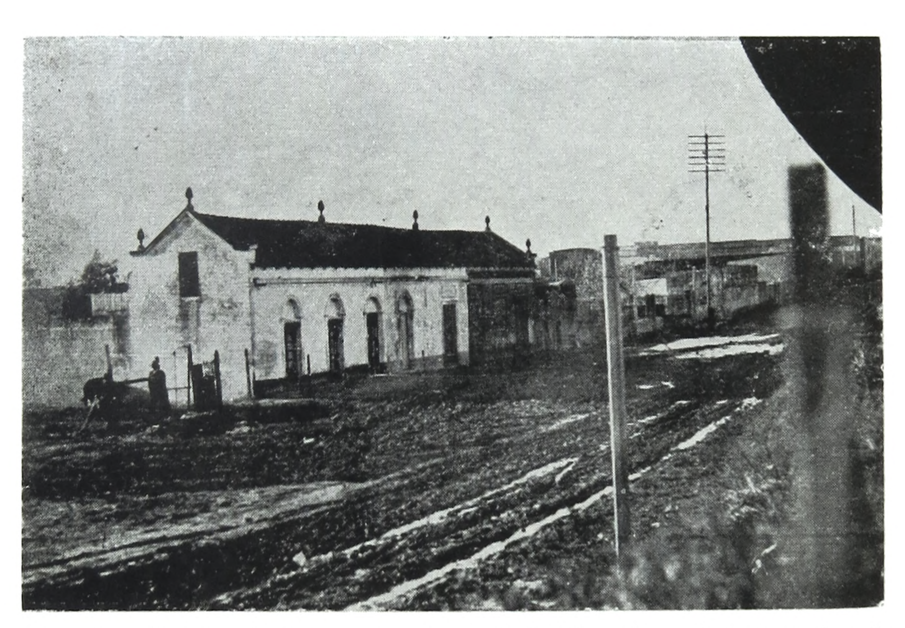
Frente posterior. Unas diez mil hectáreas fueron destinadas a la agricultura parceladas por el Instituto de Colonización en 1929. Una fracción de 93 lo fue a Escuela Agraria por la Universidad del Trabajo en 1949 donde está el presente edificio.

(Foto Arredondo)



Tipo de casa quinta con verja y puerta cochera a los costados, frente a la calle, bastante común por 1900 en la periferia de la entonces ciudad nueva. De José Horacio Arredondo, levantada en 1897 en Garibaldi entre 8 de Octubre y Monte Caseros (demolida).

(Foto Arredondo)



Casa de principios de la segunda mitad del XIX, techo a dos aguas de teja francesa adornada con piñas de tierra cocida, probablemente de origen italiano (Toscano). Monte Caseros entre Garibaldi y Cibils, vista tomada desde el terraplén de la vía férrea que entonces unía la estación Central con la del Manga, vía Cordón, Unión.

(Foto Arredondo de 1904)

ANTIGUAS CASONAS MONTEVIDEANAS



Cerrito y Maciel. Acuarela de P. Fossey.
(Museo y A. H. Municipal).

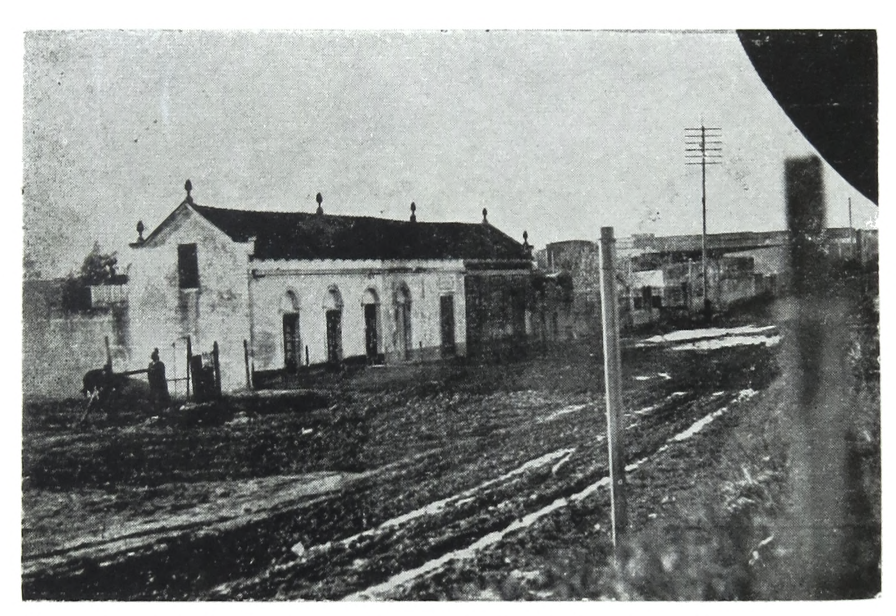


Guaraní y Wáshington. Acuarela de P. Fossey
(Museo y A. H. Municipal).



Tipo de casa quinta con verja y puerta cochera a los costados, frente a la calle, bastante común por 1900 en la periferia de la entonces ciudad nueva. De José Horacio Arredondo, levantada en 1897 en Garibaldi entre 8 de Octubre y Monte Caseros (demolida).

(Foto Arredondo)



Casa de principios de la segunda mitad del XIX, techo a dos aguas de teja francesa adornada con piñas de tierra cocida, probablemente de origen italiano (Toscano). Monte Caseros entre Garibaldi y Cibils, vista tomada desde el terraplén de la vía férrea que entonces unía la estación Central con la del Manga, vía Cordón, Unión.

(Foto Arredondo de 1904)



Cerrito y Maciel. Acuarela de P. Fossey.
(Museo y A. H. Municipal).



Guaraní y Wáshington. Acuarela de P. Fossey
(Museo y A. H. Municipal).



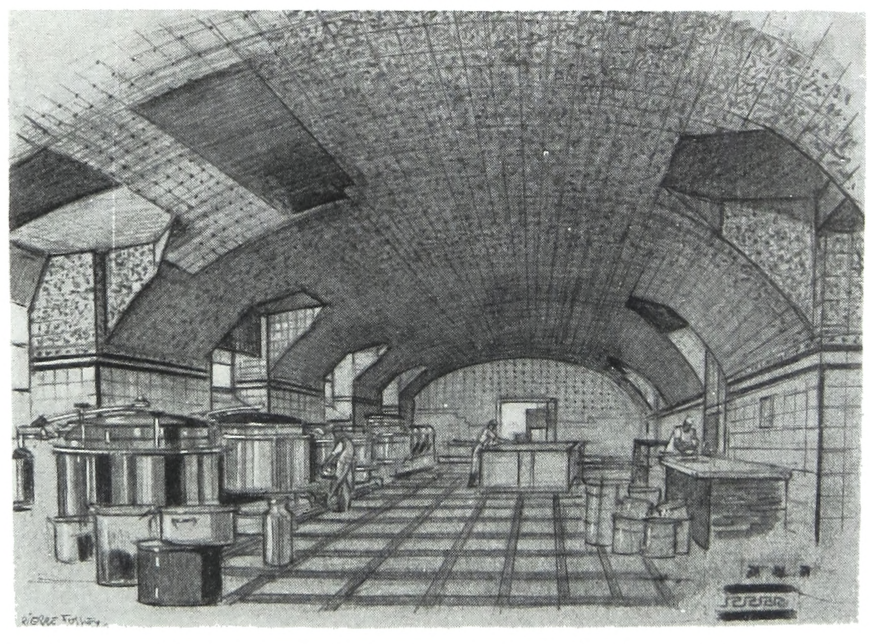
25 de Agosto e Ituzaingó. Acuarela de Pierre Fossey
(Museo y A. H. Municipal).



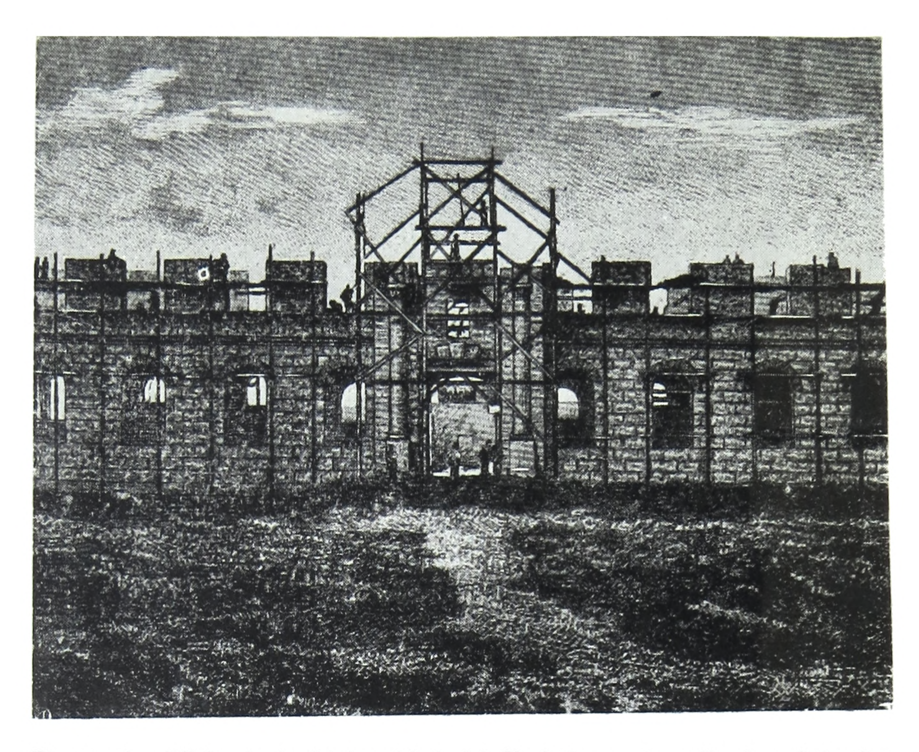
Fachada de Museo Romántico de Madrid, Palacio del siglo XVIII
Obsérvese la analogía de la balconada y rejas con las de nuestro Cabildo.



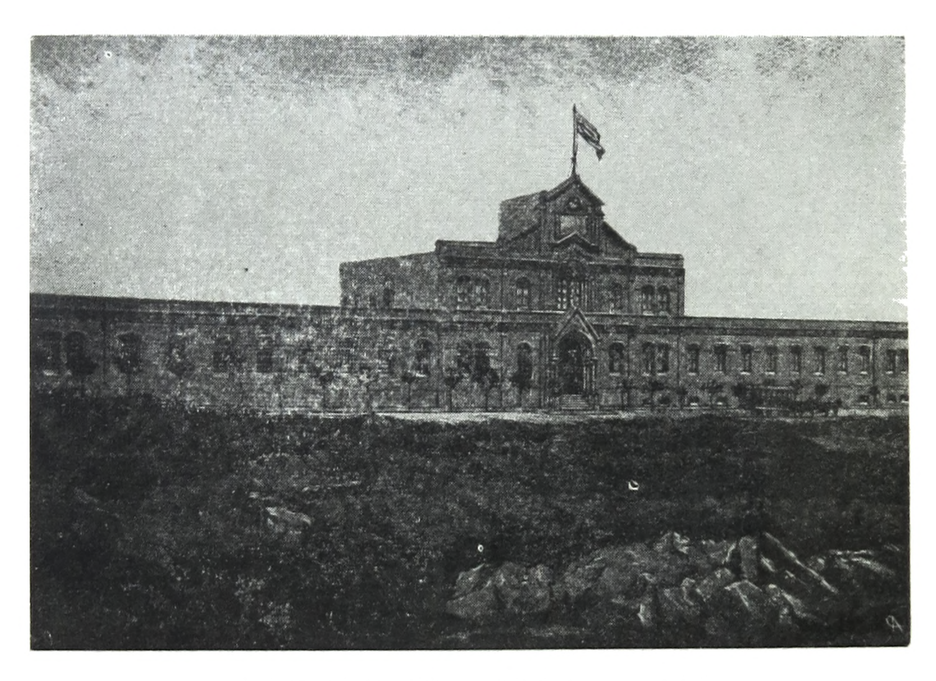
Angulo del edificio del Hospital de Caridad, según un grabado de 1883 de la Escuela de Artes y Oficios.
(La Ilustración Uruguaya).



Cocinas del Hospital de Caridad. Acuarela de P. Fossey. (Un fuerte parentezco emerge de este recinto con lo típico similar de un Convento Castellano)
(Museo y A. H. Municipal).



El actual edificio de la Universidad del Trabajo en la calle San Salvador cuando se comenzó a construir, 1884, para la Escuela de Artes y Oficios.
(La Ilustración Uruguaya, grabado de época de este establecimiento).



El Asilo de Expósitos y Huérfanos en 1883.
(La Ilustración Uruguaya, grabado de la Escuela de Artes y Oficios).



Edificio construído durante la Administración del Gral. Santos por el Sr. Jaime Mayol en la manzana de San Salvador —Estanzuela— Minas y Magallane, hoy Universidad del Trabajo.
(La Ilustración Uruguaya)



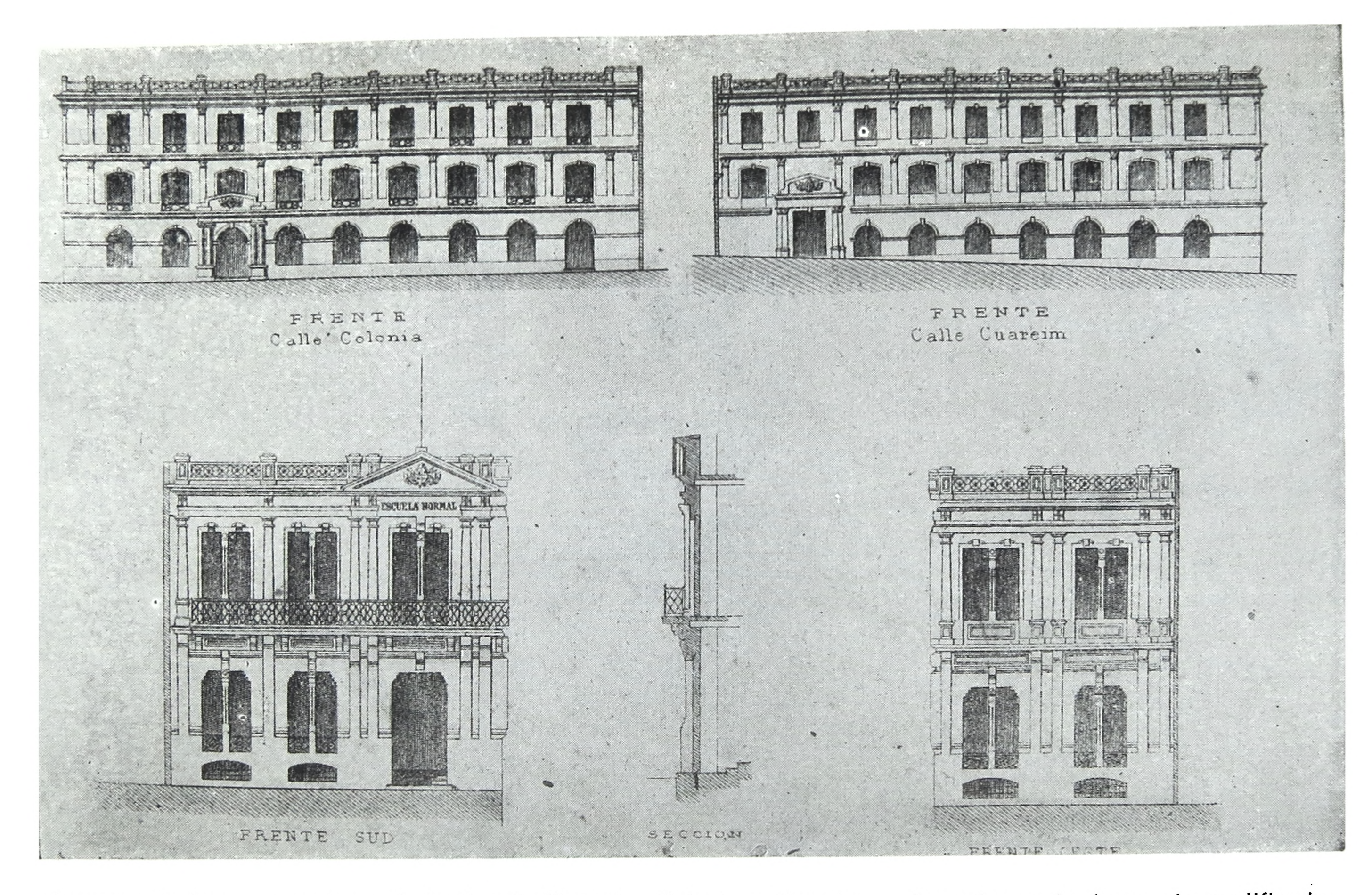
El teatro Solís inaugurado en 1856 antes de su última reforma en que fueron eliminados los cimborrios de las alas laterales que no figuraban en el plano primitivo del arq. Garmendia de 1841.
(La Ilustración Uruguaya)



Esquina de Pérez Castellano y Yacaré. Acuarela de Guillermo Bazzoni
(Museo y A. H. Municipal)



Depósitos de la Aduana montevideana, Administración Santos. Acuarela de Guillermo Bazzoni.
(Museo y A. H. Municipal)



Proyectos de frentes y secciones de la Escuela Normal —Colonia y Cuareim— ejecutados en la época, sin modificaciones en el día. La sección que da a la rinconada de la Plaza Libertad la ocupa el Museo y la Biblioteca Pedagógica. (Grabado de la E. de A. y Oficios, publicado en su revista con motivo de la colocación de la piedra fundamental el 19 de Abril de 1884).

(La Ilustración Uruguaya).

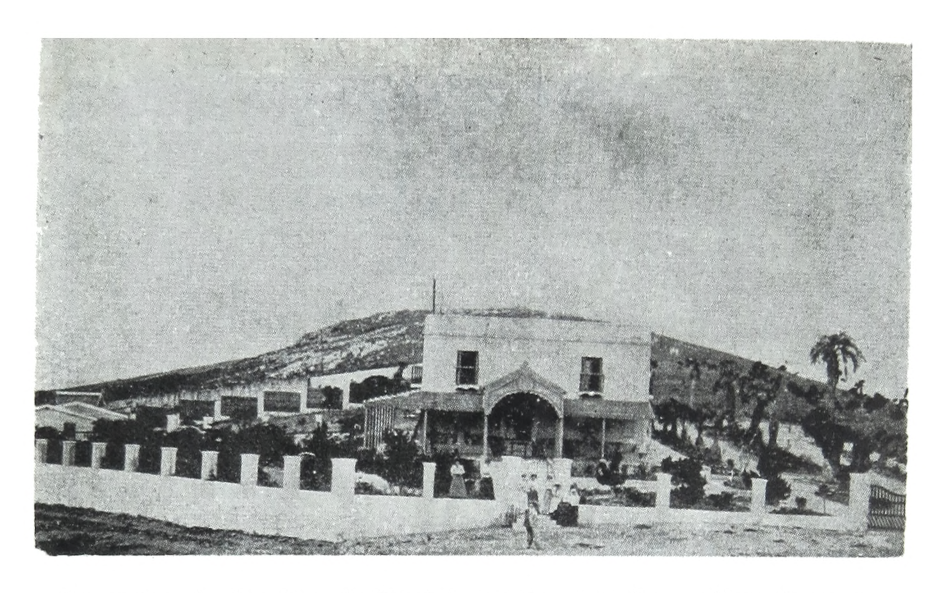


La Bolsa de Comercio en 1884, en Piedras y Zabala, demolida. El reloj de la sección Carrasco. (Obsérvese el tipo de celosías de la casa colindante).

(Grabado de la Escuela de A. y Oficios)



La sede del Superior Tribunal de Justicia en 1883, edificio aún existente en la acera norte de la Plaza Independencia.
(Grabado de la Escuela de A. y Oficios. La Ilustración Uruguaya).



La casona de don Antonio Lussich cuando empezó a realizar el parque forestal de Punta Ballena.
(Foto de La Alborada de 1902)



Torre de la antigua chacra de Sánchez Viamonte, antes del Dr. Manuel Herrera y Obes, que, al sanear su título la bautizó "La Redención", como se ve en el grabado, denominación que pasó al camino frontero, abolida hace poco.
(Foto Arredondo).

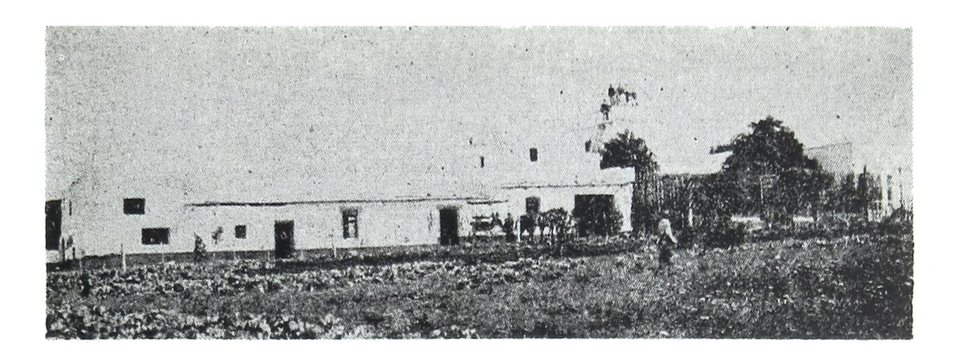
Los festejos del 25 de Agosto de 1902



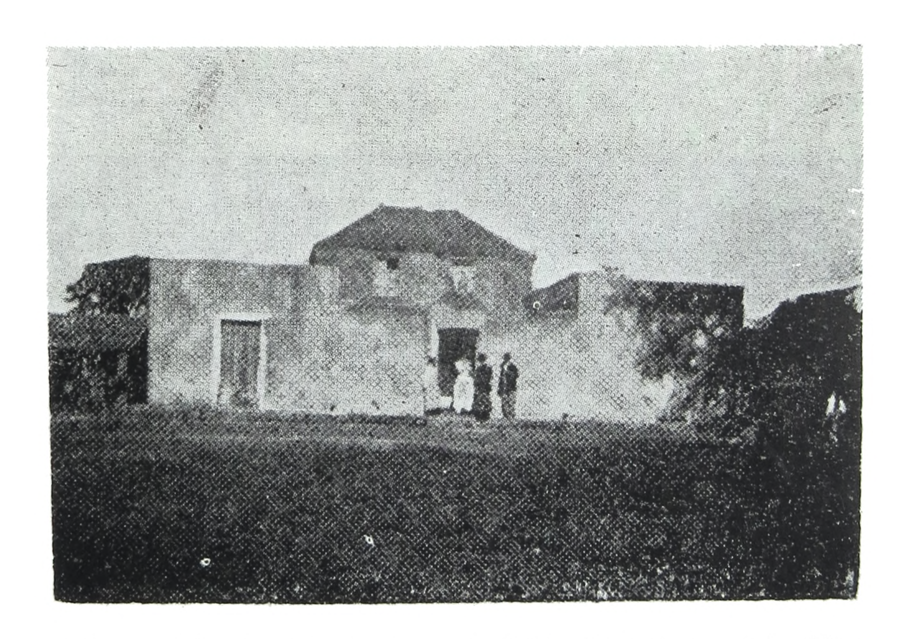
El edificio del Cabildo iluminado a gas.
(Foto de La Alborada)



La función de gala en el teatro Solís
(Foto de La Alborada)

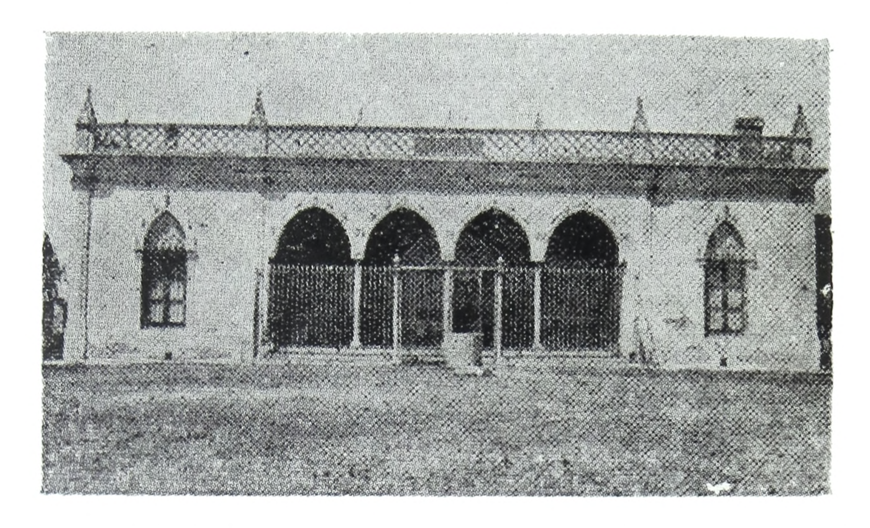


Quinta del general Juan Antonio Lavalleja, en la falda oeste del Cerrito. (Parcelado el predio aún subsiste la casa muy modificada).
(La Alborada 1902)



La "azotea del padre Alonso", posta colonial de diligencia en camino Montevideo-Melo, a fines del XVIII. Sobre el dintel principal luce la fecha, en piedra, de 1820 (Arroyo Fraile Muerto, Cerro Largo).
(Foto de La Alborada de 1904)

CASAS DE ESTANCIAS DE PRINCIPIOS DEL XX



Estancia del coronel José María Pampillón (arroyo de la Virgen, Florida)
(La Alborada Marzo 16 de 1902)



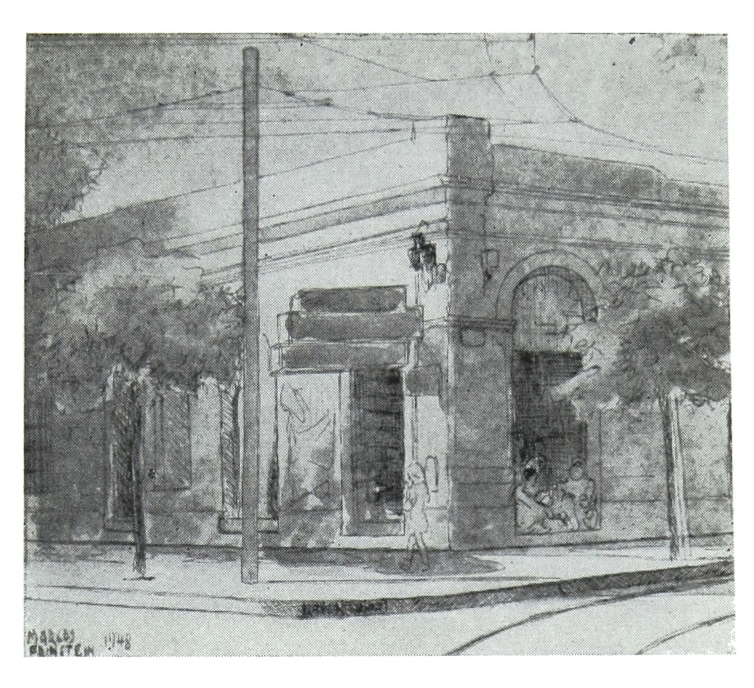
Estancia de Guillermo Peile, en Guaycurú (San José) mostrando el tipo clásico de disposición de edificios de fines del XIX.
(La Alborada 1902).

CASAS DE DEPARTAMENTOS

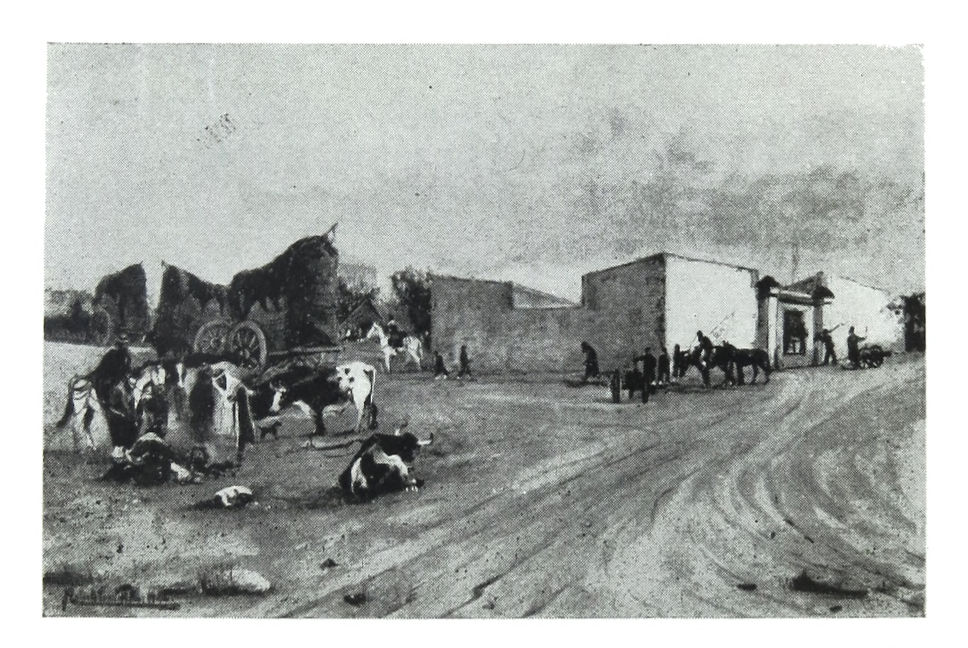
Edificio de renta construído en 1868 por el arq. Rabú en la calle Cerrito frente al Banco de la República, estando proyectada su demolición para dar perspectiva al palacio del banco.



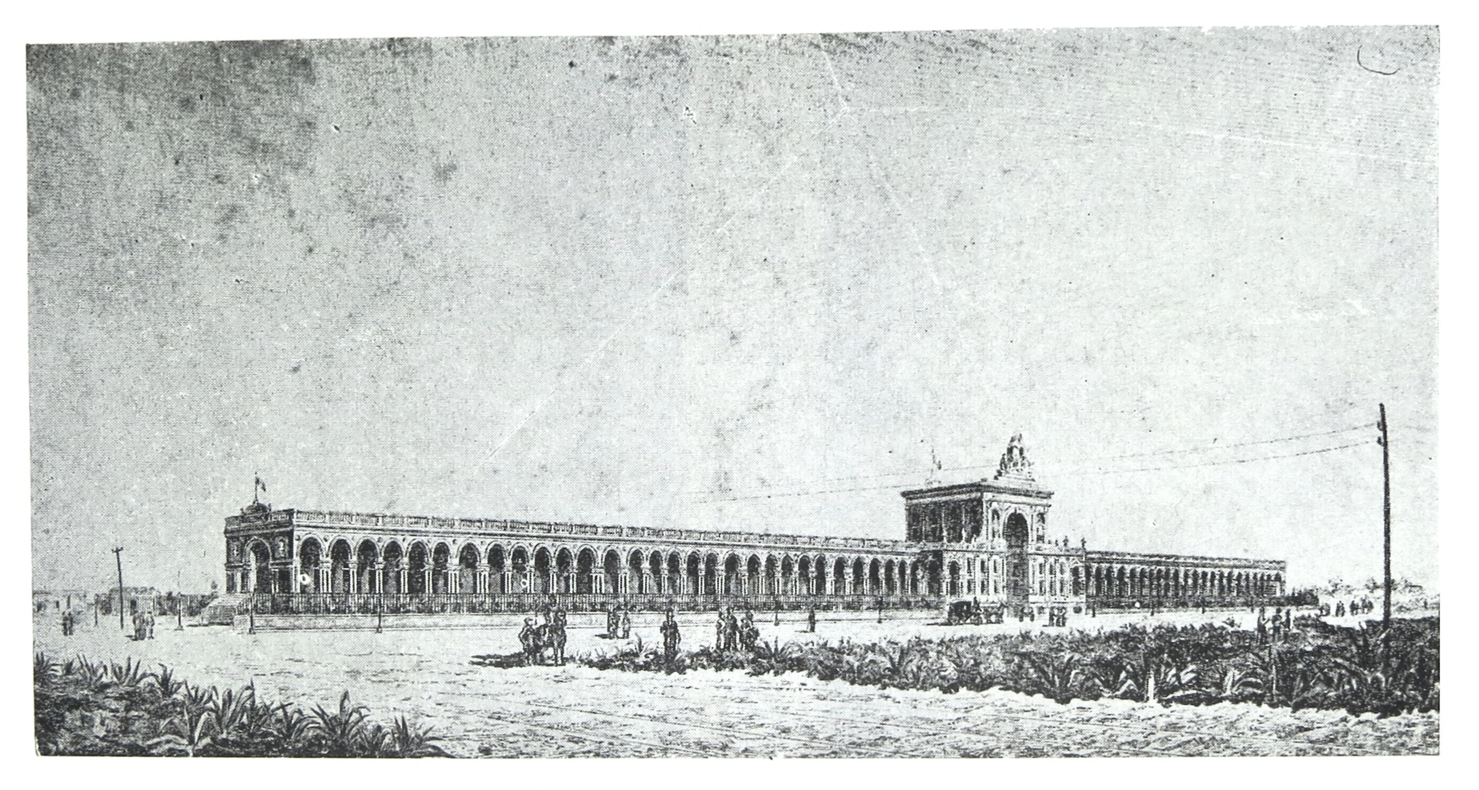
Casa de departamentos conocida por de Golorons construída en 1898 por el arq. M. Beretta —hoy demolida— en la plaza Libertad, Rondeau y Colonia, bis a bis con el Ateneo.



Almacén de "Los mil yuyos" (preparados en caña), Larrañaga y Cubo del Norte, (Atahualpa). Acuarela de Marcos Fainstein
(Museo y A. H. Municipal)



La Aduana de Oribe en la playa del Buceo, lugar de comunicación al exterior del ejército sitiador de Montevideo durante la Guerra Grande. Témpera de Roberto Castellanos.
(Museo y A. H. Municipal)



Proyecto de Hospital Italiano, en parte realizado, en el cruce del boulevar Artigas y avenida 8 de Octubre.
(Grabado de la Escuela de A. y Oficios. 1884. La Ilustración Uruguaya).



Quinta de Berro, después, y desde hace largos años, sede de la representación diplomática argentina, habiéndolo sido antes de la francesa.
(Grabado de la Escuela de A. y Oficios de 1884)



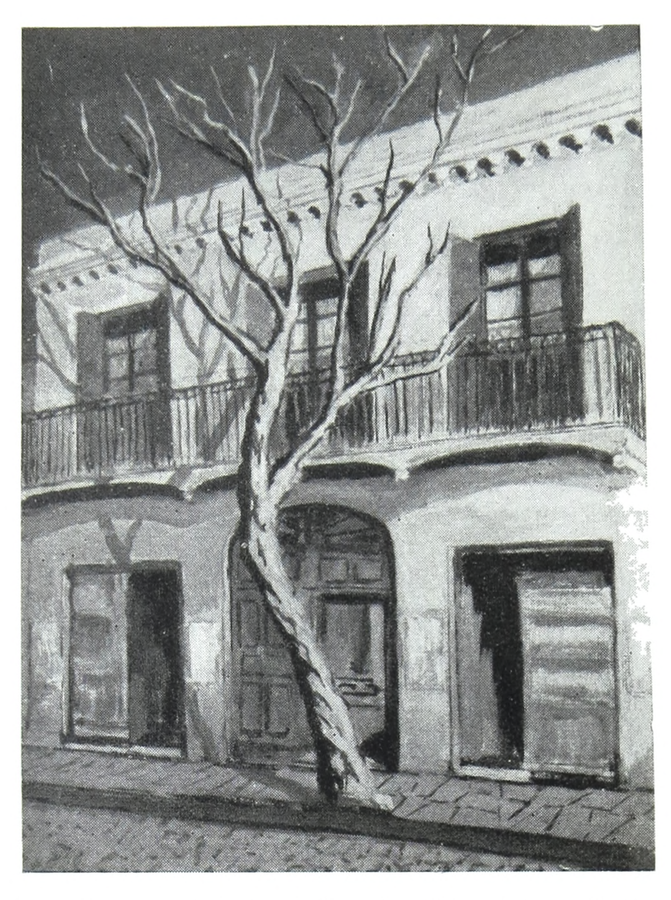
El Asilo de mendigos en 1883, grabado por el Sr. Arduino, del personal docente de la Escuela de Artes y Oficios.



Casa de pescadores inmediata a la playa Mansa, Punta del Este, a principios del siglo (hoy ciudad). Oleo del pintor húngaro L. Nagy.
(Col. H. Arredondo)



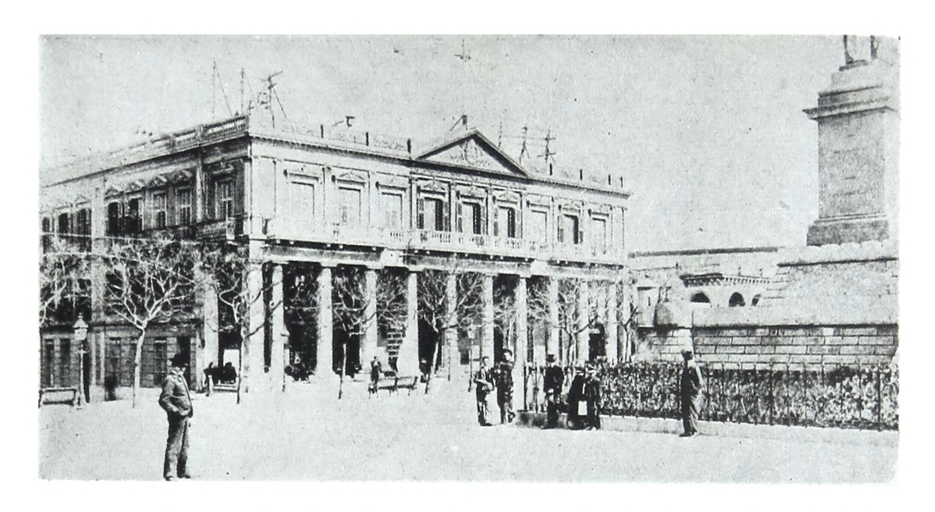
"Vendedora de naranjas mitad siglo pasado" (Brecha, al fondo el templo Inglés en su primitiva ubicación). Oleo de autor desconocido.
(M. y A. H. Municipal)



Cuareim entre Colonia y Mercedes. Oleo de Juan Carlos Montero Zorrilla.
(Museo y A. H. Municipal)



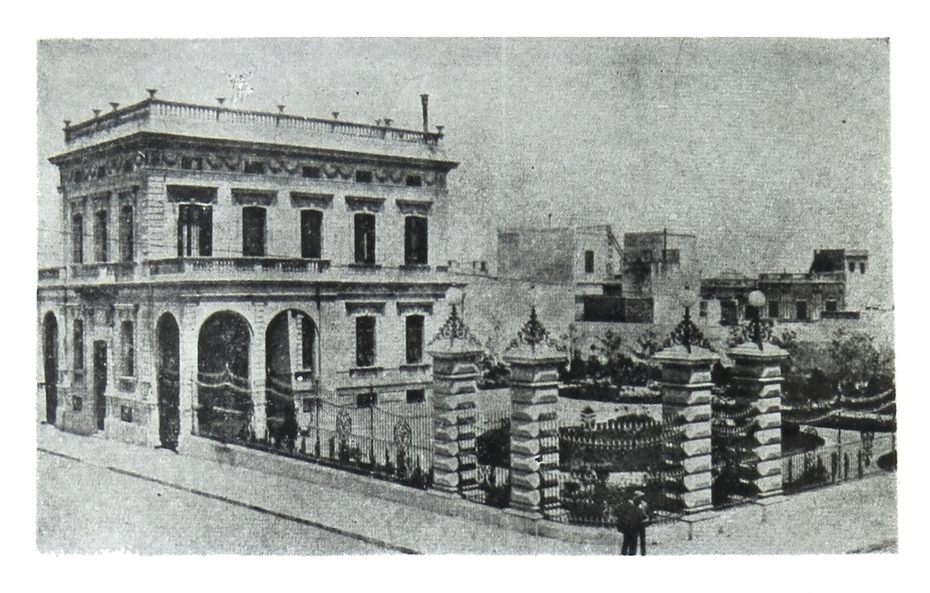
Zabala esquina Reconquista. Oleo de Hermann Meisner.
(Museo y A. H. Municipal)



La actual Casa de Gobierno antes de las grandes refacciones efectuadas en su interior (originalmente edificio para renta con dos departamentos por piso), cuando tenía casi a su frente el monumento a Joaquín Suárez, actualmente en de Agraciada en el solar que ocupaba la casa del patricio.



El histórico edificio del Cabildo, hoy sede del Museo y Archivo Histórico Municipal, con el escudo nacional —trasparente en colores a gas iluminado— que ostentaba al frente cuando lo ocupaba la Representación Nacional.



Quinta de José María Márquez construída por el arq. Juan Tossi en 1888 en San José y Paraguay. Subsiste el edificio.

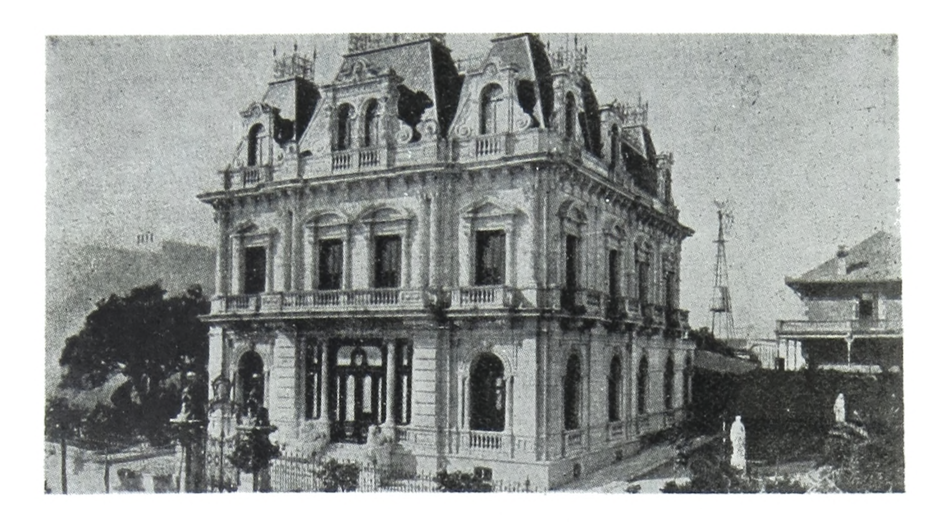


Villa residencial levantada en Colón por Juan Idiarte Borda por el 1900 en el camino Lezica.

Edificio levantado por don Clodomiro de Arteaga en 1898 en 18 de Julio, luego del Dr. O. Crispo Brandis, hoy escuela pública.



Residencia particular construída en 18 de Julio y Daymán en 1896 por el arq. Bloiz, fallecido en una caída en dicha obra.



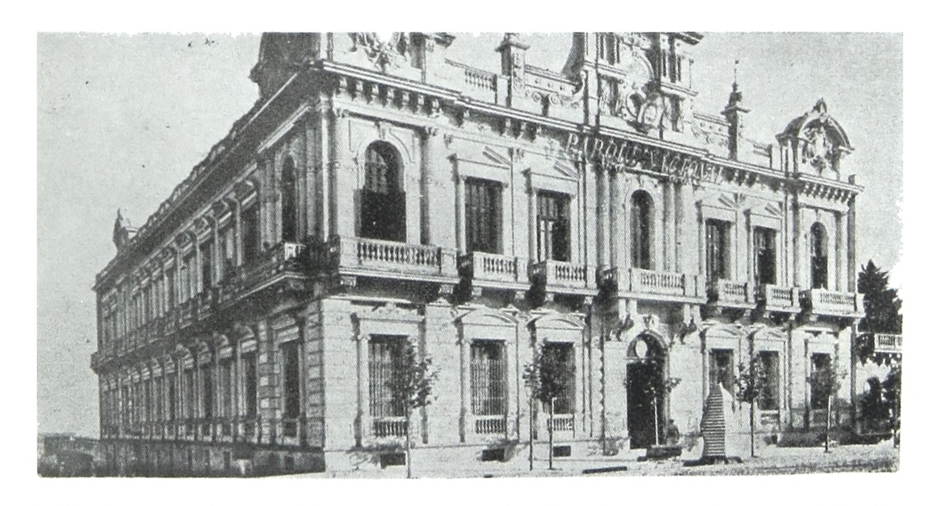
Villa Sara, residencia veraniega de propiedad de don Clodomiro de Arteaga en Pocitos, en 1897, levantada por el constructor Sr. Botinelli, actualmente alterada principalmente en ampliaciones.



Casa-quinta de Starico construída en el camino Burgues por el arq. Antonio M. Seguí a principios de siglo, estilo art noveau.



Quinta de Rubio, 8 de Octubre 333 —hoy demolida— primer edificio construído en 1899 por el arq. Emilio Boix, de estilo semi árabe.



Edificio construído en 1895 por el arq. Carlos Cesccino por orden de Clodomiro de Arteaga en 8 de Octubre y Presidente Berro, adquirido por el Gobierno para Parque Nacional a principio del siglo.



Edificio construído para el Banco Inglés en 25 de Mayo y Zabala por el Ing. Luis Andreoni, luego del Banco Español, alojando sucesivamente, en la planta alta distintas oficinas públicas.



Casas de renta conocidas por de Vilaró, en 25 de Mayo y Juncal, comenzadas por el arq. Emilio Boix, terminadas por Boix y Raffo.

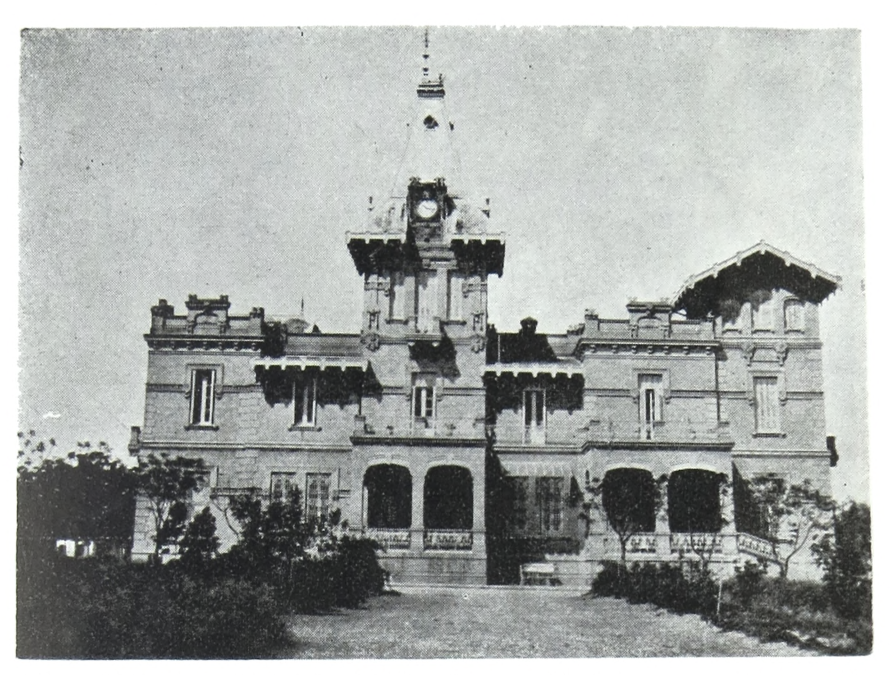


Casa de la quinta de Hugues (demolida) — Agraciada y Castro, inmediata al lugar que ocupa el monumento a "La diligencia" de Belloni.



Tipo de corredor cubierto que ponía en comunicación las habitaciones de servicio de esta quinta con el edificio principal, dispositivo arquitectónico que también tenía la traslindera quinta de Sierra, hoy sección de Arquitectura del Museo. (Museo y A. H. Municipal).

UNA ESTANCIA DE PRINCIPIOS DEL SIGLO



"Santa Clara" de Alejandro Gallinal Hebert (Florida) construído en 1904. Arquitecto Joaquín Uranga.

(Foto Arredondo)



Frente con el portón de entrada de la verja que circunda el cuerpo principal, verja de un desarrollo perimetral de 700 metros.

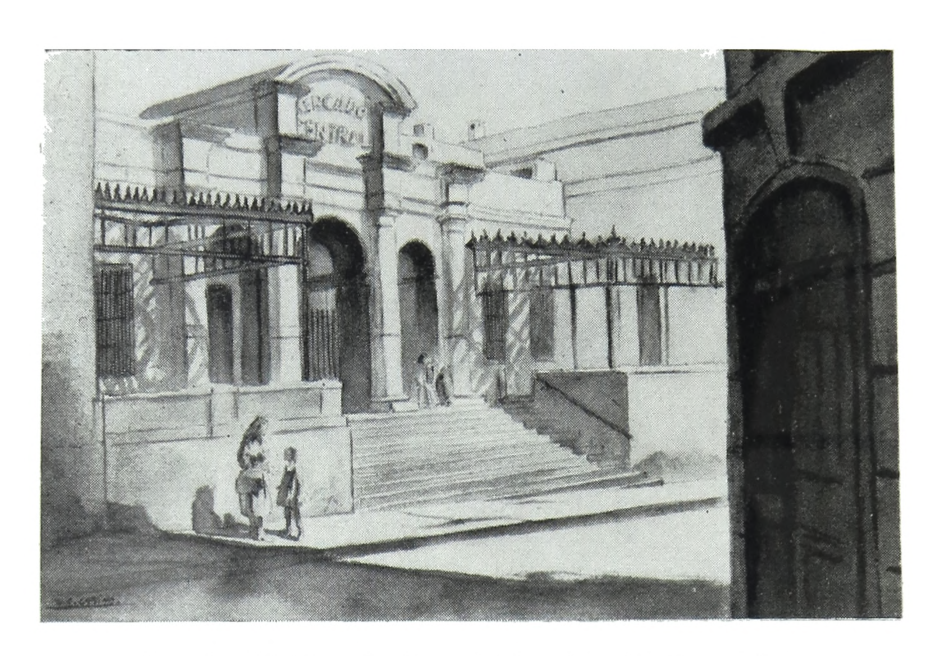
(Foto Dr. Gallinal)



Edificios de una chacra en el Buceo de fines del XIX.
Oleo de Carlos Roberto Rúfalo.
(Col. H. Arredondo)



Edificios de chacra del 1900, inmediaciones de La Paz. Oleo de Alfredo Sellazo.
(Col. H. Arredondo)



Entrada del Mercado Central sobre la calle Reconquista.
Acuarela de Roberto Garino. (Museo y A. H. Municipal)



Torre de agua de la chacra de Costa conocida por "Molino" en la barriada sita entre la Unión y Maroñas. Oleo de Zoma Baitler.
(Museo y A. H. Municipal)



Camino que dejó la desaparecida vía férrea Central-Cordón Unión-Manga al cruzar bajo la calle Sierra. Oleo de Eugenio Feldman Wagner.
(Museo y A. H. Municipal)



Caballeriza y cochera de Carlos de Castro, pabellón suizo en su quinta —hoy demolidos sus edificios— de Castro y Millán.
Oleo de Elia Laporte de Riviere. (Museo y A. H. Municipal)



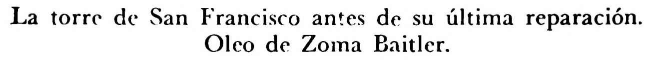
Portada del Mercado Central hacia la calle Soriano.
Témpera de Roberto Castellanos. (Museo y A. II. Municipal)



El hotel sobre la playa de los Pocitos poco antes de su demolición.
Oleo de César Pesce Castro (Museo y A. H. Municipal)

Cerro Largo y Juncal. Oleo de Andrés Feldman.





La torre de San Francisco antes de su última reparación.
Oleo de Zoma Baitler.

(Museo y A. H. Municipal)



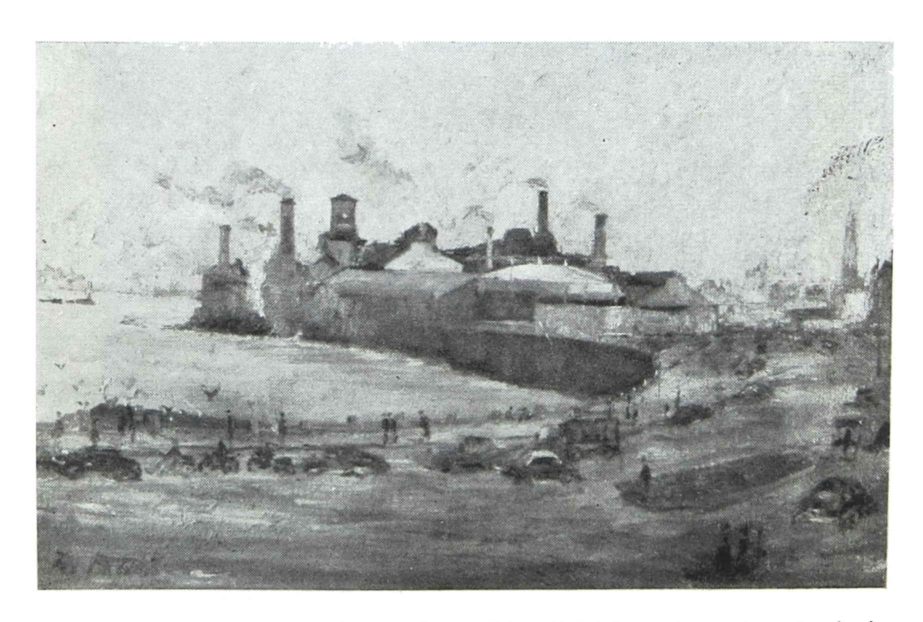
La apertura de la avenida Agraciada a la altura de Galicia y La Paz —1943-44—. Oleo de Zoma Baitler. (Museo y A. H. Municipal)



El ensanche de la rambla de los Pocitos a la altura de Pereira. Oleo de Zoma Baitler. (Museo y A. H. Municipal).



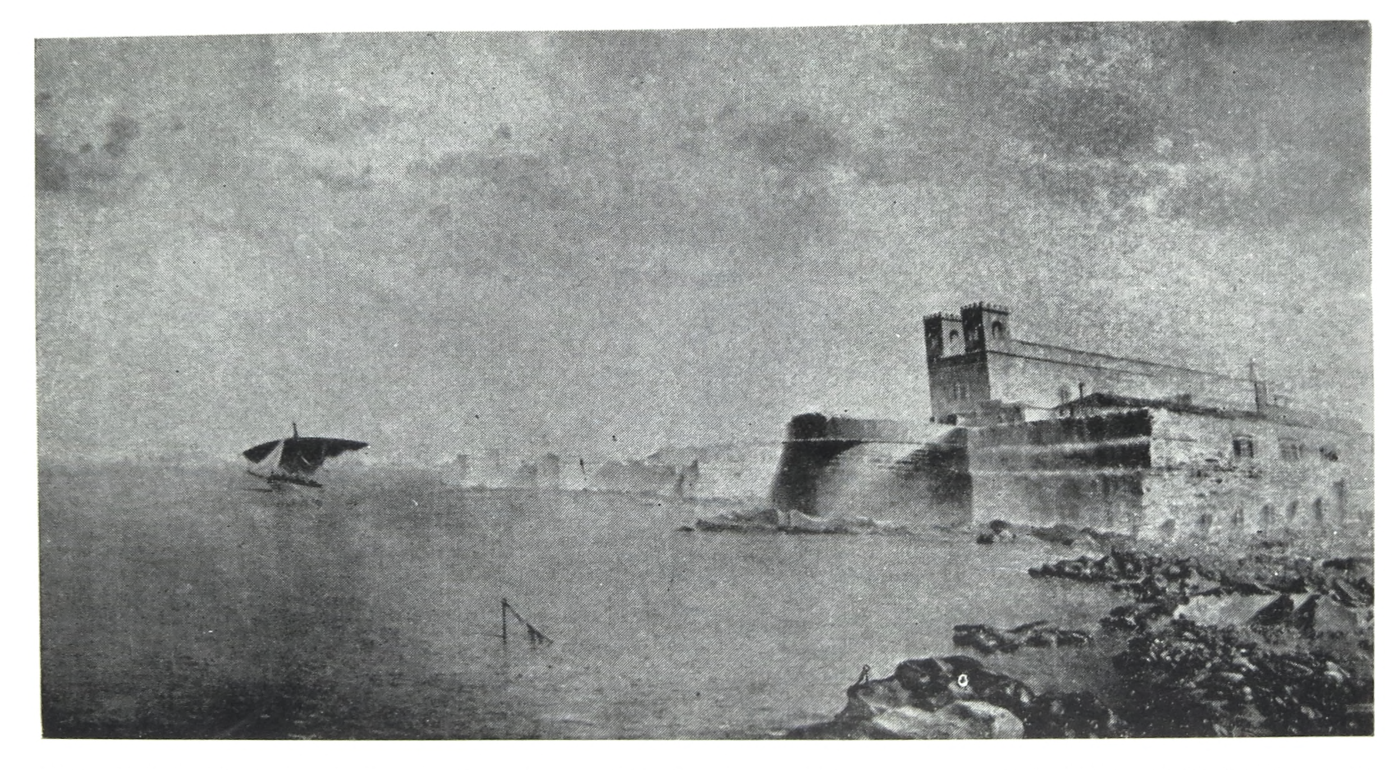
Puente sobre el antiguo paso del Molino del arroyo Miguelete —hoy avenida Agraciada—. Oleo de Willy Marchand.
(Museo y A. H. Municipal)



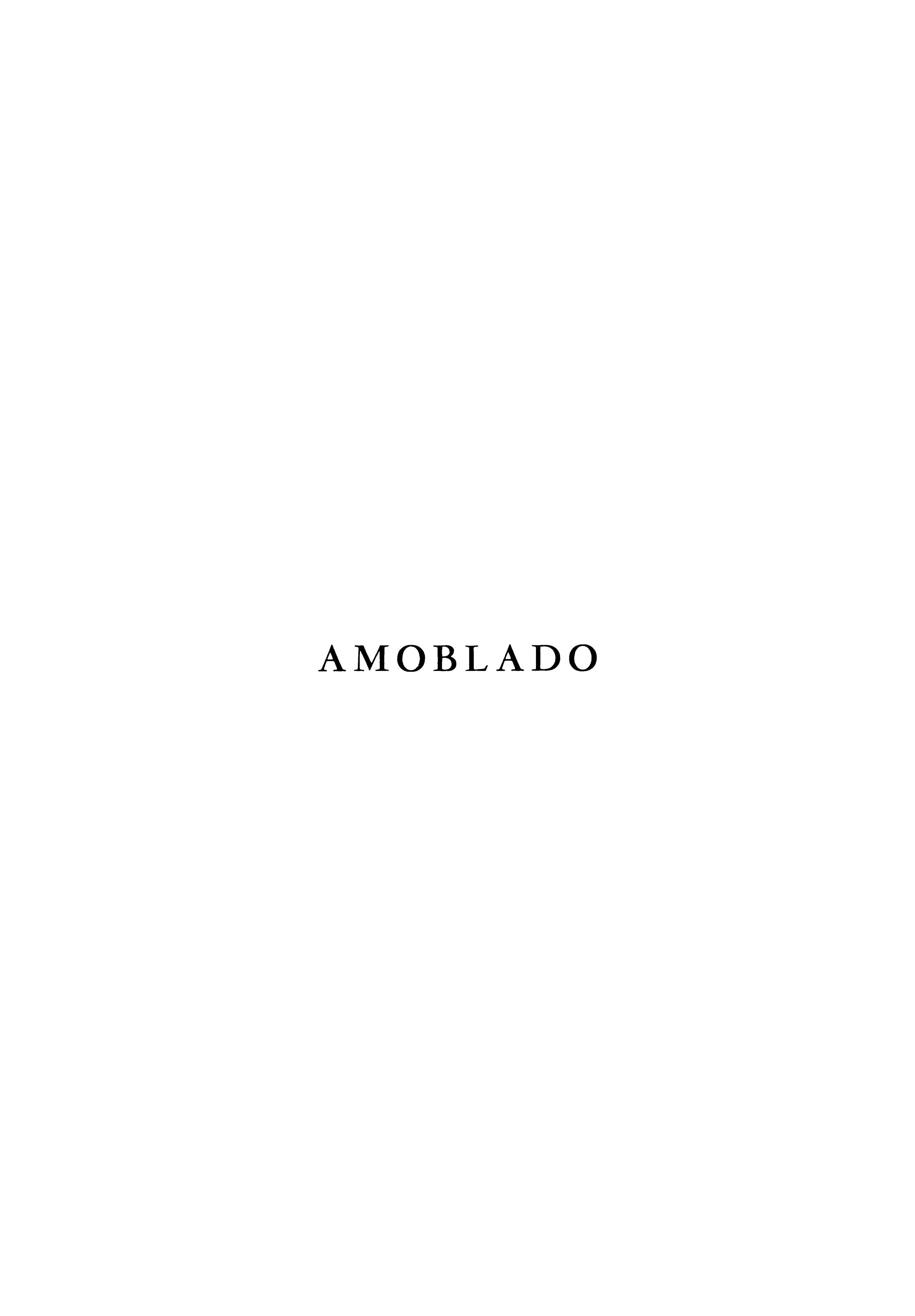
Instalaciones de la Compañía de Gas y Dique Mauá, conjunto tomado desde la Rambla. Oleo de Zoma Baitler.
(Museo y A. H. Municipal)



Callejuela, al fondo la Iglesia del Reducto. Oleo de Zoma Baitler.
(Museo y A. H. Municipal).



"Costa Sud de Montevideo", óleo de Manuel Larravide pintado en 1902, en gran tamaño| (El Templo Inglés, levantado en 1844 sobre el Cubo del Sud, está en su posición primitiva; la dúplica, en la actual, es en 1934).
Donación Sucesión Juan Blengio Roca y Adelina C. B. de Prando
(M. y A. H. Municipal)

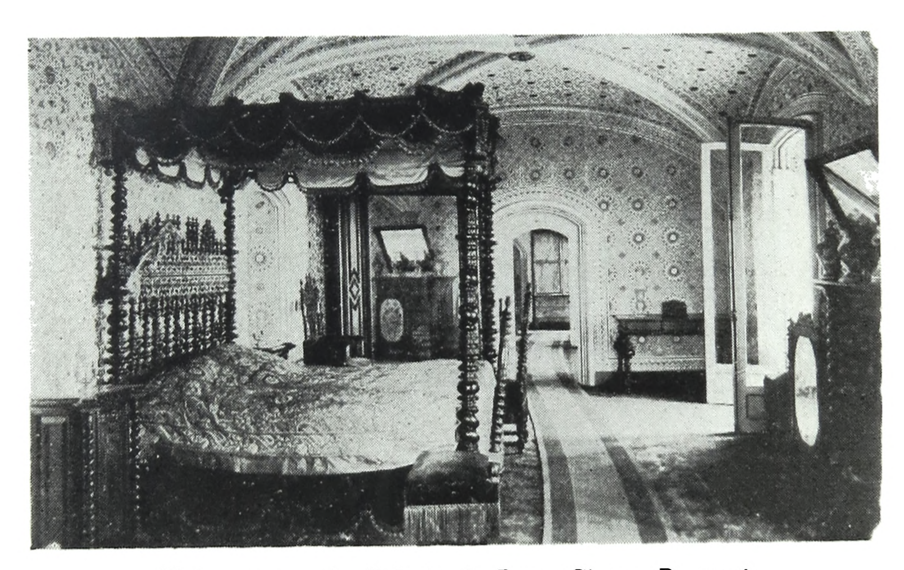


AMOBLADO

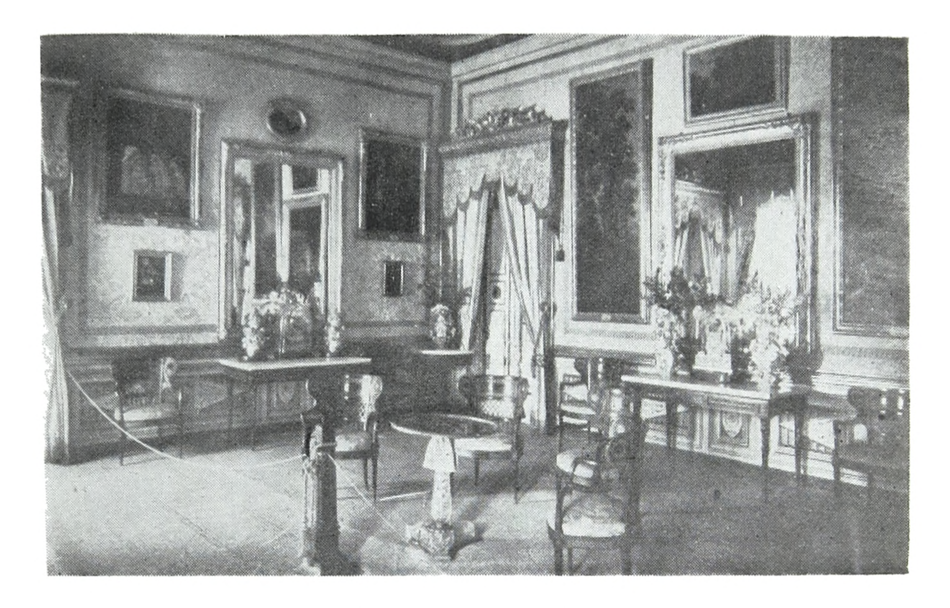
EL AMOBLADO Y SUS RAICES PENINSULARES: MOBILIARIO REAL



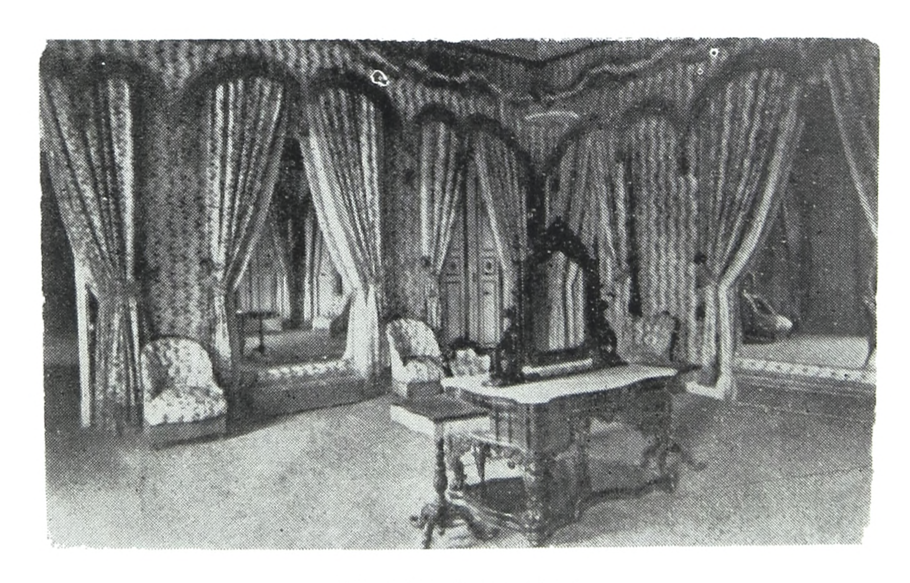
Típico carolino. Dormitorio de la reina en Aranjuez (España)



Típico portugués: Palacio de Pena, Cintra, Portugal
Dormitorio de la reina Amelia



Gabinete de la reina

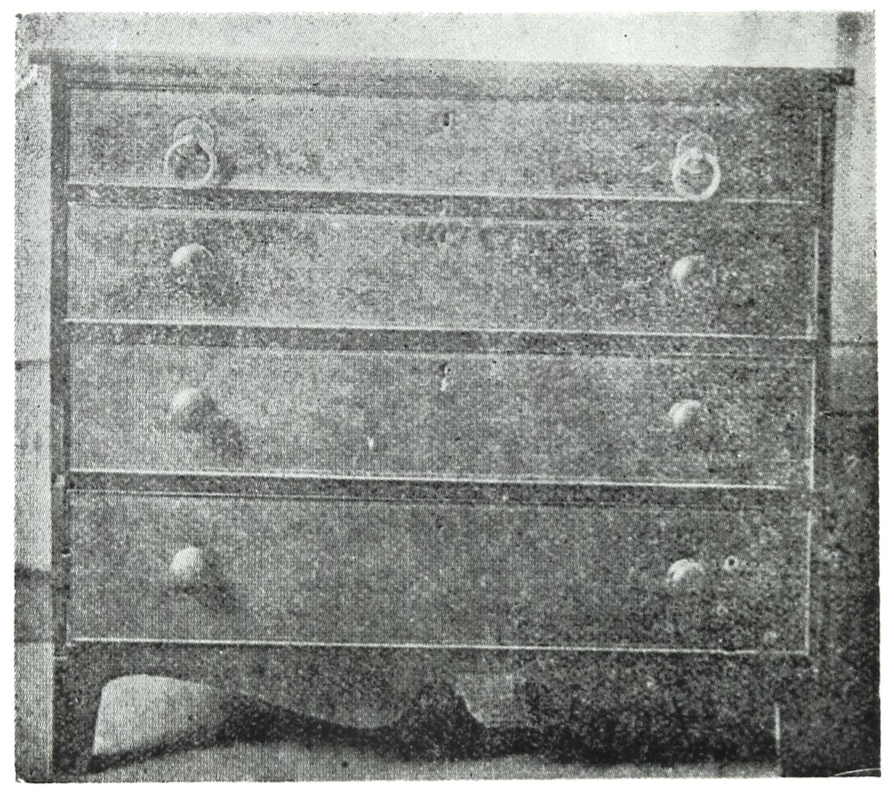


Tocador de la reina



Sillón de las Asambleas de San José, al parecer también de la Florida, con el relieve del sol naciente, símbolo de la libertad, en lo alto del respaldo. (Existían varios en la sacristía de la iglesia de Santa Lucía hace 40 años).

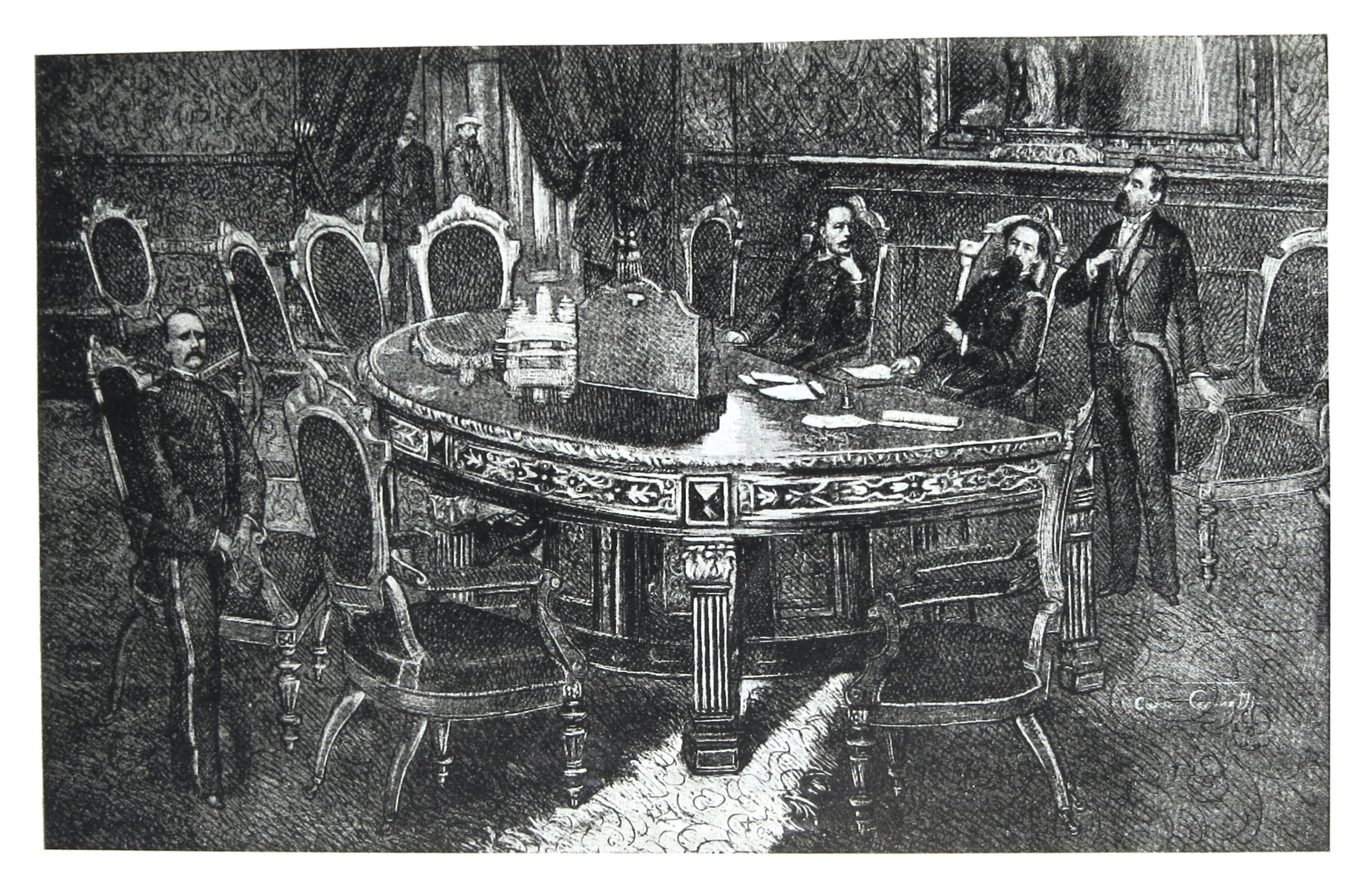
(Foto Arredondo)



Cómoda donde en la vecina orilla se guardaron los dineros para sufragar los gastos de la expedición de los Treinta y Tres, entonces en poder de la familia Trápani

("La Alborada" Abril de 1902)

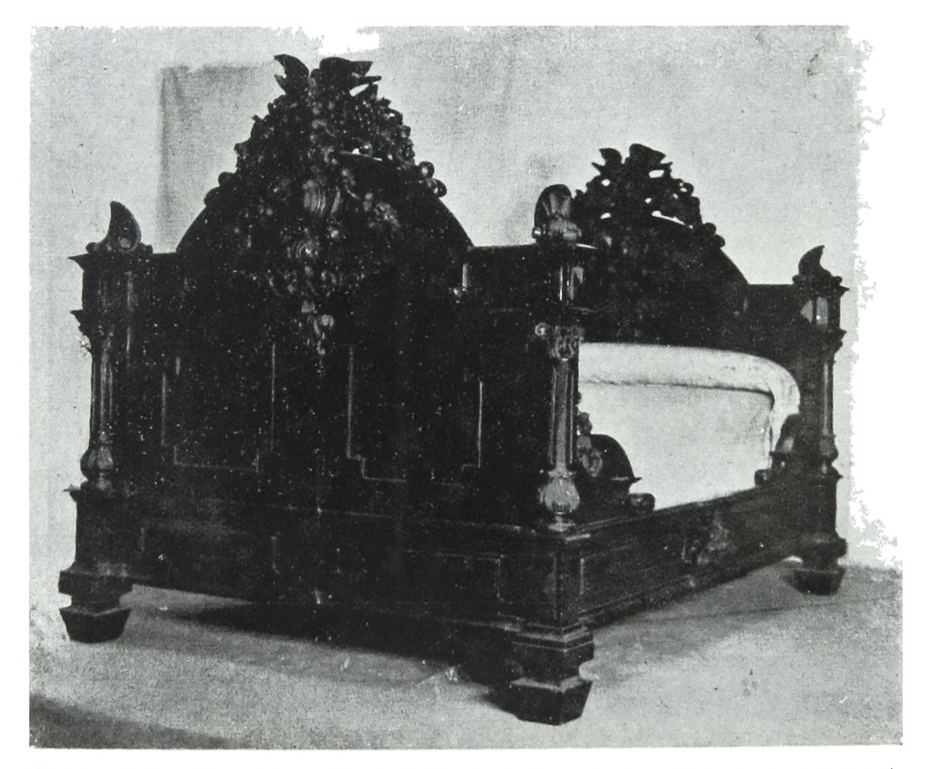
EL AMOBLADO OFICIAL



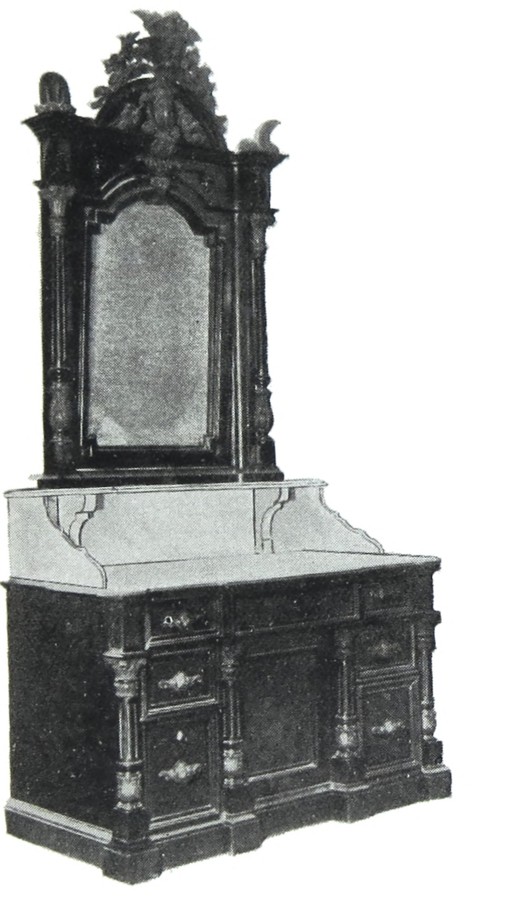
Mesa del Consejo de Ministros en la Casa de Gobierno, administración Santos. (Grabado de la Escuela de Artes y Oficios de 1883. La Ilustración Uruguaya).



Sillón frailero citado en el texto
(Museo y A. H. Municipal: Col. A. Rossell y Rius)



Cama con los dos tableros esculturados en todas sus caras (citada en el texto)
del Gral. Brito del Pino



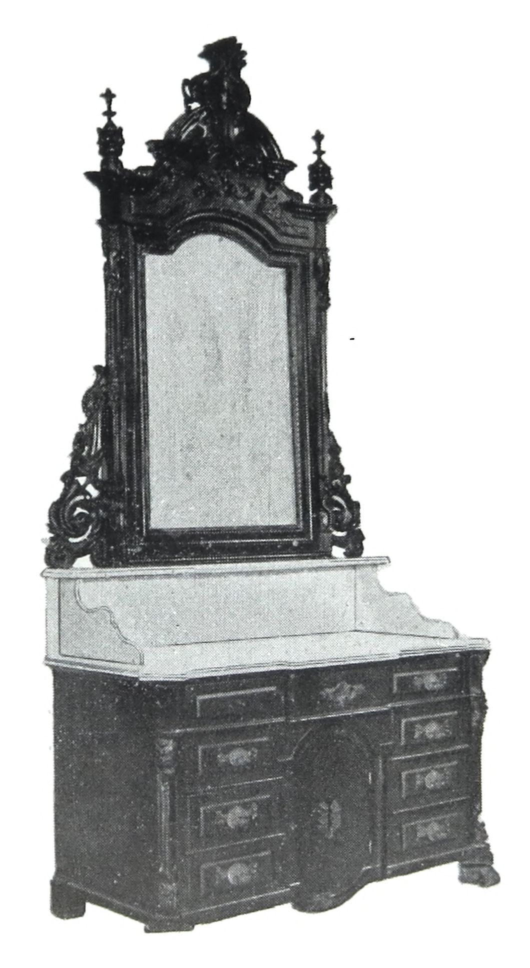


Lavatorio y armario de la cama antecedente (también en negro) que perteneció al General Brito del Pino. (M. y A. H. Municipal)



Cama de pabellón de dos plazas, que perteneció al Tte. Gral. Máximo Tajes tratada en jacarandá (color natural). (M. y A. H. Municipal)





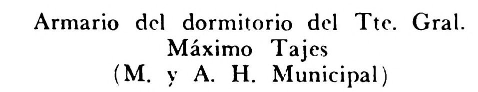
Tocador y lavatorio del dormitorio del General Tajes
(Museo y A. H. Municipal)





Mesa de luz del dormitorio del Gral. Tajes — Mesa de luz del dormitorio del Gral. Brito del Pino (en negro)

(M. y A. H. Municipal)



Armario del dormitorio del Tte. Gral.
Máximo Tajes
(M. y A. H. Municipal)



Pianoforte fabricado en Hamburgo por
Baumgardten & Heins (Caja en caoba)
(M. y A. H. Municipal)

PIANOS VERTICALES



Piano hamburgués fabricado por H. Kohl. (Caja en caoba)
M. y A. H. Municipal)



Piano Kleinjasper fabricado en Paris (Caja en caoba)
(M. y A. H. Municipal)

PIANOS DE MESA



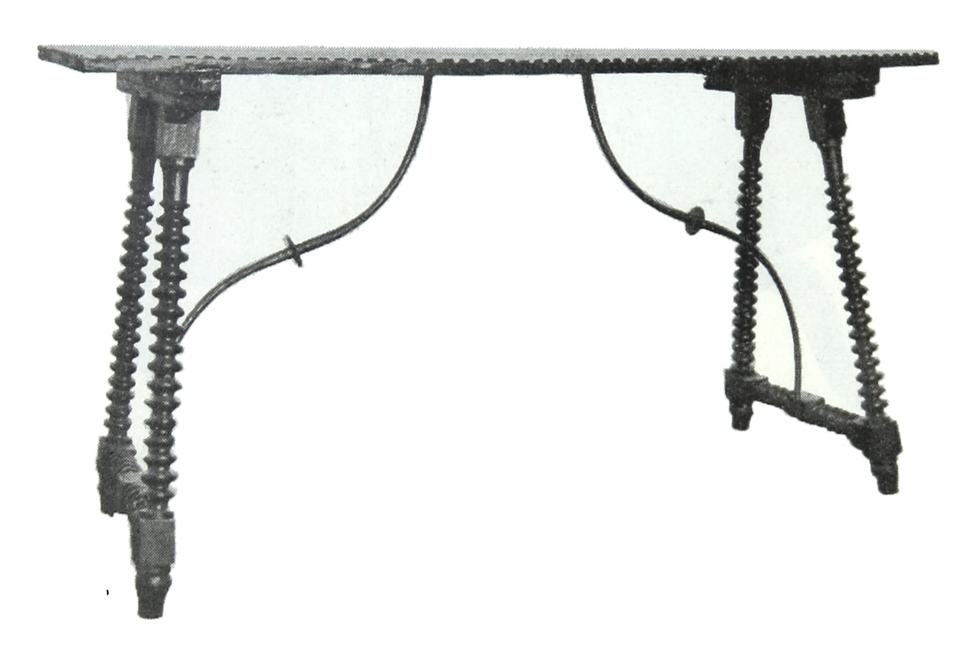
Piano hamburgués de George Joachim Heyn (Caja en pluma de caoba)
(M. y A. H. Municipal)



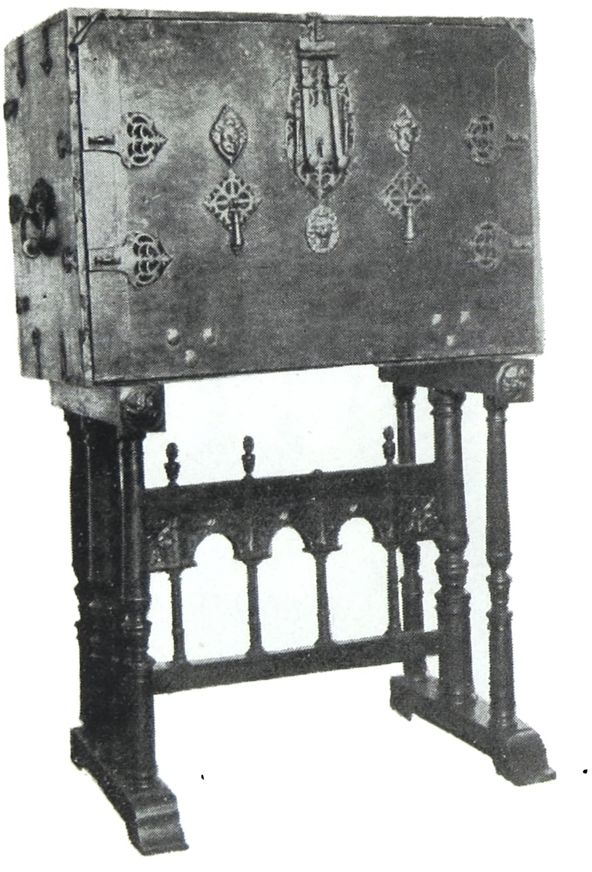
Piano fabricado en Paris principios del XIX, tratado en madera teñida de negro. (M. y A. H. Municipal)



Mesa española con tensores de hierro (siglo XVIII) Col. A. Rossell y Rius (M. y A. H. Municipal)



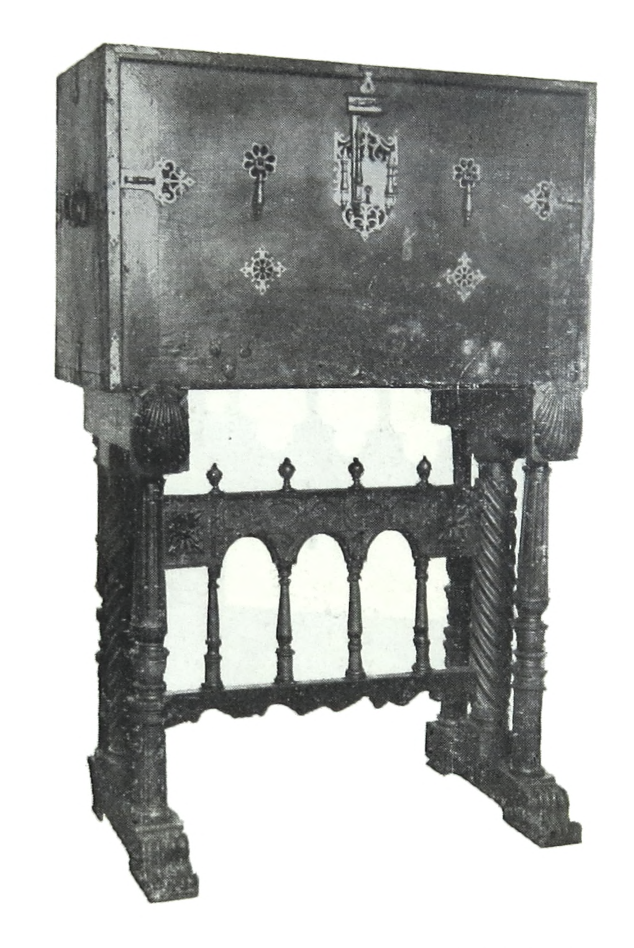
Idem. El dintel con taraceado en madera y hueso. Col. A. Rossell y Rius (M. y A. H.Municipal)





Bargueño (español, cerrado y abierto,) con aplicaciones de hierro al exterior y cajonería con taraceado de hueso. Siglo XVIII. Col. A. Rossell y Rius

(Museo y A. H. Municipal)





Bargueño español siglo XVIII, cerrado y abierto. Col. A. Rossell y Rius
(Museo y A. H. Municipal)



Bargueño esculturado también con pie de puente. (Siglo XVIII)
Col. A. Rossell y Rius (Museo y A. H. Municipal)



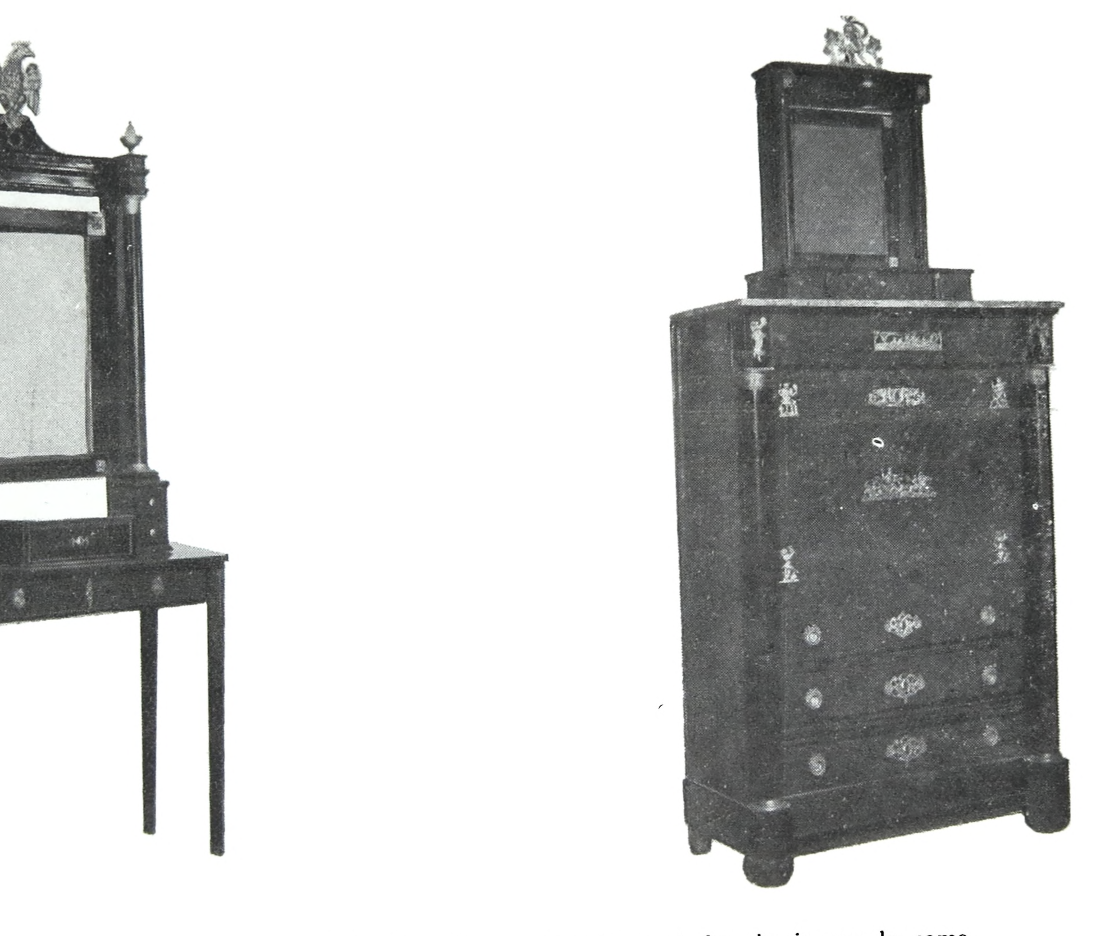
Cómoda taraceada, principios del XIX, últimamente perteneció al constituyente Turreiro (M. y A. H. Municipal).



Antiguo cofre esculturado con aplicaciones de piedra de color.
Col. A. Rossell y Rius. (Museo y A. H. Municipal)



Cama Imperio en caoba con aplicaciones de bronce Col. A. Rossell y Rius.
(Museo y A. H. Municipal)



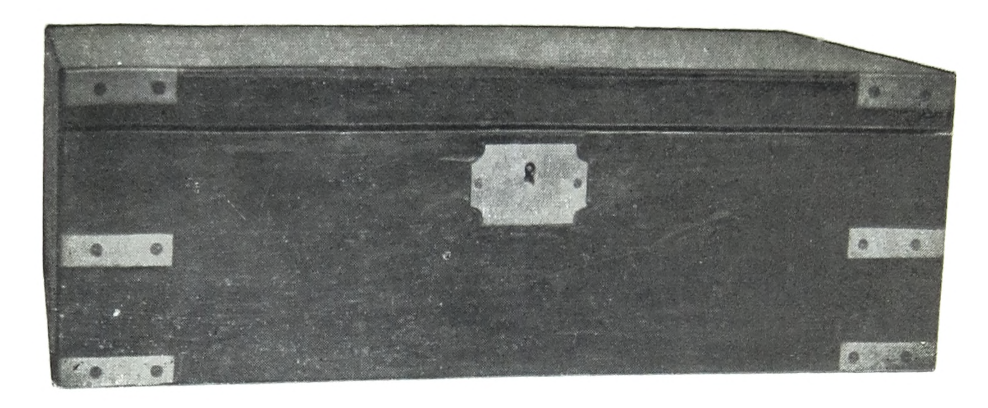
Psiché pequeño, tocador y cómoda Imperio que completan el dormitorio con la cama anterior, (caoba, aplicaciones de bronce) Col. A. Rossell y Rius (Museo y A. H. Municipal)





Tipos de sofaés de fines del XVIII tratados en caoba

(M. y A. H. Municipal)



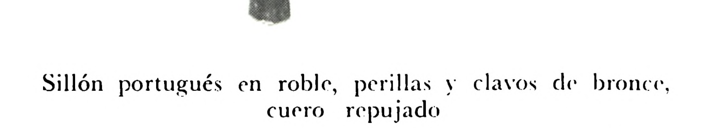
Escritorio portátil en caoba con aplicaciones de bronce



Cofre en caoba

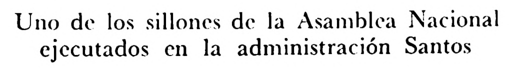


Escritorio portátil en marquetería
(Museo y A. H. Municipal)



Sillón portugués en roble, perillas y clavos de bronce, cuero repujado





Uno de los sillones de la Asamblea Nacional ejecutados en la administración Santos

(Museo y A. H. Municipal)



Cama de dos plazas, en caoba con aplicaciones de bronce. Col. A. Rossell y Rius (Museo y A. H. Municipal)

Biblioteca-vitrina en caoba que perteneció al General F. Rivera



Cómoda escritorio en caoba

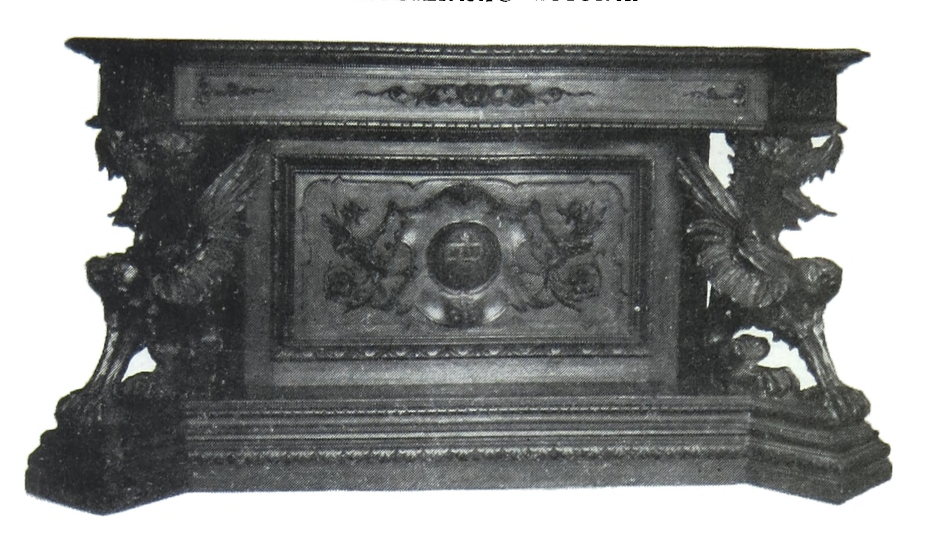
(Museo y A. H. Municipal)





Mesas centrales de sala, período Romántico
(M. y A. H. Municipal)

MOBILIARIO OFICIAL





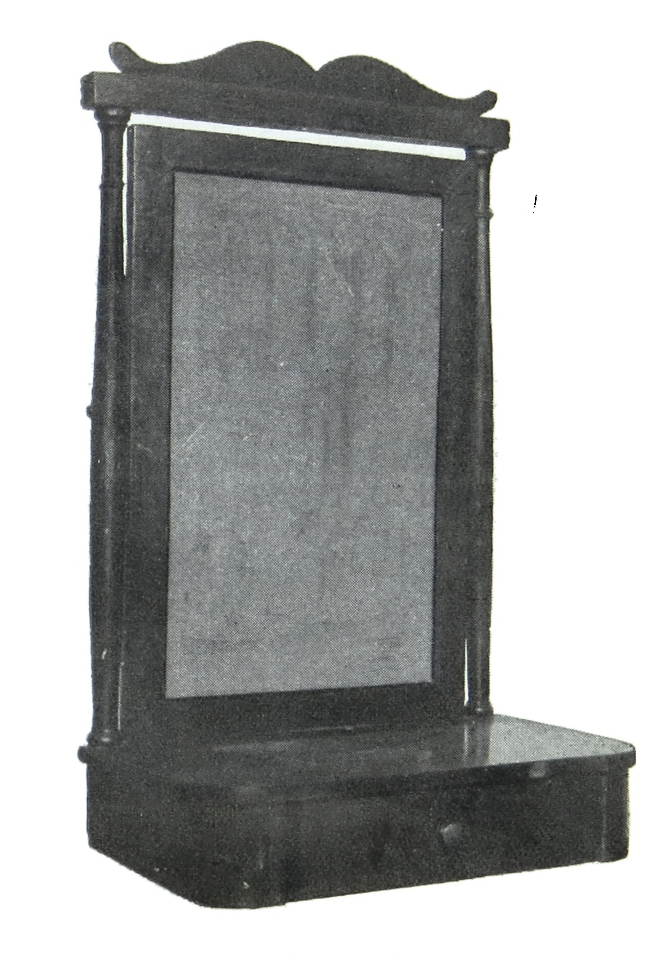
Mesas de la Presidencia y Secretaría de la Asamblea Representativa de Montevideo, creada por la Constitución de 1917
(M. y A. H. Municipal)





Sillones correspondientes a las mesas de Presidente y Secretario de la Asamblea Representativa de Montevideo de 1917. (M. y A. H. Municipal)





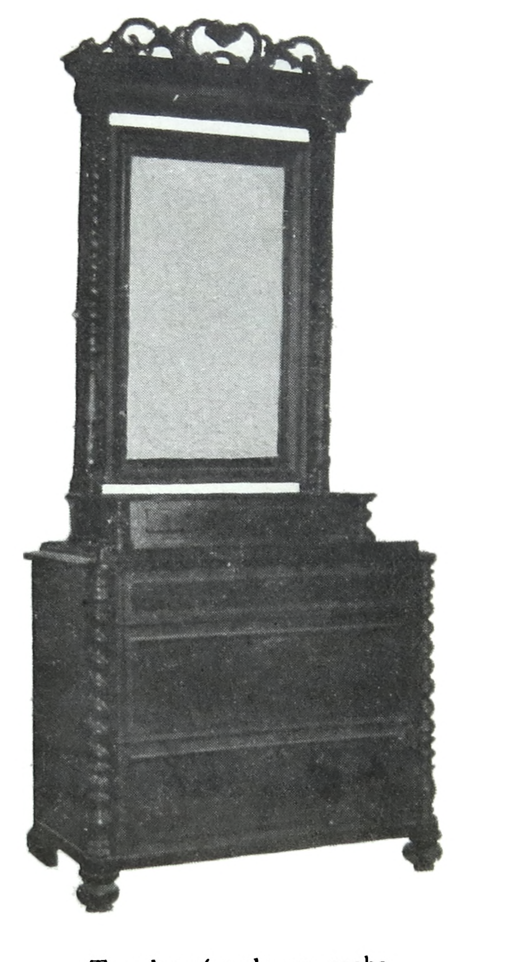
Pequeños tocadores portátiles (se colocaban sobre cómodas por lo general), tratados en caoba. (M. y A. H. Municipal)



Antiguo lavatorio ejecutado en caoba



Toilette francés tapizado en seda, capitonée
(Museo y A. H. Municipal)



Tocador-cómoda en caoba



Cómoda-tocador en nogal y mármol blanco

(Museo y A. H. Municipal)



Cama de una plaza Luis Felipe en caoba
(M. y A. H. Municipal)



Armario colonial fines del siglo XVIII
(M. y A. H. Municipal)



Armario Colonial, taraceado, fines del Siglo XVIII. (Ultimamente perteneció al constituyente Turreiro). (M. y A. H. Municipal).



Armario Renacimiento en roble. Siglo XVIII



Armario en pluma de caoba de mediados del siglo XIX

(Museo y A. H. Municipal)



Armario de tres cuerpos de pluma de caoba de planos curvados (bombée)
(M. y A. H. Municipal)





Armarios en caoba, siglo XIX
(Museo y A. H. Municipal)



Armario de tres cuerpos de 4.50 de alto x 5.04 de ancho, que perteneció a la Sra. Teresa Mascaró de Santos cuyas iniciales (T. S.), entrelazadas lucen los motivos que lo surmontan. (La inusitada altura la explican los percheros de que está provisto donde se colocaban los trajes femeninos de cola)
M. y A. H. Municipal)



Cómoda-escritorio en caoba
(Museo y A. H. Municipal)



Cómoda de marqueterie y aplicaciones de nácar. Col. A. Rossell y Rius
(Museo y A. H. Municipal)





Cómodas en caoba, principios del XIX
(Museo y A. H. Municipal)

Cómoda en caoba siglo XIX



Mueble tocador inglés en caoba

(Museo y A. H. Municipal)